

La pasión del capitán

Kathia Iblis
Mimi Romanz

Selecta

La pasión del capitán

Kathia Iblis y Mimi Romanz

Selecta

A todos los amantes del *hockey* sobre hielo
y las pasiones que logran derretirlo.

Capítulo 1

—¡¡¡Mátenlos!!! ¡¡¡Vamos, Blackhawks!!!

Sobresaltada por el inesperado grito tan cerca de su oído izquierdo, a Natasha poco le faltó para derramarse encima el vaso de gaseosa. Con un suspiro, cerró los ojos y se recordó a sí misma la razón de su presencia en el partido. «Todo sea por Lali… y su cumpleaños», pensó mientras volvía a revisar la hora en el teléfono celular. Creía que el aparato tenía algún desperfecto, porque estaba segura de que su prima había jurado y perjurado que el encuentro se dividía en tres períodos de veinte minutos cada uno, con descansos de diecisiete entre ellos, lo que daba un total de una hora y media. Pero, por lo visto, no era así. Ya hacía casi dos horas que estaba ahí y recién comenzaba el tercero. Para colmo, que los dos equipos parecieran dispuestos a matarse entre ellos no ayudaba a acelerar el trámite, porque cada vez que el réferi soplaba el silbato, el juego se detenía y, así mismo, también el reloj.

Un nuevo grito, esa vez proveniente de Kira, una de las amigas de Lali, la abstrajo de sus pensamientos y vio como dos enormes jugadores chocaban con fuerza contra el plexiglás. Natasha revoleó los ojos, si la violencia no era suficiente, se fastidió más cuando uno

de ellos perdió el casco y el oponente aprovechó la oportunidad para darle un codazo en el rostro. La sangre no tardó en aparecer. Agradeció no ser la clase de persona que se desmayaba ante semejante espectáculo, porque si no, hacía rato que habrían tenido que retirarla desvanecida del estadio.

Negando y suspirando otra vez, se aseguró de que su prima estuviera distraída con los jugadores y decidió aprovechar el tiempo que aún quedaba del partido. Rebuscó en su bolso hasta que halló el libro que le había enviado su abuela Cora desde Argentina. Aunque apenas si había leído unas pocas hojas esa mañana, le había encantado, sin mencionar que venía autografiado y con una dedicatoria personalizada.

Sonriendo, se colocó sus inseparables anteojos y no tardó en sumergirse en el romance entre Carla y Julio. Tal como le ocurría siempre, los sonidos se fueron volviendo lejanos y pronto ya no fue consciente ni de los gritos del público ni de los jugadores en la pista de hielo, ni siquiera de la estridente música o la voz del comentarista.

—¡Natasha Randizzi! —El chillido indignado de Lali la sobresaltó de tal manera que poco le faltó para soltar el libro. Apartando la mirada de la página y odiando hacerlo porque justo estaba llegando a la parte romántica, la dirigió hacia su prima, que se hallaba pegada al plexiglás y sacudía los brazos como si alguien la estuviese electrocutando. Fue entonces que notó la enorme pantalla suspendida del techo, en el mismísimo centro del estadio, justamente donde todos podían ver su imagen y cómo ella, en vez de prestarle atención al partido, estaba sentada leyendo. En el rincón superior izquierdo, podía ver con claridad el cartelito de «Kiss Cam».

Sintiendo un ardor que se extendía de las mejillas hasta las puntas

de las orejas, consideró seriamente esconderse detrás del libro, aunque fuera una completa ridiculez, pero al menos así no tendría que ver los rostros del público. Su prima no creyó lo mismo porque de forma inesperada se abalanzó sobre ella y, luego de abrazarla y darle un sonoro beso en la mejilla, giró el rostro y, soplando otro hacia la cámara, gritó:

—¡Esto es solo para ti, Alex Dupreé!

El público respondió con silbidos y aplausos, lo que logró que el rostro de Natasha desapareciera de la pantalla y que pudiera soltar por fin el aliento que había estado conteniendo.

—Vamos, anímate un poco. ¡Eso fue divertido! —declaró Lali, riendo al ver como repetían lo ocurrido mientras los jugadores salían de nuevo al hielo.

—Para ti quizá. Sabes que odio ser el centro de atención… —murmuró, bebiendo un trago de gaseosa. Al menos, ya no era ella en vivo y en directo.

No podía esperar a que terminase el partido y así poder marcharse de regreso a la casa de su tía. Estaba más que lista para quitarse el ajustado vestido con los colores de los Vancouver Blackhawks, en el cual predominaba el rojo y que parecía más un suéter largo que sentía que apenas le cubría el trasero.

Frustrada, y mientras colocaba el señalador en la página donde había dejado de leer y guardaba el libro junto con los anteojos, la algarabía se desató sin que pudiera preverla: los fanáticos se pusieron en pie a la vez que elevaban carteles, se abrazaban y se palmeaban las espaldas. Dirigió la atención hacia el tablero, confundida, y descubrió las letras doradas que anunciaban la victoria de los Blackhawks. Según le había contado Lali, eso les permitía avanzar a la próxima ronda y, si continuaban jugando así, les aseguraba un lugar en los *playoffs* por la copa Stanley. Supuso,

aunque no entendía nada del juego y dado el entusiasmo, que era la primera vez que vencían de manera tan arrolladora.

La alegría era contagiosa, no podía dudarlo, por lo que no tardó en intercambiar felicitaciones con varios desconocidos pese a sus bromas, quienes le pedían que siguiera yendo y que no se olvidara de hacerlo siempre vestida de la misma manera porque era de buena suerte. Sacudió la cabeza, claramente divertida; dudaba de que el equipo y los encargados pensaran de la misma manera. Era más, de seguro estarían pensando cómo vetarle la entrada. Que una persona en las gradas ignorase por completo lo que ocurría en la pista por ponerse a leer un libro, definitivamente, no era buena publicidad.

Se acomodó de nuevo en el asiento y se abrazó al bolso, rogaba que la espera, porque Lali le había explicado, antes de dejar la casa, que siempre aguardaban hasta que se hubiera retirado el grueso del público para tener más posibilidades de ver a alguno de los jugadores, no fuera demasiada.

Ignoraba si siempre era así. Vivía en Canadá desde que había nacido, pero nunca, en toda su vida, le prestó atención al *hockey* sobre hielo. Aunque, si tenía que ser sincera, tampoco lo hacía con el futbol, el deporte del que su padre era fanático. Ni que decir que mucho menos su madre podría haberla inculcado, ya que su mundo giraba en torno a pasos de bailes y tutús en la academia donde daba clases de *ballet*. Y si pensaba en los hombres de la familia de Alyssa, su mejor amiga, fanáticos acérrimos del deporte popular, no tenía mucho por agregar, ya que tampoco les prestaba demasiada atención cuando se reunía con ellos. Además, considerando que la mayor parte del tiempo Natasha estaba con la nariz metida en un libro, no era como si alguna vez hubiese expresado un extremo interés al respecto.

—¡Mira, Nat, mira!

Parpadeó varias veces hasta que logró enfocar lo que su prima estaba sacudiendo frente a su rostro; aun así, no logró leer nada porque las otras dos jóvenes la estaban abrazando mientras chillaban todas a la vez.

—Señoritas, lamento informarles que solo ustedes dos han sido invitadas —murmuró el hombre detrás de Lali, clavando sus ojos en ambas.

—¿Invitadas a dónde? —inquirió Nat, completamente desconcertada

—¡A la fiesta para celebrar la victoria! —chilló Lali, abrazándola.

Por un momento, Natasha pensó que las amigas de su prima se iban a enojar, pero se mostraron felices de que al menos alguna de ellas fuera a participar del Meet & Greet post juego mientras les hacían prometer que les contarían todo con lujo de detalles al día siguiente.

La obvia felicidad de Lali le dificultó a Natasha negarse a asistir al festejo. «Lo hago por ella», volvió a repetirse, pero no bien arribaron al hotel y su prima la arrastró de un lugar al otro para que conociera a todo el equipo, se arrepintió de ser tan permisiva.

Para cuando logró escabullirse hacia la terraza frente al elegante salón, consideró seriamente enviarle un mensaje de texto para decirle que no se sentía bien, buscar una salida de emergencia y huir tan rápido como pudiera.

Inhaló hondo, disfrutando del aire frío de la noche. Tal vez estaba exagerando, pero prefería lidiar con el clima —salir no había sido una buena opción, ya que se estaba congelando— a seguir sintiéndose asfixiada entre las fervorosas fanáticas groupies cuya única misión parecía ser el acostarse con la mayor cantidad de hombres posibles. A eso se le sumaban los promotores y

representantes, las esposas y novias territoriales, y los obvios protagonistas de la noche: los jugadores.

Decidida, aferró el celular y buscó el contacto: un mensaje corto y rápido y podría marcharse. Maldijo en silencio antes de empezar a deslizar los dedos por la pantalla, imaginaba que Lali, como era habitual en ella, estaría algo pasada de copas y, esa noche, tan solo por haberla acompañado, se sentía responsable de su prima. Mordiéndose los labios a causa de la duda, giró de golpe al escuchar que la llamaban.

—¡Natasha!

Se alegró de que fuera Lali y le ofreció una sonrisa mientras metía el aparato de nuevo en el bolso. Sintió un profundo alivio, además, cuando notó que el jugador que la acompañaba, y que le rodeaba la cintura con un brazo, era aquel al que le había coqueteado por la Kiss Cam. El deseo de cumpleaños de su prima se había cumplido, lo que la liberaba de tener que quedarse más tiempo junto a ella.

—Lali, justo estaba por... —La mano que le rozó la espalda la hizo callar, dar un paso al costado y enfocar la vista en la abertura de una camisa blanca por la cual se apreciaba la dorada piel de un pecho trabajado y musculoso. Inconscientemente, tragó saliva, pero se recuperó enseguida, y estaba por increpar a aquel que había osado tomarse tal atrevimiento cuando el acompañante de su prima habló antes que ella.

—¡Apareciste! —dijo con efusividad—. Chicas, permítanme presentarles al mejor jugador de la NHL, capitán de los Blackhawks y mi mejor amigo: Mason *Wolf* Reaux —anunció Alex con expresión triunfal y una mirada muy significativa en su dirección.

Si los hombres esperaban que ella chillase emocionada y se le lanzase encima, ambos iban a estar muy decepcionados. Natasha elevó apenas la mirada hacia el tal Mason, le ofreció una tenue

sonrisa y volvió la vista hacia Lali.

—¿Tienes tu llave?

—Sí, pero…

—¡Genial! —la cortó, casi dando aplausos de alegría—. Entonces me voy a casa —anunció mientras se aseguraba de tener la suya en el bolso.

Cuando su declaración fue respondida con nada más que silencio, levantó la cabeza y observó a los presentes: los tres la miraban con extrañeza, como si el hecho de querer irse en vez de disfrutar de semejante agasajo y de los jugadores fuera algo que no estuviera en sus entendimientos. Le restó importancia con un resoplido e intentó avanzar, pero el cuerpo masculino del recién llegado se lo impidió. Clavó los ojos en el capitán, y pronto se encontró perdida en los iris más impactantes que hubiese visto en su vida.

Siempre creyó que las novelas exageraban cuando mencionaban ojos profundos como el mar o verdes como esmeraldas, pero en ese momento supo que las autoras se habían quedado cortas en sus descripciones. Verde y dorado luchaban por la dominancia, produciendo un efecto irreal que le recordaron a cuando de niña iba de camping con la familia y se cruzaban con alguna tormenta primaveral. Pese al denso follaje y las nubes, los rayos del sol se filtraban, traviesos, danzando con las gotas de lluvia sobre las hojas. Eso era esa mirada: un bosque lluvioso. Y debía de ser ilegal, pues sentía que la traspasaba de tal forma que con un solo parpadeo podría descubrir todos sus secretos.

Como si eso fuera poco, los sólidos casi dos metros de cruda masculinidad y afiladas facciones, que incluían una dura mandíbula cuadrada y cabello corto, pero que con la iluminación del balcón no discernía si eran castaños o rubio oscuro, habían logrado encantarla. Sí, aunque no quisiera, tenía que admitir que el paquete era muy

atractivo.

Pestañeó para salir del trance, ya había dado suficiente espectáculo con lo de la lectura como para quedarse embobada frente al hombre. Definitivamente, él era un problema que ella no necesitaba ni quería.

—Natasha, ¿no?

La gruesa voz, sin dudas masculina en su totalidad, hizo que tan solo afirmara con un leve movimiento de cabeza en respuesta, y no pudo menos que darse un coscorrón mental, pues seguía hechizada sin pretenderlo; de seguro, él estaba más que acostumbrado a que las mujeres se rindieran a sus pies.

«Nat, vuelve», la llamó su subconsciente, quizá en un vano intento por decirle que ella no era de esa clase de jóvenes. Sin embargo, el sonido de todo el contenido de su bolso al caer entre ambos desmintió su pensamiento. Mortificada, se acuclilló para recoger sus pertenencias, en parte agradecida por la distracción.

—¿*Ecos de amor*? —La entonación canadiense no la sorprendió tanto como el hecho de que lo pronunciara en español. Él pareció disfrutar de su reacción porque, ofreciéndole una media sonrisa, le entregó el libro.

El instante en que sus manos se rozaron, Nat sintió que un delicioso cosquilleo le trepaba por el brazo y que las mariposas en su vientre, que había estado ignorando desde el momento en que se había perdido en su mirada, parecieron cobrar vuelo de repente. Maldijo en silencio, no podía ni debía dejarse llevar por las fantasías que su mente creaba y que la hacían tener esas sensaciones inexplicables. O tal vez Aly tenía razón cuando le decía que llevaba mucho tiempo sola y que debía salir más. Como fuera, murmuró un «gracias» mientras se apresuraba a guardar todo de nuevo y se ponía de pie al acabar. Ignorando los intentos de Lali por detenerla,

se despidió y huyó tan rápido como las ridículas botas bucaneras de cuero se lo permitieron, rogando no quebrarse un tobillo en el proceso.

Y eso fue lo primero de lo que se deshizo tan pronto entró a la habitación en la casa de su tía, donde había decidido pasar la noche como algunas otras veces lo había hecho. La escena de lo ocurrido no dejó de repetirse en su mente al estar ya acostada en la cama. Se había sentido torpe y ridícula, y aún lo hacía. Sabía que Lali jamás se burlaría de ella y que golpearía a cualquiera que se atreviera a hacerlo, pero no podía evitar pensar que los dos jugadores estarían riéndose a su costa. Nat era propensa a sufrir accidentes absurdos, pero no de esa índole, y mucho menos delante de semejante espécimen masculino. Suspiró. Su historial amoroso era tan efímero como una tormenta de verano. El único novio serio en su vida había sido Christopher y, aun así, él jamás había producido un efecto tan instantáneo y devastador en ella como parecía haberlo logrado el capitán de los Blackhawks.

«Aly tiene razón», le repitió su mente imaginativa, y junto a la curiosidad que la carcomía por dentro, se mordió el labio inferior y buscó el ordenador portátil. Se acomodó bajo la manta mientras esperaba a que se encendiera y abrió internet a los pocos segundos. Accedió a la página web del equipo y no tardó en hallarse con varias fotos de los integrantes así como la fecha de los próximos partidos. No estaba segura, pero mientras se hallaba en el taxi de regreso, había tenido un vago recuerdo. No era la primera vez que veía a Mason, aunque estaba segura de que jamás se habían conocido personalmente, así que la única opción que cabía era que alguien de la editorial donde trabajaba hubiese realizado una nota para la revista sobre él o el equipo.

Accedió a la carpeta de archivos y no tardó en encontrar una

titulada «El rey del hielo». La abrió al instante y lo primero con lo que se cruzó fue con sus impactantes ojos verdosos. Pero a diferencia de esa noche, en la imagen parecían de una tonalidad más suave. Intrigada, y justificándose a sí misma que solo estaba leyendo sobre él porque lo había dejado a solas con su prima y su amigo, comenzó a leer la nota.

Para cuando concluyó, decidió que solo eran respuestas genéricas y que de seguro su representante lo había instruido para responderlas. No revelaban nada respecto al hombre detrás del gran jugador estrella de los BlackHawks. Bufó y se cruzó de brazos, fastidiada. No era como si a ella él le importase, lo más probable fuera que en aquellos momentos estuviese revolcándose con Lali y Alex en un trío.

Amaba a su prima, pero también era consciente de que ella tenía una vena salvaje y de que eran pocas las cosas que realmente consideraba prohibidas. Sin mencionar qué clase de hombre rechazaría a Dalila con su cuerpo de chica *Pin Up*, piernas eternas y cabellera rubia.

Cerró la tapa del ordenador con algo más de fuerza de la necesaria. ¿Qué le importaba a ella lo que estuvieran haciendo? Solo porque le hubiese dado mariposas y cosquillas, como siempre ocurría en las novelas románticas que tanto amaba leer, no significaba nada en lo absoluto. Lo más probable era que hubiese sido estática como resultado del material del vestido y el no haber tenido nada más en el estómago que un poco de gaseosa.

Enojada consigo misma, se dirigió a la cocina, donde se preparó una taza de té, y se apresuró a regresar a la habitación. Buscó la muy desgastada copia de *Orgullo y Prejuicio* perteneciente a su tía y volvió a instalarse en la cama para leerla. Con algo de suerte, se quedaría dormida pronto y soñaría con su señor Darcy personal.

Consideró levantarse a buscar los anteojos cuando la vista comenzó a nublársele, pero desistió luego de recordar cómo había guardado todo de manera apresurada; a esa hora de la madrugada no tenía ganas de ponerse a revolver el pozo sin fondo que era su bolso. De haber estado en su propia habitación, usaría los que tenía de repuesto en la mesa de noche, así que desistió con la lectura, se arrebujó bajo la manta y apagó la luz para dejarse llevar por los brazos de Morfeo.

***

Mason no lograba entender cómo esa mujer había huido tan rápido de ellos —de él— cuando muchas otras hacían lo que fuera por estar con los jugadores estrella. Su cabeza intentaba descifrar la razón de ello, por eso se encontraba aún allí, junto a Alex y su cita de turno, en vez de haber regresado al salón.

—¿Cómo es posible que tu prima no sepa de nosotros? —Su amigo expresó en palabras el pensamiento que le rondaba, por lo que aguardó a que la chica respondiera.

—No a todas las mujeres les interesa el *hockey*. —Fue la simple respuesta de la joven cuyo nombre no lograba recordar. Él sabía que cabía esa posibilidad, pero no quería aceptarla, así que abrió la boca para replicar, pero Alex se le adelantó.

—Vamos, preciosa, por mucho que así sea, ¿qué clase de mujer nos rechazaría?

—Vaya que estás pagado de ti mismo —murmuró ella.

Mason revoleó los ojos, el brillo coqueto en la mirada de la muchacha desmentía sus palabras.

—Y a ti te encanta —le susurró Alex al oído, lo que hizo que ella se riera y que pegara su cuerpo escasamente vestido al de su amigo.

—Quizá… No sé… Tendrías que convencerme. —Ese fue todo el incentivo que Alex necesitó para apoderarse de la boca de la joven.

Privacidad no era una palabra que Alex tuviera muy en cuenta, y ejemplo de ello era que los dos se estuvieran devorando frente a él como si no estuviera presente. Fastidiado, se dio media vuelta y los dejó solos. Y no pudo evitar, a su vez, encontrarse pensando en la joven que, por lo visto, desconocía todo sobre el capitán de los Blackhawks. Si debía ser sincero consigo mismo, en la terraza no fue la primera vez que la vio. De hecho, ya la había notado en las gradas mientras esperaba su tiempo en la *penalty box*, sentada cerca de la otra, que gritaba a todo pulmón para atraer la atención de Alex. Todo un contraste en comparación con sus modos callados.

Al principio, fue su completa falta de interés en el juego, que volcaba en el libro que sujetaba en las manos. Pero cuando la cámara la enfocó, el adorable sonrojo lo había intrigado. Y eso no era algo que le ocurría a menudo. Con treinta y tres años, y habiendo sido reclutado de muy joven para jugar de manera profesional, había más que saciado su curiosidad hacia las mujeres. Él las tenía a granel y se le ofrecían sin que tuviese que mover un solo dedo. Todo era como él quería, cuando él quería. Entonces, ¿por qué estaba pensando en la chica de las gradas? No era nada espectacular, podía ser considerada bonita como mucho, aunque tenía que reconocer que sus curvas, que el vestido había hecho cualquier cosa menos ocultar, destacaban en los lugares precisos que interesaban a los hombres. Tenía un rostro delicado, aunque pecoso para su gusto, y hubiera deseado deshacer el rodete que le sujetaba el cabello rojizo en lo alto tan solo para saber cuán largo era, pero esa posibilidad, como la misma reacción de poseerla que sintió cuando la había rozado, se le había escapado como arena entre las manos. Ella había huido como si él fuese el lobo feroz

dispuesto a devorarla.

—Caperucita roja… —murmuró, y enseguida gruñó por lo bajo, no tenía ni idea de dónde había salido semejante pensamiento.

Maldiciendo, se alejó unos pasos más cuando el sonido de vidrio bajo su pie lo frenó al instante. Al levantarlo, se encontró observando un par de anteojos con los cristales quebrados. Sonrió de manera pícara: supo de inmediato a quién pertenecían.

Capítulo 2

Tras su noche frustrada, porque no encontraba otra forma de expresar el hecho de que se despertara solo en su cama después de haber ganado el juego, su mañana no fue mucho mejor. La enorme casa que ocupaba, y que compartía junto a su amigo Alex, parecía un campo minado y, cual ama de casa, se vio recogiendo y ordenando cada sala mientras su cabeza no dejaba de darle vueltas a todo lo que había ocurrido la noche anterior. La fiesta, como solía ser, había sido por demás grandiosa. Música, alcohol y mujeres, una combinación que nunca fallaba. Sin embargo, por primera vez en su vida, él se había retirado mucho antes de lo que esperaba. Y solo.

A su mente vino la culpable de ello, y también el recuerdo de los lentes que había guardado en el primer cajón del escritorio que tenía en el despacho. Mientras se dirigía a buscarlos, su mente continuó por otros rumbos. Sí, podía ser el jugador estrella de los Blackhawks, pero se había titulado en Ciencias Económicas por gusto, además de especializarse en preparación física para deportistas. Y tenía un propósito, una idea que poco a poco se iba convirtiendo en realidad, aunque mantenía todo en secreto, puesto que, pese a lo que se mostraba de él en público, era muy reservado.

Sacó los anteojos y los hizo girar entre los dedos. ¿Por qué se había quedado con ellos cuando pudo habérselos entregado a Lali y que ella se los diera?

«Porque no aceptas que una mujer te rechace, campeón».

Su conciencia habló por él, y, renuente, tuvo que darle la razón. En su cabeza, por no decir su orgullo, no cabía que lo dejaran en la estocada. Y era más que obvio que a la joven en cuestión no le atraía el juego, entonces, ¿qué hacía en un partido de *hockey*, donde los fanáticos estaban a la orden del día gritando y vitoreando, leyendo en las gradas? ¿Cómo había podido concentrarse entre tanto alboroto? Estaba dispuesto a averiguar las respuestas a esas preguntas y tenía en la mano la excusa perfecta para presentarse frente a ella, aunque, claro, antes tenía que persuadir a Lali, cosa que no le iba a ser para nada complicado de hacer.

Como si la hubiera llamado con el pensamiento, la vio pasar a hurtadillas por delante de la puerta. Al instante, se levantó del sillón donde se había recostado un rato y la interceptó antes de que abriera la puerta.

—¿Escapándote como la Cenicienta? —se burló—. Al menos deja un zapato, así mi amigo puede buscarte.

—No va a ser necesario, capitán; afortunadamente, el siglo XXI y la tecnología están de nuestro lado.

—Pues hablando de ello, necesito que me ayudes con tu prima —pronunció, dedicándole una sonrisa de esas que gustaban a todas las chicas, y levantó los anteojos que no había soltado.

—¡No! —dijo ella al tiempo que se llevaba una mano a la boca—. ¿Qué les ha ocurrido?

—Anoche, los pisé sin querer.

—¿Anoche? Pero… —Lali lo miró con duda, enarcando una de sus perfectas cejas. ¿Habrían pasado la noche juntos? No estaba segura,

pero el simple asentimiento por parte de él la puso en duda—. ¿Nat y tú…?

Mason no respondió y, como restándole importancia al asunto, tan solo movió la mano con los anteojos en ella para recordarle por qué la retenía.

—Nat se va a poner furiosa —aseveró la joven. La conocía demasiado bien, y esas gafas eran sus favoritas.

—Preciosa, eso es lo que quisiera evitar, por lo cual vas a ser una buena chica y me ayudarás. —Se acercó a ella y le rodeó la cintura —. Sé dónde arreglarlas, pero dudo que con el cristal roto puedan determinar la graduación correspondiente.

Lali se mordió el labio inferior, miró al techo, como buscando algo, y sacó el celular del bolsillo trasero del pantalón. Antes de que pudiera hacer nada, Mason la detuvo.

—¿Qué haces?

—Tranquilo. No pienso llamar a Nat, no soy tan suicida —lo calmó —. ¿Tía?... Lali, sí… No, nada, está todo bien… Ya sabes, de parranda… No, ella regresó a casa antes… —«o eso creo», pensó—. Claro… Verás… —Miró al capitán y le guiñó un ojo—. Sin querer, pisé los lentes de Nat… Luego te explico… No, imagínate si le digo… Sí, solo la graduación… Obvio, el tío es demasiado meticuloso con eso, por eso te he llamado… —Con un gesto, le indicó a Mason que le acercara papel y lápiz—. Bien, apuntado… Gracias, tía. *Kiss*, *kiss* — saludó y cortó la llamada—. Aquí tienes —le dijo.

—Gracias. Te puedo compensar con entradas de primera al próximo juego, *cherie*, ¿qué te parece? —Mason se sorprendió a sí mismo tras ofrecerle aquello. Por lo general, cuando una chica le hacía un favor, como menos lo retribuía con un beso apasionado, aunque siempre terminaba con ambos desnudos. Se preguntó qué le pasaba, él no era así. ¿Se estaba volviendo viejo acaso? Meneó la

cabeza, no era posible, estaba en la cúspide de su vida. En todo sentido.

—No está mal, pero tu amigo te ganó de mano. Tal vez puedas darme otra cosa. —Le sonrió con picardía.

Mason captó la indirecta y, a pesar de sus locos pensamientos, no lo dudó y la atrajo hacia su cuerpo. Estaba por comerle la boca, cuando Alex los interrumpió.

—¿Me cambias por el capitán, nena?

Lali ladeó la cabeza y lo miró. Tenía puesto un bóxer con los colores del equipo, el cabello revuelto y los ojos entrecerrados. Lo vio llevarse una mano al pelo y despeinarse aún más. Ante el gesto, no pudo evitar morderse nuevamente el labio.

—No hay hombre como tú, cariño. —Le guiñó un ojo, volvió el rostro hacia Mason y lo besó como si la vida se le fuera en ello. Minutos después de juguetear con semejante boca, regresó la vista a Alex—. Pero no podía perder esta oportunidad con el capitán. —Sin más, se despidió, lanzando unos besos al aire, y los dejó solos.

***

La mañana encontró a Nat hecha un ovillo en la cama. El edredón le cubría casi todo el cuerpo, y no tenía ni ganas de levantarse, pero sus obligaciones, esas que cada tanto se llevaba como tarea para el hogar, no le permitían disfrutar de un rato más de ocio sobre el mullido colchón. Recordó, a su vez, que no estaba en su departamento, sino que había optado por pasar la noche en casa de su tía, puesto que de allí quedaba más cerca el estadio donde se había llevado a cabo el tan esperado juego de *hockey* —según palabras de Lali— y al cual la había acompañado.

Se desperezó, y el frío le cubrió los brazos desnudos cuando los

elevó sobre la cabeza. Instintivamente, volvió a esconderlos y se permitió unos minutos más de holgazanería mientras se despabilaba del todo.

Al cabo de un rato, se encontraba sentada a la mesa del desayunador en la cocina. Una taza de café humeaba delante de sus ojos mientras el calor se transmitía a la fría piel de sus manos que la sostenían. Optó por acompañarlo con unas tostadas de pan integral, aunque tampoco era que tuviera mucha variedad de elección. Su tía, una bailarina abocada a su profesión, mantenía una dieta demasiado estricta para su estilo de vida, la misma que Lali también seguía y que se evidenciaba en el cuerpo que había recibido en herencia, cosa que ella no tenía en lo más mínimo. No podía decir que sus curvas fueran perfectas, aunque tampoco que estuvieran desalineadas. Tenía lo suyo, pero no como para que las miradas de los hombres se dirigieran a ella no bien la vieran, como era el caso de su prima. No obstante, tenía que decir que tampoco le importaba; ser el centro de atención no estaba dentro de sus cánones. Eso la llevó a recordar la vergüenza que había pasado cuando la cámara la había enfocado el día anterior y, por ende, a traer a su mente al capitán del equipo vencedor. Bufó. ¿Por qué lo recordaba? ¿Acaso le interesaba saber algo de él? Bueno, si se dejaba llevar por lo que había hecho no bien llegó a la casa, cualquiera diría que lo estaba, pero ella lo negaría y solo lo atribuiría al hecho de matar su curiosidad.

«Los hombres altos, apuestos como el pecado, musculosos y descerebrados definitivamente no son lo mío», declaró para sus adentros. Quizá, si se lo repetía lo suficiente, lo terminaría creyendo.

Terminó de beber el café y de comer las tostadas, intentando concentrarse en las obligaciones que tenía pendientes, las cuales correspondían a terminar de corregir los últimos capítulos del

manuscrito sobre las investigaciones que un hombre (aburrido a su entender) había hecho sobre los cientos de bosques que poblaban Canadá. Sí, ese era su trabajo, como una de las correctoras de una pequeña editorial que, a su vez, mantenía una tirada de ejemplares de una revista del mundo de la farándula (de algo había que sobrevivir también, ¿no?).

El ruido de la puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos, y giró para ver que Lali hacía su entrada junto a su tía. Frunció el ceño. ¿Acaso su prima se había metido en líos y tía Fabiana había tenido que ir a buscarla? ¿O es que había llegado temprano y había decidido hacer ejercicio junto a su madre como todas las mañanas? Las risas que compartían no la ayudaron con su respuesta y esperó a que ambas se percataran de que ella se encontraba allí y le aclararan su duda.

—¡Alex Dupreé! —suspiró Lali al tiempo que se dejaba caer en una de las sillas y mostraba una más que satisfecha sonrisa de felicidad —. Creo que estoy enamorada.

—Sí, como lo estás también de casi todos los hombres que han logrado mantener tu atención, prima.

Lali la miró y le sacó la lengua como una niña pequeña.

—Aguafiestas —soltó—. Tú te perdiste la oportunidad de estar con el capitán.

—Apuesto a que te hiciste cargo de él —rebatió.

Su prima volvió a soltar un suspiro.

—Ya me hubiera gustado, pero desapareció minutos después de que tú te fueras. No lo tendrás escondido en la habitación, ¿no? —la picó. Aunque lo había visto antes de dejar la casa de Alex, la duda en las palabras que había intercambiado con él aún revoloteaba en su cabeza. ¿Acaso los dos se estaban cubriendo? Frunció el ceño.

—Como si me interesara pasar la noche con un hombre puro

músculos y vacío de cerebro. No, gracias, paso. Te los dejo toditos para ti.

—¡Hey! Para tu información, no soy tan acaparadora como algunas. Y por otro lado, que sepas que no es cierto lo que dices. No son tan cabeza hueca como crees.

—¿No? —Nat revoleó los ojos.

—Chicas, no peleen —pronunció Fabiana mientras se servía un jugo revitalizante, de esos que tenían colores extraños y que sabían más a remedio que a otra cosa.

—Ella ha empezado —se quejó Lali—. Además, yo no estaba leyendo un libro mientras todos alentábamos a los jugadores.

—Me aburría —se defendió al tiempo que cruzaba los brazos.

—¡Ay, mi linda Odette! —pronunció Fabiana—. Eres igual a tu padre, siempre metida entre las páginas de un libro. Pero en la vida también hay que divertirse. Una noche de juerga no le hace mal a nadie, y una oportunidad como la que has tenido quién sabe cuándo podrá volver a ocurrir.

Natasha frunció el ceño y mostró su enfado. Tía Fabiana, al igual que su madre, adoraba llamarla por su segundo nombre, el cual hacía alusión a *El lago de los cisnes*, obra que en más de una ocasión habían interpretado.

—Si papá te escucha decir eso, te va a regañar, tía. Además, no soy una… *puck bunny*. —Nat hablaba de oídos porque en realidad no sabía con precisión qué eran, pero si la conducta de su prima la noche anterior era un indicativo de algo, prefería seguir en la bendita ignorancia.

—Mi hermano es un mojigato en ciertos temas, cielo. ¡Si lo sabré yo! —Dio unos sorbos de la bebida—. Todavía no sé cómo no ha dicho nada por que te fueras a vivir con Alyssa. Ese hombre tiene un coeficiente intelectual más alto que las tres juntas, pero se quedó en

el pasado en cuanto a lo que tiene que ver con libertad, y ustedes saben a qué clase me refiero. —Les guiñó un ojo mientras lo decía.

—Una cosa es libertad, y otra muy distinta, libertinaje —acotó Nat para defender a su progenitor—. La primera es la facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, haciéndolo responsable de sus actos. La segunda…

—Es vivir la vida como te dé la real gana —la cortó Lali—. Deja de ser un diccionario parlante de vez en cuando, eso sí que aburre. —Bostezó para poner más énfasis a sus palabras.

Natasha se encogió de hombros, pero al momento sintió los brazos de Lali sobre los hombros.

—Mira, Nat, no fue mi intención ofenderte con mi comentario —se apiadó de su estado—, pero me hubieras dicho que no si no querías ir.

—Era tu cumpleaños.

—Sí, pero no tenías obligación de acompañarme, no iba sola; Kira y Anne son tan fanáticas como yo. Creía que podías divertirte, pero me ha quedado claro que no fue así. Prométeme que me dirás que no si te pido hacer algo que no te guste la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Lo haré —apenas susurró, aunque estaba segura de que no cumpliría. Eran primas, sí, pero tenían una amistad especial, algo que pocos podían entender. Eran incondicionales la una con la otra, y nada cambiaría jamás eso.

—Bien. Así me gusta más. Ahora —informó Lali, que dio un largo bostezo, esa vez, real—, me voy a dormir, lo necesito, y mucho. —Soltó unos besos al aire y se escabulló a su habitación.

Natasha, tras intercambiar unas palabras con su tía, hizo lo mismo. Había quedado en ir a almorzar con sus padres, pero quería aprovechar un poco del tiempo que restaba para adelantar trabajo

pendiente. Mientras esperaba a que la computadora se encendiera, rebuscó en su bolso los anteojos, pues no quería forzar la vista cuando sabía que iba a pasar un par de horas frente a la pantalla. Refunfuñó mientras revolvía en el interior: su cartera no era la de Mary Poppins como para que cupieran tantas cosas en ella. Ya sin paciencia, vació todo el contenido sobre la cama para descubrir que no estaban allí.

—Maldición —soltó a la vez que daba un pisotón sobre el suelo. Recordaba que los había usado en el estadio y que los había guardado—. ¡Doble maldición! —bufó, dejándose caer sobre el colchón cuando a su memoria llegó su estado de embobamiento frente al capitán del equipo.

Ese había sido un momento algo vergonzoso, su mente había lidiado con su cuerpo en una carrera donde el vencedor se había mostrado haciendo que todas sus pertenencias quedaran expuestas en el suelo. Tendría que hablar con Lali para saber si, de casualidad, alguien los había encontrado, aunque no iba a poder hacerlo hasta bien tarde ese día, puesto que cuando su prima caía en los brazos de Morfeo tras una noche de diversión, podía derrumbarse la casa sobre su cabeza que ni por asomo se despertaría. Bufó. Su plan de adelantar trabajo ya no era tan factible. Solo trabajó unas pocas horas, dejó todo ordenado y decidió llegar antes a casa de sus padres, después de todo, charlar con ellos siempre le renovaba las energías.

Capítulo 3

Nat se refregó los ojos por lo que sentía que era la centésima vez. Tenía la vista cansada, necesitaba sus anteojos de siempre porque los viejos que tenía en casa de sus padres y que solían sacarla de más de un apuro, simplemente, ya no estaban cumpliendo su función. Frustrada, bufó mientras cerraba el archivo. No tenía mucho sentido seguir intentando corregir un texto que ya no podía ver con claridad.

El estómago le rugió, recordándole que, desde el almuerzo con sus padres, no probaba bocado alguno. Los amaba con toda el alma, pero a veces, en especial con su madre, las charlas se volvían asfixiantes. Pese a ello, y dado el cansancio que todavía sentía en el cuerpo, decidió pasar la noche allí, en el hogar donde había crecido, aunque no en su antigua habitación, sino en el estudio multiuso que tenían en el amplio jardín trasero y que lindaba con los bosques.

Adoraba ese lugar, y de niña, cuando su madre aún lo utilizaba para ensayar, solía sentarse en el suelo, con un libro en la mano al que poco uso le daba, ya que quedaba embelesada observándola bailar. A ella y al grupo de danza que había encabezado. Era como ver poesía en movimiento. Y aunque ya no realizaba presentaciones

tan a menudo como en aquel entonces, cuando lo hacía, jamás se las perdía.

Su padre, por su parte, había tenido un estudio propio en el segundo piso de la enorme casona, pero cuando descubrió su pasión por escribir, y sabiendo que querría privacidad, optó por convertir la habitación más alejada en el refugio de ensueño de todo escritor, así como adaptar el gran salón de la casa principal en una sala de baile como regalo de aniversario para su esposa.

Sonriendo, se detuvo brevemente frente al ventanal que daba a la casa para observar las luces encendidas. De seguro su padre estaría leyendo alguna novela de misterio en la biblioteca. Sonrió con picardía, nadie creería que el afamado ingeniero era un fanático de esos libros y que los consumía vorazmente.

El quejido que emitió su estómago la apremió a ir hacia la cocina y abrir la heladera para ver qué podía prepararse para cenar. No le sorprendió encontrarse con una bandeja repleta de milanesas sin fritar, junto a papas peladas y cortadas, listas para ser hervidas. Negó con la cabeza, su madre no podía con su genio de dejarle siempre comida preparada o para hacer. Solía hacerlo incluso para que se llevara al departamento que compartía con Aly.

No tardó en poner a hervir las papas y colocar unas láminas de manteca y unas cucharadas de leche en un bol. Si había algo que definitivamente exponía su herencia porteña era la comida: milanesas con puré era una tradición que adoraba y disfrutaba a la vez. Asimismo, a diferencia de la mayoría, la familia Randizzi nunca desayunaba comidas grasosas a primera hora de la mañana ni tampoco para la hora del té. Sus padres siempre se habían empeñado en que supiera cocinar lo que se comía en Argentina, lugar donde ambos habían nacido. Lo mismo ocurría con los horarios: mientras que todos cenaban a las siete de la tarde, ellos

jamás lo habían hecho hasta pasadas las nueve de la noche, excepto si tenían visitas.

Sabía que muchas personas los consideraban extraños por eso, pero ella se sentía afortunada. Así también, por el hecho de abrazarse y besarse con afecto. Aly solía reírse porque, siempre que Nat volvía de visitar a sus abuelos, no podía evitar apretarla con cariño y efusividad. Esas costumbres que mantenía le habían abierto un mundo diferente en el que se hallaba sumergida diariamente.

Volvió a sonreír mientras se alejaba de la mesada e iba directo al equipo de música. *I put a spell on you* se oyó en todo el lugar. Otra rareza más y que pocos sabían: era fanática de la música de los ochenta y más vieja también. Podía escuchar a Creedence como a Alana Miles, sin mencionar que se sabía la mayoría de las letras a la perfección. Lali solía unirse a sus improvisados recitales cuando comenzaba a sonar alguna canción en español que conociera y le gustase, aun cuando las llamaba «canciones de viejos». Pero a Nat le encantaban.

Pinchó una papa con un tenedor y notó que estaba blanda. «En el punto justo», pensó. Retiró la olla del fuego y colocó una sartén sobre la hornalla, a la cual le roció un poco de aceite para luego poner a cocinar una milanesa.

Mientras tarareaba al ritmo de la canción, encendió el televisor aun cuando la idea no le gustaba. Pero lo cierto era que le había prometido a Lali estar al pendiente de si aparecía alguna nota en el canal de celebridades respecto a Alex y a ella.

No le sorprendió que de inmediato surgiera el tema del partido de la noche anterior, y, aunque había habido una breve referencia a ella leyendo en las gradas y habían bromeado sobre si sería o no el amuleto de la suerte del equipo, afortunadamente el comentarista del *show* no había mencionado su nombre ni habían aparecido

imágenes.

El sonido del celular la abstrajo de sus pensamientos y de inmediato lo atendió.

—¿Nat? Estás en casa de tus padres, ¿no? —prácticamente le gritó Lali en el oído, aturdiéndola.

—Creo que me conoces lo suficiente para saber que es así.

—¿Y estás sola? —continuó con el interrogatorio.

—¿Por qué no habría de estarlo, *primis*? —bromeó mientras daba una ojeada en dirección a la sartén de camino al ventanal junto al televisor. Al notar la luz encendida de la cocina, supuso que su madre de seguro estaría preparando su habitual rutina nocturna: una taza de té de hierbas para ella y un café para su esposo.

—Porque Aly siempre está metida en el medio —la escuchó mascullar, y frunció el ceño.

—Lali… —le advirtió. No sabía la razón, pero su prima y su mejor amiga se toleraban a duras penas, y estaba bastante segura de que lo hacían más que nada para no arruinar la relación de amistad que mantenían. Sin embargo, al recordar que Alyssa era abogada especializada en casos penales, sintió que se le tensaba el estómago —. Por favor, dime que no estás en problemas… —El silencio del otro lado de la línea hizo que el corazón se le acelerase—. ¡Dalila! —finalmente vociferó, esperando hacerla hablar.

—Tú no conoces a Alex, puede ser *taaaaaan* persuasivo cuando así lo desea. —La risa sexi al final de esas palabras le dejó en claro a Nat qué clase de persuasión el jugador había utilizado, y eso solo aumentó aún más su rabia.

—¡¿Me estás diciendo que te metiste en problemas por culpa de esa masa de músculos casi seguramente descerebrada?! —chilló queriendo darle un tirón de orejas. Si la estaba llamando para que fuera a buscarla a la cárcel y pagara la fianza, se iba a rehusar en

rotundo. No sería la primera vez que tenía que hacerlo.

—Es que…, en realidad…, no estoy en problemas…

—¿Entonces? —Sintiendo que le bajaba el subidón de adrenalina, apoyó el trasero en uno de los taburetes que había junto a la mesada y se masajeó las sienes: el dolor de cabeza era inminente.

—Solo me pareció correcto avisarte porque, al fin y al cabo, somos primas, y te quiero mucho… —murmuró claramente apenada.

—Yo también te quiero mucho, *primis*, pero no sé de qué me estás hablando —le dijo ya con poca paciencia—. ¿Advertirme de qué?

La respuesta quedó a medio camino, ya que el sonido del timbre al ritmo de *Por Elisa* —una broma de su padre hacia su esposa cuando el lugar era aún su estudio— la hizo reír, y se disculpó con su prima para atender.

Por lo visto, el saludo de buenas noches de su padre, que cumplía a rajatabla cada vez que ella pasaba la noche allí, tocaba a la puerta. Sonriendo, la abrió sin prestarle atención a la voz de Lali.

Natasha se quedó más quieta que estatua de mármol cuando la sorpresa de ver en el umbral, y en toda su imponente, avasalladora y sensual masculinidad, al capitán de los Blackhawks: Mason *Wolf* Reaux. Las palabras dichas por Lali se acomodaron en su mente: «Menos mal que no me equivoqué al pasarle la dirección de los tíos, porque es la que le di a Mason». Cuando quiso recriminarle lo que había hecho, se dio cuenta de que su prima había cortado la llamada.

Demasiado aturdida para hablar, y aun intentando poner en orden lo que estaba sucediendo, dejó el celular a un costado y lo recorrió con la vista de pies a cabeza. Estaba segura de que un par de *jeans* negros y un suéter gris de cuello volcado jamás se habían visto tan bien en un hombre. Sin mencionar su cabello azabache estudiadamente despeinado como si hubiese pasado repetidas veces

las manos por él, y su intimidante mirada que en aquellos momentos parecía dorada. Al final, fueron la ceja enarcándose y la media sonrisa de costado las que lograron hacerle recuperar las funciones neuronales.

—¿Sí? —Nat quiso patearse a sí misma tan pronto esa sola palabra abandonó sus labios. ¿Cómo era posible que un hombre que no era para nada su tipo tuviera la capacidad de freírle el cerebro con su mera presencia? Ella, que poseía un amplio vocabulario y que cuanto más nerviosa se ponía, generalmente más sofisticado era lo que comunicaba, se había convertido en una idiota monosilábica. Solo estaba ahí, de pie, mirándolo embobada y preguntándose qué tan desastrosa se veía con el largo cabello suelto y vistiendo una camiseta hasta la mitad de los muslos con un dibujo de una lechuza que aferraba un libro en un ala y con una vela en la otra, en cuya parte superior podía leerse «I´m a proud booknerd».

—Algo se quema —le informó Mason con su voz grave, y ella solo asintió hasta que logró procesar lo que le decía

—¡La milanesa! —Corrió hacia la cocina y suspiró aliviada cuando vio que, aunque algo dorada de más, había sobrevivido a la fritada. Cuando quiso quitar la sartén de la hornalla, una mano la aferró de la muñeca y la alejó. Sorprendida, Nat se dio cuenta de que Mason había evitado que se quemara con el fuego.

—Grr… gracias —susurró, esperando a que la liberase, pero cuando, luego de unos segundos, no lo hizo, levantó la mirada y se encontró con que él la observaba con la misma intensidad que la noche anterior. Ignoraba por qué lo hacía, era consciente de que no era una belleza despampanante como para atraer de esa manera su atención.

Pese a la obvia diferencia de estaturas, no tardó en focalizarse en sus labios: se veían suaves y tentadores. «Bastaría con ponerme en

puntas de pie…», pensó de manera inconsciente, volviendo a perderse en sus ojos y notando que la distancia entre ambos se acortaba. El aliento dulce y mentolado de Mason le recordó a su chocolate favorito.

—*Fanáticos de los Blackhawks, y en especial nuestro público femenino, querrán saber que, según los rumores luego de la celebración, nuestro cazador favorito se retiró con dos de sus admiradoras, tal como es su estilo, para continuar los festejos de una manera más… privada. Ya lo saben: si quieren una noche llena de adrenalina, solo deben estar en el centro de la fiesta* —se oyó la voz del locutor en el televisor.

Desvió el rostro a tiempo de impedirle besarla en los labios, y solo consiguió que el cabello de él le cosquilleara en las mejillas.

—Vete —logró murmurar, sin entender bien lo que sucedía.

De inmediato, el cuerpo masculino se tensó. Mason la rodeó por la cintura y la acercó a su cuerpo.

—No. —Su voz sonó más grave que antes—: Mírame.

Nat negó con la cabeza y focalizó toda su atención en los ventanales, rogando que su padre apareciera en ese momento, puesto que no quería aceptar que la cercanía del capitán le estaba nublando los pensamientos. Con la poca cordura que le quedaba, molesta también consigo misma por haber evitado el beso, lo empujó.

—¿Por qué estás aquí exactamente, Mason? —inquirió. Necesitaba saber la razón, por qué Lali le había dado su dirección para que fuera a verla. Aumentó la distancia al acercarse al televisor para apagarlo, se cruzó de brazos y volvió a enfrentarlo cuando se sintió un tanto más recompuesta: tenía que hacerlo marcharse cuanto antes o caería en una tentación que no buscaba.

Desvió la vista hacia el celular olvidado, rogando que sonara o con

la intención de hacer ella un pedido de auxilio, a la misma Lali o tal vez a sus padres, a los bomberos o a la real caballería montana canadiense, no importaba si la apartaban de la atracción que Mason le generaba.

—Olvídalo —murmuró él, como si le hubiera leído el pensamiento y con una cadencia que le erizó más la piel—. Si piensas en llamar a Lali o que ella lo haga, llevas las de perder: tu prima está muy ocupada con Alex como para entrometerse —le informó.

—No la conoces —se defendió Nat, aunque a esa altura ya dudaba de todo.

—Te aseguro que sí, de lo contrario, no estaría aquí.

Ignorando la última parte de la oración, enarcó las cejas y lo fulminó con la mirada. Una pizca de celos la recorrió entera ante la idea de Mason revolcándose con su prima. Negó con la cabeza y fue hasta la puerta. La abrió y rogó por que Mason entendiera la indirecta.

—No me interesa saber a qué viniste. Vete —le ordenó, aunque no con la seguridad que hubiera querido demostrar.

Mason acortó nuevamente la distancia que los separaba, despacio, como estudiando cada paso que daba hacia ella.

—Puedes correr, pero no escaparte, Caperucita, porque te aseguro que este lobo feroz no va a darse por vencido —le susurró al oído.

Natasha contuvo el aliento, sin embargo, cuando respiró hondo, el perfume a almizcle, madera y algo más que debía ser innato a él la desestabilizó. Cuando él se separó apenas y pudo verlo otra vez, Mason tenía los labios ligeramente curvados hacia arriba. «Oh, Dios, estoy perdida», se dijo al notar que sus caninos eran ligeramente más alargados que el resto de su dentadura. Esa era una de sus debilidades, debilidad que le habían dado las novelas románticas paranormales que no dejaba de leer.

Quiso retroceder, pues estaba segura de que sucumbiría ante Mason en cualquier momento, pero no pudo: él le pasó una mano por la cintura, mientras que la otra la deslizaba por la curva de su cuello. Natasha dejó de respirar por un segundo ante el contacto. Se amonestó a sí misma, su mente racional le gritaba que lo detuviera, que para él solo era un juego, un desafío para demostrar que no existía mujer que se le resistiera. Pero ese otro lado suyo, la romántica incurable que soñaba con un amor como el de sus padres, parecía haber caído completamente presa de sus encantos.

—Si quieres que me detenga, dilo ahora, Natasha, porque no seré negado de nuevo —prácticamente le gruñó mientras la distancia hacia sus labios se acortaba cada vez más, sin apartar la mirada de la suya en ningún momento, como si quisiera ver su alma y grabarse en ella para siempre.

Cuando sus bocas se unieron, Natasha llevó los brazos en torno al cuello masculino y deslizó los dedos entre su cabello azabache. Sí, definitivamente, había perdido todo raciocinio. Y se odiaba por ello. Odiaba entregarse al capitán como lo estaba haciendo; sin embargo, no podía negar que lo que sentía era distinto a lo poco que había vivido en toda su vida en lo referente al amor.

Por su parte, Mason, como todo buen cazador, se apoderaba de sus labios con arrebatadora presteza, decidido a dejar su huella en ellos. Hasta que fue interrumpido.

—¿¡Qué mierda ocurre aquí?!

Nat gimió preocupada, reconocería esa voz en cualquier parte: el menor de los tres hermanos de Aly. Intentó separarse de Mason para mirar al recién llegado, pero él se lo impidió sosteniendo su agarre, como si, al soltarla, ella se fuera a desvanecer de entre sus brazos.

—En todo caso, ¿quién mierda eres tú? —masculló Mason sin

desviar la mirada de la mujer que lo tenía en un estado de embotamiento.

—Su novio.

Nat cerró los ojos por un instante y luego miró a Dante, quizá con la intención de recriminarle el que se tomara una atribución que no le correspondía, aunque era típico de él saltar a la acción sin siquiera saber primero lo que ocurría.

Mason apenas desvió la vista para ver al intruso, y no pudo menos que arrugar el ceño y apretar más el agarre hacia Natasha, que se mordió el labio y negó a la vez con la cabeza.

—Mason… —susurró rozándole el brazo. La tensión era palpable no solo en su cuerpo, sino también en la expresión de ambos hombres. Tal vez, en la pista de hielo, sus oponentes retrocederían ante ella, sin embargo, no estaban en un juego, por lo que los desafió a ambos haciéndoles frente; poco le importaba a Natasha si uno u otro no estaban acostumbrados a recibir una negativa o a ser rechazados.

—¿Es verdad? ¿Eres suya? —inquirió Mason tensando más el cuerpo.

—Él es… —dudó ella, aunque prosiguió—: Dante, el hermano de Alyssa, mi mejor amiga.

—Sé quién es —casi gritó y la soltó para encararse con su rival—. Solo responde, ¿es cierto?

Natasha comprendió en ese momento que debía aclarar el malentendido, no obstante, como siempre, Dante hizo de las suyas al colocarse a su lado y rodearle la cintura.

—¿Te extraña, capitán? —lo aguijoneó Dante, burlón.

Mason apretó los puños y la mandíbula, pero poco duró su contención: en un suspiro, lo alejó de Natasha, lo empujó y le habló a ella con la mirada entre furiosa y decepcionada:

—Si el maldito de Dante *Razor* Guillard es tu novio, ¿por qué no me detuviste cuando te besé? —Se pasó la mano por el pelo, frustrado y nervioso a la vez—. Soy demasiado posesivo para compartir lo que es mío con otros. —Desvió apenas la mirada para posarla un segundo en Razor.

—Yo no… —quiso decir Nat, pero fue en vano: Dante, ante la incitación silenciosa, se abalanzó contra Mason y ambos cayeron al piso entre puños que eran esquivados y golpes que daban en las zonas débiles del otro.

Ante la desesperación de verlos atacarse mutuamente, Natasha se sorprendió primero y gritó después, intentando detenerlos, pero casi fue atacada por su amigo de no ser porque el torso de Mason, que recibió el impacto, lo evitó. Histérica y sin poder hacer nada para separarlos, puesto que ambos hombres no dejaban de enfrentarse, soltó un «basta» que retumbó entre las paredes del salón.

El silencio los rodeó por un instante.

—¿Nati?

—¿Caperucita?

—Váyanse… Los dos… —logró susurrar con voz ahogada, sin siquiera mirarlos.

—Ya la escucharon, muchachos. Márchense.

Jamás Nat sintió tanto alivio por oír a su padre como en ese momento. Sin pensarlo siquiera, se refugió en sus brazos como cuando era niña y algo la asustaba.

—Señor, lo siento…

—Ahórrate el discurso, Dante. No es la primera vez que tú y yo tenemos una conversación sobre tu temperamento. En cuanto a usted…

—Reaux. Mason Reaux, señor.

Nat lo miró de refilón, sorprendida por la compostura de su voz

cuando instantes antes había estado gruñendo como un animal en celo.

—Que sea la última vez que mi hija llora por algo que has hecho. ¿Nos entendemos?

—Sí, señor

Cuando ambos se retiraron, Nat respiró un tanto más aliviada, mientras que agradecía el silencio y la comprensión por parte de su padre, que le había solicitado que se sentara en el sillón mientras le preparaba una infusión.

Una hora después, luego de asegurarle que no necesitaba quedarse con ella, apagó la luz de la sala. Fue entonces que notó, en la pequeña mesa del pasillo, el estuche de unos anteojos. Dudó unos instantes, pero finalmente lo aferró y lo llevó consigo. Instalándose en la cama, aunque sintiéndose ridícula por el cosquilleo en la boca del estómago, lo abrió. En el interior, aunque no eran exactamente los suyos, halló un par de anteojos de marco rojo. Extrañada se los colocó y enseguida comprobó que tenían la graduación perfecta. Sonrió de forma inconsciente. Cuando se los retiró para guardarlos, se percató de la nota que allí había.

Con una sola de tus miradas cambiaste las reglas…
Mason

La letra en cursiva, clara y prolija la sorprendió, parecía del siglo pasado. Curvó más los labios y negó a la vez. Era una romántica, y, aunque debía estar enojada por la actitud que Mason había tomado, por lo que había sucedido, no pudo evitar suspirar emocionada. Además, como bien le había enseñado su madre, guardar rencores era malo para el alma.

Jurándose a sí misma que solo le agradecería al capitán de los Blackhawks, buscó su celular, agendó el número que había escrito

como posdata de la nota y le envió por WhatsApp un «gracias» seguido del ícono de los anteojos.

Al instante, el aparato sonó con una respuesta:

¿Cómo te quedan?

Perfectos.

Se avergonzó por la rapidez en su respuesta y se dio un golpe mental. No obstante, se sacó una *selfie* y la configuró para que solo pudiera verla una sola vez.

Hermosa… pero tan seria.

Riéndose de sí misma, Nat se tomó otra foto, sacándole la lengua.

No me tientes, Nat… ¿Acaso no
sabes lo que lo ocurrió a Caperucita
por jugar con el Lobo Feroz?

Dio un respingo en la cama al leer el mensaje. Se quedó mirando el aparato sin saber que responder, cuando la imagen de Mason con una mano en el corazón apareció en la pantalla. Debajo, una sola palabra: «Perdón».

Sin pensarlo demasiado, se enfocó el rostro y le sonrió a la cámara. Al momento de darle a enviar, se arrepintió, sin embargo, no pudo evitar sonreír como una tonta ante la nueva respuesta de Mason:

Tu sonrisa es el mejor obsequio que
me puedes dar.

Capítulo 4

—¡Buenos días!

Mason respondió con un gruñido al jovial saludo de Lali; era demasiado temprano para estar tan alegre. Se llevó el tenedor a la boca y degustó los huevos revueltos que acaba de servirse. Asimismo, sin decir nada, frunció el ceño: no era extraño que por la casa deambulara alguna que otra mujer, tanto él como Alex habían llevado a más de una allí para pasar la noche. Sin embargo, lo raro era repetir. De ser el caso, se alegraba de que por fin su amigo estuviera superando a Stephanie, no obstante, no estaba seguro de que la prima de Natasha fuera la mejor opción para Alex. Claro que no podía negar que la joven en cuestión poseía una belleza despampanante, de la clase que detiene el tráfico solamente con cruzar la calle, pero el beso entre los dos el día anterior no había significado nada. Solo uno más de tantos. No así el que había compartido con Nat. Incluso en ese momento podía sentir cómo se le aceleraban los latidos y se le espesaba la sangre al recordar lo ocurrido.

Sacudió la cabeza ante sus pensamientos y decidió que se estaba volviendo viejo. Él, que poseía la reputación de ir detrás de toda

hermosa mujer dispuesta a entregársele, estaba sentado frente a la mesada central de la cocina, desayunando solo y sumido en pensamientos de su propia Caperucita Roja. Entonces recordó cuando su hermano Ethan y él estaban en plena adolescencia y su padre había decidido que era momento de darles «la charla».

¿Podía ser cierto que él y Natasha tuvieran una conexión como la de sus padres? Siempre creyó que tales dichos eran *cuentos de viejas*, pero si se dejaba llevar por lo que había sentido no bien la vio, por el momento en que sus bocas se habían unido, sin dudas que debía decir que sí. Sonrió sin ser consciente de ello.

—Mi cuerpo por tu pensamiento —oyó ronronear a Lali, que lo miraba fijamente.

Mason agarró una tostada, la untó con mermelada y le dio un mordisco, todo sin emitir ni una palabra. Bebió lo que le restaba de café y se levantó con la intención de dejar en orden la cocina.

—Más le vale a Alex estar despierto ya —comentó dándole la espalda—. Tenemos entrenamiento dentro de una hora y media.

—¿Y si te digo que sigue durmiendo? —Lali se le acercó y le apoyó una mano en la espalda—. ¿No te gustaría aprovechar el momento? Podría hacerte lo mismo que a él —continuó, quitándole la remera de dentro del pantalón y deslizando las yemas por la piel expuesta.

Mason se giró de golpe y la tomó por la muñeca.

—No quiero ser grosero, preciosa. Comparto muchas cosas con mi mejor amigo, pero te aseguro que *sus* chicas no son una de ellas… —masculló, liberándola con sutileza y alejándose en dirección a su habitación.

—Una lástima —se quejó la joven, que no demostró ninguna emoción por el rechazo y tan solo se encaminó en sentido opuesto al de él.

Mason se frotó la nuca una vez que cerró la puerta de su cuarto.

Realmente estaba jodido, y necesitaba concentrarse en el entrenamiento, y no en todo lo que había ocurrido con Natasha. Porque lo cierto era que el equipo no podía darse el lujo de perder ningún partido —intuía que ese sería el año para los Blackhawks—, pero para ello tenía que estar 100% concentrado en el juego, y tener a Caperucita distrayéndolo no era una opción.

Pese a lo que debía hacer, buscó el celular sobre la cómoda. Se lamentó de no poder volver a ver las fotos que Natasha le había enviado y maldijo a quien había inventado tal aplicación.

«¿Qué tiene que parece haberme hechizado?», se preguntó sabiendo que su insistencia con los anteojos y, luego, la desesperación por besarla habían ido mucho más allá de un orgullo magullado.

Antes de dudar demasiado, se encontró desplazando los dedos sobre la pantalla para enviarle un mensaje.

> Buenos días, Caperucita. ¿Dormiste bien?

Consternado, abandonó el aparato sobre la cama. Se estaba comportando como un adolescente desbordante de hormonas. Mejor si mantenía distancia con Natasha y así lo que fuera que le hubiese atraído de ella de seguro se desvanecería. Además, no era como si fuese a verla en los entrenamientos o en los partidos de nuevo. Por lo que Alex le había comentado el día anterior, ella había asistido por elección de su prima Lali como actividad para celebrar su cumpleaños, lo mismo que el asistir a la celebración posterior. Fuera de eso, y por lo que su amigo había averiguado, sus vidas no podían ser más distintas.

«Exactamente igual que tus padres: un entrenador de *hockey* infantil y una licenciada en Ciencias ambientales», le susurró una voz

en su interior. Maldiciendo, se desnudó y, aunque escuchó sonar el celular y apenas si logró contenerse para evitar lanzarse sobre este, buscó ropa y se dirigió al baño. Instantes después volvió a salir justificando que se había olvidado las medias, pero supo que se estaba mintiendo a sí mismo cuando lo recogió y se lo llevó consigo de regreso al interior.

***

—¿Es él? —inquirió al instante Aly, poco más arrebatándole el aparato en su ansiedad por saber la respuesta.

Se hallaban en el sillón rojo que gobernaba el *living*, cada una sentada en un extremo con las piernas estiradas hacia el centro. Apenas se vieron esa mañana de domingo cuando Natasha regresó al departamento que compartían, ambas se habían instalado ahí junto con una tetera y dos tazas para que Aly escuchara con lujo de detalles todo lo que había sucedido. Nat no se guardó nada, ni siquiera que había buscado información de los Blackhawks o lo que había sentido después del beso con Mason o en la noche, cuando descubrió el par nuevo de anteojos y el intercambio de mensajes que habían tenido. Cierto era que todo, a la luz del día, parecía un sueño. No obstante, el mensaje que acaba de recibir, y que Aly leyó junto con ella, lo hacía realidad.

—¡Por Dios! —chilló Alyssa entusiasmada—. A ver… Dile que sí. ¡No, espera! Dile que no. ¡No!

Natasha rio por la conducta de su amiga, costaba creer que estaba ante una de las abogadas penalistas más temidas por las grandes corporaciones. Puertas afuera, sabía que todos la consideraban «la reina de hielo», título que tenía bien ganado. Pero, puertas adentro, y con aquellos a quienes quería, era

completamente lo opuesto.

—¡Ya sé! ¡Dame! —continuó, quitándole el aparato para deslizar los dedos sobre el teclado táctil.

Nat se preocupó al verla tipiar, borrar y volver a escribir varias veces. Confiaba plenamente en su amiga, pero, a veces, la metía en situaciones *complicadas* con su falta de filtro.

—Me hizo falta un gran lobo feroz que cuidase mis sueños y ahuyentase las pesadillas —le leyó Aly en voz alta, satisfecha consigo misma.

—¡Noooooooooooooooo! —Se lanzó sobre su amiga, logrando que ambas cayeran sobre la mullida alfombra, donde rompieron a reír—. ¿¡Estás loca?! Las mujeres se meten en tropel a su cama…

—¡Claro! Y tú no quieres nada de eso, ¿no?

—¡No!

—Ok. Entonces mejor lo bloqueo sin leer la respuesta —comentó Aly mientras abría el contacto de Mason y buscaba la opción.

—Ni se te ocurra o te juro que subo a Instagram la vez que te teñiste el pelo de fucsia y te quedó mal…

—¡No te atreverías! —Aly rio pese a la amenaza, pero un nuevo mensaje del hombre que parecía que en apenas veinticuatro horas había causado una verdadera impresión en su amiga la hizo gritar de la emoción—. ¡OMG! ¡Nat!

—¿Qué? ¡¿Qué?!

—«Ten cuidado, Caperucita, porque cuando le perteneces al lobo feroz es para siempre» —leyó Aly, intercambiando una mirada con su amiga. El flirteo no era el fuerte de ninguna de las dos, por lo que Nat temía que terminaran llevando las cosas demasiado lejos. La idea era provocarlo y no quedar como una histérica que incitaba a los hombres y después los rechazaba. Para eso, ya tenían a Lali.

—No le respondas nada —finalmente susurró Nat, demasiado

nerviosa para hacer uso de la razón.

—¡Nosotras empezamos, no podemos dejarlo así colgado! —exclamó Aly analizando las opciones que se presentaban ante ellas —. ¿Cuándo es el próximo partido?

—¿Y cómo lo voy a saber? Jamás seguí el deporte. ¿Acaso no lo sabes tú con una familia tan fanática y un hermano jugador?

—Buen punto —señaló Aly, que agarró su celular y se fijó en el WhatsApp del grupo familiar—. Mañana —indicó—, y sé quien nos puede conseguir entradas: el novio de Gustav, que siempre me insiste para que lo acompañe a uno de los dichosos partidos, ya que, aparentemente, uno de los equipos es su principal cliente.

—¡¿Qué?! —se alarmó Natasha—. ¡No! ¡No vamos a ir a ningún partido, Aly! Ya bastante mortificante fue el único al que fui. —Nat se cubrió el rostro al recordar su aparición en la Kiss Cam—. No entiendo el juego. Fue aburrido y no pienso ir vestida como… Bueno, vestida es un decir, porque eso de andar medio desnuda en un estadio de *hockey* sobre hielo. —Se abrazó a sí misma—. Me congelé el trasero y terminé en una fiesta donde recibí más *atención* de la deseada, sin mencionar que perdí mi par preferido de anteojos…

—Par que fue reemplazado por Mason y que te entregó en persona —remarcó Aly—. Y ambas sabemos que se hubiese quedado a pasar la noche de no ser por la desafortunada aparición de mi hermanito —agregó, revoleando los ojos.

—No, no se hubiese quedado a pasar nada de nada porque es un mujeriego. Los chismes hablan por sí solos.

—Los periodistas, muchas veces, mienten.

—¿Lo defendés? —Nat se cruzó de brazos.

—Vamos, amiga, no todos son iguales a Dante.

—¿Estás segura? ¡Lo vi en la tele, Aly! Estaba usando exactamente la misma ropa. Y dudo mucho de que existan otros

jugadores con ese impresionante físico, sin mencionar la camioneta y el cabello. Si hasta era su manera de caminar.

—¡*Wow*! Para alguien que dice no estar interesada, definitivamente lo has estado observando con atención, amiga.

—Te odio —masculló finalmente Nat, recostándose contra el sillón.

—Mentira. Me amas y por eso me vas a acompañar al partido. Quien te dice que no sigo tus pasos y termino involucrándome con uno de esos rudos y apuestos jugadores —sentenció Aly, logrando que Nat riera por la ocurrencia.

El sonido de un nuevo mensaje las hizo girar el rostro hacia el celular de Nat. Aly fue más rápida que ella y lo agarró, aunque se lo tendió un segundo después, haciendo un gesto de desagrado.

—¡Dios! ¡Tu prima es de no creer!

Natasha observó la pantalla y observó la imagen de Lali semidesnuda recostada sobre un amplio torso masculino. Se mordió los labios. ¿Qué se suponía que le dijera?: ¿Era Alex?, ¿Mason?, ¿otro jugador? Eso sonaba absurdo, y se rehusaba a darle más importancia a Mason. Suspirando, apoyó el celular sobre la mesita central frente al sillón. Mejor dejar que Lali creyera que estaba en una reunión en la editorial o algo por el estilo. Pero cuando volvió a sonar, supo que iba a tener que responderle o, de lo contrario, su prima la atosigaría hasta el cansancio. Suspiró.

—Solo espero que no sea una foto del miembro del chico, como hizo esa otra vez que fue a ver un partido afuera —murmuró Aly con fastidio, sentándose a su lado y dejando caer la cabeza sobre los almohadones.

Pero no era Lali. Natasha se quedó mirando la imagen que le había enviado Mason: la entrada de una librería que conocía bien, donde se dedicaban a vender libros usados y algunos muy antiguos. Por delante, la mano de él, que sostenía una edición gastada de los

cuentos de los hermanos Grimm, junto con una bellísima rosa roja. A pesar de todas las excusas que le había dado a Aly sobre por qué no quería saber nada con el capitán, no pudo evitar curvar los labios en una sonrisa radiante.

Alyssa, intrigada, inclinó apenas la cabeza en su dirección.

—No sé si eso es lo más cursi o lo más romántico que he visto en mi vida, amiga, pero definitivamente acaba de ganar unos buenos puntos conmigo —declaró la abogada levantándose y llevando la tetera a la cocina, donde puso a calentar agua para preparar más té.

—¡*Shuuuush*! —le indicó con un gesto de la mano mientras corría hacia su habitación, entraba al baño y rebuscaba en el canasto de la ropa el vestido que había usado la noche que se conocieron. Dudó, pero al final se soltó el cabello y, apoyando el rostro junto al escudo de los Blackhawks, sonrió a la cámara y se sacó una *selfie*. La respuesta no tardó en llegar.

No puedo esperar para volver a
verte con los colores de mi equipo.

Quizá en el partido que viene.

Me aseguraré de que así sea.

Estás muy seguro de que iré solo
porque tú así lo quieres.

Te equivocas, Nat, tengo la
esperanza de que vayas porque
tienes las mismas ganas de verme
que ahora mismo me están
consumiendo.

Sonrojada, se mordió el labio inferior mientras releía el mensaje. Tenía que estar segura de que no estaba malinterpretando las cosas.

Abandonando la habitación, pensó y repensó cómo responder a semejante declaración. Si todo era puro palabrerío para llevársela a la cama, tenía que reconocerle que era muy bueno. Pero si resultaba ser algo más… «¡Tonta! ¡Ya lo viste por internet! Él solo anda con modelos esculturales…», le recordó su cerebro, aplastando las mariposas que habían comenzado a revolotearle en el vientre.

Capítulo 5

—¿Se puede saber por qué le pides entradas para el juego al novio de tu secretario en vez de a mí, Aly? —Dante, lleno de ira, arrojó un sobre encima del escritorio de su hermana, justo en el momento en que ella levantaba el rostro para mirarlo, y dejó caer el bolso que llevaba en la otra mano—. Soy uno de los jugadores estrella de mi equipo, ¿acaso crees que me las puedan negar? Si hasta las amigas de mamá me suplican por algunas para sus hijos.

—Por empezar, Dante, no me levantes la voz, no soy sorda y te escucho perfectamente. Segundo, no porque seas mi hermano tienes el derecho de entrar así como así a mi oficina. Y tercero, dejé de contar contigo desde la vez que me dejaste en la estocada para ganarte el favor de una de esas amiguitas tuyas por la que estabas loco.

—Gustav me dejó pasar, y no vi necesario que me anuncie, soy tu hermano, ¿no?

—¿Y el nuevo mensajero? —Levantó ella el sobre rubricado con su nombre, el cual suponía que acaba de traer Phillip si se guiaba por el símbolo en el extremo superior derecho. Él hombre no perdía el momento para estar unos minutos con Gustav. Si a alguien le

parecía extraño que el gerente de ventas de Deportea Inc. entregase en persona todos los papeles legales, definitivamente no se atrevían a decirlo, ni siquiera susurrándolo. Por lo visto, todos le temían al hombre que parecía más un vikingo que un hábil empresario.

Dante elevó los hombros en un gesto de indiferencia.

—Estaban a la vista.

—Sí, claro —respondió, sabiendo que mentía, ya que nadie le ganaba a su secretario en cuanto a discreción. Se apoyó contra el respaldo del sillón, cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró entrecerrando los ojos.

—Bueno, tal vez no tanto —bufó Dante al verse descubierto—. Pero es cierto que Gustav me dejó pasar —se defendió.

—¿Cuándo vas a aprender a pensar antes de actuar? —le dijo con doble intención, recordando lo que Nat le había contado—. ¿A qué viniste?

Dante se removió en la silla en la que se había sentado. Tenía la intención de poner en juego un plan para que ella lo ayudara a enmendar su comportamiento frente a Nat, pero ver el sobre con las entradas para el partido que se disputaría al día siguiente, y que no era otro que el de su equipo contra los Blackhawks, le había hecho hervir la sangre. La rivalidad entre ambos podía palparse desde siempre, pero encontrar a *su chica*, porque eso era Nat para él, besándose con Wolf Reaux, había aumentado su rabia.

—A pedirte un favor.

—Habla.

—Verás…

—Si vas a mentirme, Dante, te ahorras las palabras. —Aly lo conocía demasiado como para saber que le iba a decir una verdad a medias. Además, como una de las mejores abogadas de la ciudad, conocía a la perfección cada gesto en las personas que intentaban

mentirle, como el mismo que acaba de hacer su hermano rascándose la oreja.

Dante dejó escapar un suspiro antes de continuar.

—Necesito que me brindes hogar por unos días.

—¿Qué? No. —Su hermana fue contundente y tajante al expresar su negativa tras la sorpresa.

—Oh, vamos, Aly. Se rompieron unas tuberías en la casa. Puedo con el desorden, no así con el polvillo y los ruidos.

—Vete con nuestros padres.

—No quiero ir con papá y mamá, sería un fastidio a esta altura de mi vida.

—Pídele el favor a uno de tus amigotes, o a algunas de tus amiguitas, seguro que te acogen sin problemas —se burló.

—¿Qué te cuesta? Será por unos días nada más.

—No vivo sola, Dante.

—No creo que a Nat le moleste.

—¿Tú crees?

Dante se encogió de hombros.

—Sería también mi oportunidad para pedirle perdón por mi forma de actuar, no responde a mis mensajes. Por favor —le suplicó—, no quiero molestar a Trish, ya tiene bastante con los mellizos y el marido, y tampoco ir a un hotel. —Le sonrió de la misma forma que como solía hacerlo cuando era más pequeño. Ser el *hermano del medio* tenía sus ventajas frente a una hermana mayor y una menor —. Cocinaré, lavaré, haré lo que quieran.

Aly meneó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó.

—Unas semana, dos como mucho. —Amplió la sonrisa.

Aly dejó escapar un largo suspiro. Sabía que debía consultarle a Nat, pero pese a que su hermano había hecho de las suyas en

muchas ocasiones, rara vez le podía negar algo.

—Está bien, pero si se retrasa más de diez días, te irás.

—Eres la mejor, hermanita.

—Sí, claro —respondió ella con una tenue sonrisa en el rostro, se puso de pie y buscó en el bolso el juego de llaves—. Ten. Nat no vuelve hasta casi las cinco de la tarde. Y yo hoy tengo varias reuniones, así que llegaré cerca de las ocho de la noche. Ya mismo la llamo para ponerla en sobre aviso.

Dante se abalanzó sobre ella y la abrazó. Guardó las llaves en el bolsillo del pantalón deportivo, recogió el bolso y salió más que feliz de la oficina de su hermana.

Al llegar al departamento que ambas ocupaban, se detuvo en la puerta antes de entrar. Su media mentira había dado resultado con Alyssa, aunque no le había resultado tan difícil de que aceptara como otras veces, por lo que intuía que estaba más ocupada de lo normal. Sonrió con picardía y abrió. Un aroma floral le inundó las fosas nasales y respiró profundamente: el inconfundible perfume de Natasha aún perduraba en el aire, y él lo tenía grabado a fuego en su memoria. Desde que era un adolescente, se había interesado en Natasha, pero sus hormonas revolucionadas no le habían permitido centrarse en lo que para ella sería un primer amor, y eso sumado a la libertad y a las jóvenes que le otorgaban el ser la estrella en el equipo de *hockey* del instituto terminó por dejar pasar su oportunidad de tener algo con ella. Para Nat, él era un amigo y el hermano de Aly, y aunque habían tonteado alguna que otra vez, jamás pasaron a más. Sin embargo, tras descubrir que uno de sus oponentes podía quitársela, pensó que ya era su hora de actuar, de ser algo más que el amigo que ella veía en él.

Cerró la puerta a su espalda empujándola con el pie y se dirigió a la habitación que ya en otras oportunidades había utilizado. Tiró el

bolso sobre la cama y retiró del interior una muda de ropa, la que dejó en el baño antes de ir a curiosear en la cocina y ver con qué contaba para hacer una buena cena. Ese era su as bajo la manga, ya que estaba seguro de que Aly se lo agradecería después de una agotadora jornada de trabajo. Y tenía que reconocer que el campo gastronómico se le daba muy bien. Encontró todo lo necesario para hacer carne al horno acompañada con algunas verduras. Miró la hora en el reloj; todavía tenía tiempo más que suficiente, por lo que optó por darse una buena ducha.

***

Natasha refunfuñó frente a la vieja computadora de mesa, en buena hora dejaba de funcionarle. Le faltaban tan solo un par de hojas para acabar con la corrección que llevaba, así que pidió permiso para salir y poder terminarla en la tranquilidad de su hogar. Para su suerte, y porque sabía que la tecnología siempre podía fallar, solía guardar cada trabajo en el *Drive*, un gran aliado que en más de una oportunidad la había sacado de apuros. Tras avisar en el departamento de Informática de la editorial, saludó a sus compañeras con un «hasta mañana» y abandonó su puesto de trabajo. Decidió pasar por el supermercado antes, si bien lo había hecho junto a Aly hacía un par de días, estaba antojada, pese al frío, de un buen helado.

Con un peso colgando de su hombro y las manos con varias bolsas (terminó comprando más de lo que pensaba), llegó hasta la puerta del edificio. Soltó un soplido, seguramente las llaves estarían perdidas en el interior de su *Mary Poppins*, como había nombrado a su cartera. Haciendo malabares para no tirar nada al suelo, logró dar con ellas y por fin se adentró en su hogar. Fue directa a la cocina,

metió los potes de helado en el frízer y dejó el resto de la compra para guardarla cuando se pusiera ropa más cómoda.

Se dirigió hacia su habitación, dejó caer la cartera sobre la cama y se vistió con el *short* y la remera que tenía de *entre casa*, dos prendas algo viejas, pero que le permitían estar relajada. Se ató el cabello en una coleta alta y sacó el celular, que puso a cargar; había olvidado hacerlo la noche anterior y a media mañana se le había agotado la batería. Uno a uno comenzaron a llegarle varios mensajes. Estaba tentada de volver a ver la imagen del libro junto a la rosa y de saber si había alguno que correspondiera a Mason, pero se abstuvo de hacerlo por el momento, tenía trabajo por hacer y no podía distraerse.

Regresó a la cocina, metió en la alacena las chucherías que había comprado y depositó una taza sobre la mesa para prepararse una infusión. Mientras esperaba a que el agua se calentara, buscó la *notebook* y la encendió, dejándola frente al sofá.

Pegó un grito y se llevó una mano al pecho cuando la puerta del baño de huéspedes se abrió y vio aparecer a Dante con el cabello húmedo, pequeñas gotas que resbalaban por su torso desnudo y con tan solo unos bóxeres puestos.

—Nat —la nombró él con una radiante sonrisa en los labios.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —logró preguntar.

—Aly me dijo que no llegabas hasta después de las cinco de la tarde —le aclaró mientras se pasaba una toalla por el pelo.

—Mi… yo… —La imagen que se le presentaba la había dejado sin habla. Bien era cierto que conocía a Dante desde que eran unos críos, pero ser un jugador profesional de *hockey* sobre hielo le había dado un cuerpo que muchos hombres deseaban tener y por el que más de una fémina suspiraba. Sí, ella no era la excepción, ¿quién podía resistirse a un abdomen absolutamente plano, unos hombros

anchos, unos brazos fuertes y una piel que parecía dorada por el cálido sol de las mejores playas del mundo? Acomodó la voz e intentó decir algo coherente—. Salí antes, mi *basta* dijo *pc*.

—Querrás decir que tu pc dijo basta —la corrigió él al tiempo que ampliaba la sonrisa.

Nat sintió que sus mejillas se coloreaban. «Qué estúpida eres —se recriminó—, ¿acaso hasta hace menos de dos minutos no estabas suspirando por Mason?». Meneó la cabeza, respiró profundo y apartó todo pensamiento libidinoso de su mente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —volvió a preguntar.

—Se rompieron unas tuberías en mi casa y el arreglo llevará un par de días. Le pedí el favor a Aly de darme alojamiento. Quedó en que te iba a avisar, ¿no lo hizo?

—Seguramente que sí, pero me quedé sin batería en el celular. ¿Podrías…? —Lo señaló, dándole a entender que se vistiera.

—¿Por qué? —Se acercó a ella—. ¿Nos conocemos hace cuánto? ¿Te pongo nerviosa acaso? —Colocó un dedo bajo su barbilla y la obligó a verlo a los ojos—. ¿Lo hago, Nati?

«Nati», pensó ella. Salvo su padre, solo él le decía así también, un diminutivo del nombre Natalia, más común en Argentina que Natasha. Lo miró y se perdió en el celeste de su iris. «Estoy en problemas», fue lo único que su mente hiló al notar que comenzaba a preguntarse cómo sabrían los labios de Dante. Pero antes de poder hacer nada, el pitido de la pava eléctrica sonó, rompiendo el momento.

—El agua está lista —dijo y se escabulló hacia la cocina con el corazón acelerado y las piernas como de gelatina.

Cuando regresó al *living* con una taza de té en la mano y una cerveza en la otra, agradeció que Dante se hubiera puesto una camiseta y unos pantalones. Estaba cómodamente sentado en el

sillón, con los pies apoyados en la mesa baja, mientras miraba el canal de deportes. Nat se mordió el labio inferior, suspiró y se acomodó a su lado.

—Sé que no eres de infusiones. —Le tendió la botella abierta.

—Gracias —respondió él sin mirarla, lo que llamó su atención, y no pudo evitar compararlo con Mason, que, al igual que él, parecía pasar de un estado a otro en tan solo un segundo—. Creí que no te interesaba el *hockey*.

—¿Por qué lo dices?

—Aly tiene entradas para el juego de mañana. Si no va contigo, ¿con quién?

—Algún amigo…, un cliente…, un conoci…

Dante bajó los pies y se puso de lado para verla de frente.

—Nat —la acalló—. Conozco demasiado bien a mi hermana.

—*Ehm*… —Dio un sorbo a su té para intentar pensar algo coherente, pero su mente estaba en blanco, no tenía idea de que decir. Podría hablarle de reglas ortográficas, normas y estilos, pero de *hockey* sobre hielo desconocía absolutamente todo. Bueno, casi, porque un jugador estaba frente a ella y otro no hacía más que colarse también en su mente sin permiso.

—¿Sabes que los Eagles juegan también mañana?

Nat abrió la boca, pero la cerró al instante. ¿Eagles? Si conocía el nombre de los Blackhawks se debía a su prima. Negó con la cabeza.

—Mi equipo contra el de Mason *Wolf* Reaux —le aclaró, mirándola con intensidad.

Nat vio en sus ojos el recuerdo de la noche del sábado, cuando él había entrado y se había pronunciado como su novio mientras Mason la besaba. «El maldito de Dante *Razor* Guillard», lo había llamado Mason. «¡Oh, Dios!», pensó.

—¿Vitorearás por mí, Nati?

Sí, señor, Natasha Odette Randizi realmente estaba en problemas.

***

—Ya, Nat, deja de dar vueltas.

Natasha iba de una punta a la otra de la habitación. Luego del momento embarazoso junto a Dante, su amiga parecía haber sido la campana que la salvó, ya que había entrado como una tromba al departamento, despotricando de lo lindo contra un tal Mathews que no se había presentado a la cita que habían concertado. Aunque verla enfadada le hubiera causado gracias en otra oportunidad, en esa se lo agradecía completamente, pues en ese momento se había sentido como si se hubiera metido a la cueva del lobo, nunca mejor dicho. Al final, tendría que darle la razón a Lali, pues su prima estaba en lo cierto cuando le recriminaba que de *hockey* sobre hielo sabía exactamente lo mismo que ella de corrección: absolutamente nada.

—¡Eagles, Aly! ¡Tu hermano es de los Eagles! ¿Me vas a decir que no sabías que juegan mañana? ¡Dios! —Se dejó caer en la cama y se tapó la cara con la almohada.

—Cálmate, Nat, de alguna forma lo solucionaremos. Y no, lo siento, pero últimamente no estoy al tanto de los partidos de Dante. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para estar al pendiente de ellos. Suficiente con que cada domingo tenga que soportar a mis padres, a Trish y a mi cuñado hablando sin descanso de cada juego. Incluso los mellizos, a su modo, también parecen disfrutar mucho del deporte.

—No iré —dijo, sentándose—. Inventaré una excusa: mucho trabajo, un viaje de última hora, no sé, algo se me ocurrirá, pero no voy a presentarme en el estadio cuando son Dante y Mason los que

se enfrentan.

—Vamos, Nat, no seas aguafiestas. Estás interesada en Mason, no lo niegues, y aunque te aburras, ten solo ojos para él y piensa en lo que pueda pasar después.

—Aly, ¿qué parte no escuchaste de todo lo que te dije? —Nat se cruzó de brazos y la miró frunciendo el ceño.

—*Bla*, *bla*, *bla*… Dante puede adularte y camelarte, pero no hace que las mariposas en tu estómago revoloteen, ¿me equivoco?

—Estás hablando de tu hermano, ¿lo sabes? Podríamos ser cuñadas además de amigas.

Aly revoleó los ojos, resopló y dejó caer los hombros en un gesto de total indiferencia.

—A ver, Nat, aclaremos una cosa. Nos conocemos desde que éramos pequeñas, y Dante nos lleva dos años, no te olvides que soy la pequeña de la familia. —Nat asintió—. Desde que tengo uso de razón, mi hermano siempre anduvo detrás de cuanta niña veía; tú no eras la excepción. Y con el correr de los años, sus hormonas lo volvieron más pavo que a cualquier otro joven en plena adolescencia. Entrar al equipo de *hockey* sobre hielo del instituto le dio mayor popularidad… y lo hizo aún más tonto.

—Aly… —intentó Nat recordarle de quién hablaba, pero su amiga levantó la mano y detuvo sus palabras.

—Estoy convencida de que ni con todos los golpes que recibió se le acomodó el poco cerebro que tiene. —Nat no pudo evitar soltar una risilla—. De veras, amiga, te digo que si Dante realmente está interesado en ti, tuvo más que tiempo de sobra para lograr conquistarte. Si ahora quiere lograr lo que en su momento no hizo, es tan solo porque Mason te está rondando. Reconozco que desde siempre los Eagles y los Blackhawks fueron rivales fuertes, e imagino que ahí es donde más le debe doler a Dante, pero puedo asegurarte

que para él solo serás un trofeo a conseguir. Y está mal que yo lo diga, y no porque no te tenga en estima, Nat, pero no eres la mujer para mi hermano. Él aún tiene un largo tramo que recorrer antes de terminar de madurar.

—Pero pensé en besar a Dante, Aly.

—Sí, como yo también desearía hacerlo con el juez Payton o el abogado Stevenson… O el agente Jefferson. —Suspiró—. No somos de piedra, Nat. Pero creo que Mason entró directo allí. —Le señaló el corazón—. Y casi puedo asegurarte de que tú también lo hiciste en el de él.

—¿Y si no es así? —le preguntó con un nudo en la garganta, pues su amiga no estaba tan desacertada con sus palabras.

—Entonces, Mason se perderá a la mejor mujer que pueda tener a su lado.

Capítulo 6

«Es solo un partido. Es solo un partido», se recordó a sí misma mientras se contemplaba en el espejo del tocador de damas. Había usado como excusa el tener que utilizarlo para retrasar el ingreso a la arena. Sabía que era absurdo estar tan nerviosa, pero no había podido evitarlo, especialmente cuando no dejaban de llegarle mensajes tanto de Dante como de Mason diciéndole que esperaban verla. Y para empeorar su bochorno, el calor del lugar la estaba sofocando, pero no se decidía a quitarse el abrigo, puesto que lo que llevaba debajo la volvía a hacer sentir que estaba casi desnuda. Aly la había obligado a que nuevamente se vistiera como lo había hecho cuando acompañó a Lali, reafirmando las palabras que le había dicho la noche anterior respecto a Mason y recordándole que ella se haría cargo de su hermano. Pero, como solía ser en su vida para nada normal, una vez más, las piezas del dominó habían caído antes de tiempo. Y allí estaba ella, sola, ya que una reunión de último momento le había impedido a Aly asistir al juego.

«El tal Mathews me llega a dejar plantada de nuevo y se va a enterar de quién es Alyssa Guillard», le había dicho su amiga tras colgar enérgicamente la llamada de último momento de Gustav.

«No puedes dejarme sola. —Se había asustado Nat al saber que Aly no podía acompañarla—. No iré si tú no vas».

«De eso nada, Nat. No seas tonta. Las entradas que nos consiguió Philip son un pase exclusivo al mejor lugar del estadio. Y supongo que algo tiene que ver con que sea Gustav quien te acompañe, pues no debe estar muy contento que digamos sabiendo que Philip y yo tenemos trabajo por hacer. Creo que lo intuía».

Natasha deslizó uno de los mechones rebeldes de su cabello detrás de la oreja. Conocía a Gustav, un chico encantador y jocoso, pero no era lo mismo que tener a Aly a su lado, y más en un momento como el que se le presentaba. Se miró una vez más en el espejo y suspiró. Los nervios podían con ella. Imaginaba que su compañero ya estaría ubicado en la zona vip, babeando por los jugadores (seguramente, aprovechando que no estaba su novio pegado a él como una lapa). Y ella se había excusado con tal de retrasar… lo que fuera que fuese a suceder. Sí, por Mason había comenzado a sentir algo que aún no podía explicar (o no quería reconocer), pero no se olvidaba que también Dante estaría allí. Pese a las palabras que Aly había mencionado sobre él, no podía evitar sentir que iba a herir sus sentimientos cuando la viera vestida con los colores del equipo contrario. Al fin y al cabo, él era su amigo. Se mordió el labio inferior, aun dudando cómo actuar. Cuando estaba por sacar el celular de la mochila para enviarle un mensaje a Gustav diciéndole que no podía hacerlo, las voces a su espalda la sorprendieron.

—¿Están listas, chicas?

Por el reflejo observó el ingreso de un grupo de jóvenes que, enseguida, comenzó a quitarse las capas de ropa que tenían, exhibiendo minúsculos vestidos con los tonos de los Blackhawks, muy similares al que ella misma estaba usando. Una de ellas notó su

presencia (y seguro que su cara de desconcierto) y le ofreció una sonrisa amable.

—¿Una nueva fanática?

Nat se quedó por un instante sin saber qué decir, para, finalmente, mientras sentía que las mejillas le ardían, murmurar lo primero que le vino a la mente:

—Algo así… Es mi segundo partido.

—¡La lectora! —casi gritó una bonita joven de bucles color dulce de leche y enormes ojos celestes que le recordaba a una muñeca con su cremosa y sonrosada piel—. ¡Te vimos en la Kiss Cam junto con Dalila! —continuó—. Entonces eres una de nosotras. ¡Bienvenida!

Y, al unísono, las cuatro la saludaron a la vez.

—Yo no… ¿Qué? —Estaba genuinamente confundida. Reconocía que su prima le había hablado sobre las Puck Bunnies y su mundo, pero como poco le interesaba, no le había prestado demasiada atención. Y en ese momento se arrepentía de ello, como también de no seguir el consejo de Aly sobre buscar, al menos, lo mínimo indispensable que debía saber sobre *hockey* sobre hielo.

—Si tu prima te trajo a un juego, no cabe dudas, eres de las nuestras, ¿o no? —inquirió la joven.

—Casi temo preguntar qué implica serlo —se animó a decir.

—Oh, es muy simple… A ver, si me olvido algo, ustedes me ayudan, chicas, ¿les parece? —Tomó la palabra una escultural joven que debía tener ascendencia afroamericana por su bella piel caramelo y su pelo enrulado, pero lo que realmente impactaban eran sus ojos, de una tonalidad verdosa, que le recordaban a los de un felino—. Te tienen que gustar los jugadores y debes ser fan incondicional de ellos, independientemente del equipo que sean.

—Sin mencionar el haberte ido a la cama con más de uno —acotó

otra de las jóvenes, poseedora de un *piercing* en la nariz y otro en el labio, guiñándole un ojo.

—¡¿Qué?! —chilló antes de que pudiera cerrar la boca. Entonces, un vago recuerdo de las amigas de su prima le vino a la mente: el excesivo maquillaje, la ropa ajustada, todo llamativo para atraer la atención del equipo… ¡Lali era un Puck Bunny! Ellas la habían vestido para asistir al partido, no era de extrañarse que incluso sin ver lo que llevaba puesto bajo su ya caluroso abrigo, la creyeran una de ellas.

—Chicas, no la asusten —intervino la chica de los bucles, acercándose con una mano extendida—. Yo soy Zora. Mi felina amiga es Carly. Luego están Trisha, aunque cambia de color de cabello más a menudo que de ropa, y la que entró corriendo al *toilette* es Wendy.

—Natasha.

—¡*Wow*! Lindo nombre. Ruso, ¿no?

—Sí, mi madre era bailarina de danza clásica —murmuró, agradeciendo que no fuese una presentación formal. Amaba a sus padres, pero definitivamente su segundo nombre no era algo que quisiera que el mundo entero supiera.

—Te envidio. Jamás conocí a mi madre, y mi padre se marchó apenas tuve edad suficiente para hablar —comentó Trisha, encogiéndose de hombros, aunque el dolor en su mirada era palpable.

—Yo… lo siento tanto, no…

—¡*Hey*! Está bien. Me crió mi abuela.

—¡Y esa sí que es una dama con todas las letras!

Nat apenas sonrió, ese grupo particular de chicas parecían ser muy unidas, y se preguntó si el que compartía su prima sería como ellas.

—Por cierto, ¿qué número te vas a pintar? —le preguntó Wendy apareciendo, de repente, a su lado, para, un segundo después, plantarse en medio de Carly y Trisha y posar las manos en el hombro de cada una.

Desconcertada por el rápido giro de la conversación (sin mencionar que lo expresado por Wendy no tenía ningún sentido para ella), solo atinó a mirarlas en absoluto silencio. El mutis generado por su desconcierto duró tan solo un suspiro, pues el celular le vibró y sonó en el bolsillo de su abrigo. Como era su costumbre, chequeó el mensaje sin siquiera prestar atención de quién lo enviaba.

—*Oooooooohhhh*… —chilló Zora eufórica. Al estar de pie tan cerca de ella, tenía una excelente vista de la pantalla y no tardó en arrebatarle el aparato de la mano y mostrarles a sus amigas una imagen de Mason sonriendo para la cámara, ya vestido con todo el equipo para el partido, a excepción del casco—. ¡El siete!

—¿Wolf te manda mensajes? —sorprendidas, las tres preguntaron a la vez.

—Él… Yo… ¿Qué? —Nat ignoraba cuál era el protocolo para esas situaciones, pero por la obvia exclamación de las jóvenes, que un jugador de la NHL te enviara mensajes no era la norma.

—Déjenla tranquila, chicas. Ya quisiéramos nosotras que alguno nos tome así de en serio —comentó Trisha mientras le devolvía el celular, la aferraba del mentón y, con la mano libre, rebuscaba en un pequeño bolso.

No muy segura de lo que estaban por hacerle, pero no deseando ofenderlas, Nat se dejó maquillar. Al fin y al cabo, nada sería más bochornoso que su memorable aparición en la Kiss Cam leyendo un libro. Si volvía a ocurrir, al menos esa vez estaría acorde a las circunstancias. O eso esperaba.

—¡Listo! —Trisha se alejó unos pasos de ella y se posicionó junto a

sus amigas para verla de lejos—. Estás perfecta —festejó la joven, y estiró la mano para que le diera el celular—. Es tu turno de demostrarle a Reaux que vas por él.

Natasha sintió que se ruborizaba más.

—Anda, Nat —la apremió Wendy—. Ya casi va a empezar el juego.

Con mano temblorosa, les tendió el aparato justo en el momento en que otro mensaje entraba.

—¡Oh, por Dios! —soltó Zora, que pareció enloquecer cuando descubrió el nuevo contacto—. ¿También conoces a Dante *Razor* Guillard?

—¡¿Qué?! —Las tres se abalanzaron sobre Zora, como queriendo confirmar lo que acababa de pronunciar.

—Bueno…, sí… Es… el hermano de mi mejor amiga —balbuceó.

—Esto se pone interesante —exclamó Wendy sin dejar de observar la pantalla del celular—. «¿Te arrepentiste de venir, Nati? No te he visto aún» —leyó.

Cuatro pares de ojos la escrutaron con picardía. Se cubrió la cara con ambas manos y dejó escapar el aire de sus pulmones. Si antes había pensado que tenía alguna posibilidad de salir airosa y ocupar su lugar junto a Gustav como si todo estuviera perfecto, el nuevo mensaje la hizo caer en picada; rio sin poder evitarlo al imaginarse, igual que el Coyote, saliendo toda aturullada del hueco que su cuerpo había dejado en el suelo.

—Puedo explicarlo —dijo avergonzada, pero levantó la cabeza de golpe cuando las carcajadas de las cuatro resonaron en el cubículo en el que se encontraban. Las miró sin entender qué ocurría.

—Chica, eres lo más. —Carly se acercó y la encerró en un abrazo —. Dos jugadores estrella te mandan mensajes. Tú sí que sabes cómo ser una Puck Bunny con todas las letras. Casi que nos engañas.

—No. Yo no soy… —Nat intentó sacarlas del error, pero las cuatro empezaron a parlotear sin parar mientras la empujaban hacia fuera.

El bullicio del exterior se hizo notar, y sus palabras se perdieron en la algarabía. Resignada, se dejó guiar por sus *nuevas amigas* —como había escuchado que se autonombraban— por los pasillos del estadio hasta llegar a una primera fila con vista exclusiva a la pista de juego.

—Chicas —se excusó—, vine con un amigo, no quisiera dejarlo solo.

—¿Otro jugador? —Wendy le guiñó un ojo con picardía, y ella, ruborizándose aún más, negó con la cabeza.

—¡Nat! —La voz de Gustav no le permitió responder—. Creí que te habías perdido. —Se colocó a su lado y observó a las jóvenes que la acompañaban—. ¿Y estas bellezas? —preguntó.

—Zora, Wendy, Carly —indicó Trisha con la mano a cada una—, y yo soy Trisha, bombón —terminó por señalarse a sí misma, y dirigió la mirada hacia Natasha, que parecía cada vez más avergonzada—. Si todos tus amigos son como él… —Silbó.

—Lamento desilusionarlas, chicas, pero este cuerpo ya tiene dueño. —Les sonrió e hizo un gesto como de modelo de pasarela—. Pero eso no quiere decir que no podamos babearnos con los jugadores. —Se pasó los dedos por la barbilla—. Sí que están para comérselos.

Estallaron en carcajadas mientras se acomodaban en los lugares a ocupar, salvo Nat, que miró hacia la pista con cierto nerviosismo. Los jugadores ya estaban entrando en calor, y no pudo evitar buscar con la mirada a Mason. Pero antes de poder dar con él, otros ojos la observaron. Un leve dolor le oprimió el corazón. Aunque no olvidaba las palabras que le había dicho Aly respecto a Dante, sentía pena por él. Apenas expresó un «lo siento» en silencio y desvió la vista. Se

sentó a un lado de Gustav y, en un acto de puro nervios, empezó a jugar con el cierre del bolsillo de su abrigo.

—Nat, ya para, cariño. —La enorme mano de su compañero sobre las suyas detuvo todos sus movimientos—. Creo que alguien quiere decirte algo. —Con un gesto de cabeza, le indicó la pista de hielo.

Mordiéndose el labio y con cierto temor, Natasha levantó la vista y la centró en el único jugador que aún no se había puesto el casco protector. Sintió que el corazón se le aceleraba cuando Mason le dedicó una radiante sonrisa antes de llevar la punta de los dedos hacia sus labios, besarlos y estirar la mano hacia donde ella se encontraba, a la vez que le hacía un guiño. Los silbidos no se hicieron esperar, y menos la Kiss Cam, que enfocó primero a Mason y terminó por hacer un perfecto primer plano de su rostro enrojecido. El «tierra trágame» que pronunció su mente solo fue un deseo más que imposible de realizar, pues su imagen no desaparecía de la pantalla.

—Haz algo, cariño —la apremió Gustav dándole un leve toque en el codo—. Están todos esperando por ti.

Intentando reaccionar, Nat solo pudo morderse el labio inferior, esbozar una leve sonrisa y, como si respondiera al gesto de Mason por puro acto reflejo, hizo como si atrapara el beso y se llevó la mano hacia el corazón.

Una nueva oleada de silbidos y gritos se hizo escuchar junto al silbato del referí para dar inicio al juego.

***

Si alguien le hubiera dicho a Nat que presenciaría el juego de un deporte del que apenas conocía, vestida como una Puck Bunny, sumándose a la locura desenfrenada de sus compañeras y

vitoreando como una loca, jamás lo habría creído. Pero allí estaba ella, divirtiéndose como nunca antes y soltando una diatriba de insultos hacia los jugadores del equipo contrario. El grupo había terminado en ser mayor de lo que esperaba, pues a ellas se les habían unido unos cuantos fanáticos más, como su misma prima y amigas que no dudaron en saludarlas y aumentar así el número de entusiastas que gritaban en favor de los Blackhawks, quienes iban ganando por dos tantos en el final del primer período.

Nat se dejó caer en el asiento, suspiró y llevó hacia delante el cuerpo a la vez que escondía el rostro entre las manos; esperaba que no volvieran a enfocarla en el entretiempo, aunque lo dudaba, ser aquella a la que el capitán de uno de los equipos le había dedicado semejante acto no era fácil de olvidar.

—¡Saluda a la cámara, Nat! —hablaron al unísono sus amigas, y no tuvo opción que levantar el rostro, sonreír y tirar un beso al aire.

—Juro que es el último partido al que vengo —pronunció, volviendo a la posición en la que había estado segundos antes. Ya estaba siendo en demasía el centro de atención, y lo odiaba.

—Ni lo sueñes, Odie —se mofó Lali de ella—. Ahora que eres la *chica especial* del capitán de los Blackhawks, no podrás salvarte. Eres algo así como su amuleto de la suerte. No podrás faltar a cada partido que tengan. Y yo estaré al pendiente de que estés presente en cada uno, y más cuando eres un pase directo para que yo también pueda seguir llegando a Alex Dupreé.

Natasha fulminó con la mirada a su prima. Si había algo que detestaba, era que la llamara por el diminutivo de su segundo nombre; suficientes bromas había tenido en la escuela con su compañeros por ello.

—¿Odie? ¿Por qué te llama como el perro de *Garfield*? —le preguntó Gustav.

—Porque es su…

—¡Dalila! —la acalló gritándole.

—Solo es una broma —le aclaró a Gustav, riendo—. No es para tanto. —Le sacó la lengua a su prima y volvió a su lugar.

—Lali es de lo que no hay —reconoció su compañero.

Nat lo miró confusa, algo en su gesto le indicó que esa frase encerraba un doble sentido, y era muy similar al que Aly también hacía cuando el nombre de su prima salía a colación, sin embargo, no tuvo oportunidad de averiguar nada, ya que la vuelta a la pista de los jugadores hizo que la euforia volviera a las gradas.

El juego dio inicio nuevamente. Pocos minutos llevaban del segundo período cuando los Eagles empataron. El partido pareció ponerse frenético, pues se notaba que los jugadores lo daban todo en la pista, tanto así que la sensación de querer matarse entre ellos hasta podía palparse. Nat reconocía que el *hockey* sobre hielo tenía su fama al respecto, pero nunca lo había visto en vivo y en directo.

—¿Y los referís no hacen nada? —preguntó en el momento en que dos jugadores se iban a las manos.

—No, en la NHL existe cierta permisividad al respecto, lo que no quita que puedan ser sancionados.

—Eso no me parece bien —se quejó Nat.

—Así es este deporte. —Gustav se encogió de hombros.

El juego seguía su curso, dos goles más fueron vitoreados por cada equipo, y tras el último intervalo, el empate no beneficiaba a ninguno, por lo que si hasta ese momento a ella le había parecido brutal el encuentro, el último período pareció desbordarlo todo. En varias oportunidades había dado un salto cuando los jugadores golpeaban contra el plexiglás. Y más de una pelea llamó su atención, pero más lo hizo la que estaba presenciando en ese mismo instante: Dante se había quitado el casco y enfrentaba a Mason, quien había

hecho lo mismo; sin embargo, el hermano de su amiga no dudó en lanzar el primer golpe y atestarle un derechazo a su contrincante. Un grito surgió de la boca de Nat cuando Mason casi cayó sobre el hielo y arremetió contra su oponente sin echarse atrás.

—¡Por Dios! ¡Se van a matar! ¡Que alguien haga algo! —chilló Nat.

La pelea en la pista de hielo aumentó los vítores del público.

***

—Aléjate de Natasha, Wolf —escupió Dante frente a Mason mientras lo sujetaba de la camiseta—. No eres hombre para ella.

—¿Y tú sí, Razor? —Mason no se quedó atrás—. ¿Acaso no viste los colores que lleva? No veo que los dorados y verdes cubran su cuerpo. —Rio con satisfacción al tiempo que esquivaba el puñetazo que Dante intentaba darle—. Creo que ella ya eligió. Y su gesto al principio del partido fue más que elocuente, Guillard.

Estaba por golpearlo de nuevo cuando el árbitro tocó el silbato y los separó. Ya había sido suficiente espectáculo, y ambos eran bastante fuertes como para que uno pudiera caer y dar por finalizada la contienda, aunque estaba más que seguro de que iba a recibir alguna amonestación por no haberse podido contener. A partir de ese momento, Mason descargó la ira en el juego, logrando marcar dos tantos a la vez que también recibió, como así retribuyó, algún que otro empujón por parte de Dante y su equipo.

Mason se quitó el casco y lo levantó en alto cuando, finalmente, los Blackhawks ganaron el partido, lo que implicaba estar un paso más cerca de la copa Stanley. Se abrazó a sus compañeros y, juntos, gritaron eufóricos por la victoria. Sin poder evitarlo, los ojos de Mason volaron directos hacia la chica por la que había comenzado a perder la cabeza, y le dedicó una radiante sonrisa cuando sus

miradas se conectaron. Abriéndose paso, logró llegar hasta donde ella estaba, pero el plexiglás le impedía tocarla, por lo que le hizo señas para que saliera al pasillo.

Nat se mordió el labio al verlo, sin embargo, cual estatua recién convertida por Medusa, su cuerpo no realizó ningún movimiento.

—¿A qué esperas, cariño? —La voz de Gustav la sacó de su letargo—. Anda, ve.

—No puedo.

—No seas tonta. ¡Claro que sí! —Su acompañante pasó un brazo por el de ella y la apremió a andar. Se despidieron de sus nuevas amigas entre palabras de aliento y guiños pícaros, y avanzaron hasta el pasillo con pase exclusivo para los jugadores.

—Dudo de que me dejen entrar. —Gustav hizo un mohín—. Pero tú no pierdas esta oportunidad, Nat. Ve. Te está esperando. —Apenas le dio una palmada en el trasero, a lo que ella dio un respingo, y la vio alejarse de él a paso lento.

Capítulo 7

Mason no dudó, apenas la tuvo a su alcance, la sujetó por la cintura y los hizo girar a ambos en círculos.

—¡Mason! —El chillido de Nat, seguido de sus risas, solo incentivó su espíritu juguetón porque, apenas la depositó en el suelo, la estrelló contra su cuerpo y se apoderó de sus labios.

—Te extrañé —susurró apenas sus bocas se separaron para respirar.

—Yo…

Puesto que ella había dejado en claro que lo había elegido a él vistiendo los colores de los Blackhawks para que la arena entera lo supiera, algo de la presión que venía sintiendo en el pecho desde que se reconoció a sí mismo lo que Nat le hacía sentir pareció aflojarse.

—Está bien, Nat. No necesitas decirlo. —Hubiese dado todo por escucharla también, pero había decidido, aunque iba por completo en contra de su naturaleza, ser paciente y darle todo el tiempo que necesitase. Consciente de que muchos considerarían que estaba demente, la historia de sus padres le había enseñado que el tiempo no tenía nada que ver con enamorarse. Ellos se habían casado a los

seis meses de conocerse, y solo porque su madre había insistido en que quería tener a todos su seres queridos en aquel día tan especial, en especial a su abuela, la mujer que la había criado. De no ser por eso, su padre aún juraba y perjuraba que la hubiese llevado a Las Vegas para convertirla en su mujer luego de la primera vez que se besaron.

—¡¡¡Reaux!!! —El chillido femenino interrumpió sus pensamientos y, sin soltar a Nat, se giró para ver a una jovencita escasamente vestida que le hacía señas desde donde se hallaba junto a su amigo Alex.

—¿Ese no es…? —Sorprendida, Nat observaba a la pareja con los ojos abiertos como platos—. Pero Lali dijo… ¡Oh! —Al instante rogó que su prima no se encontrara en las proximidades porque de seguro se iba a generar toda una conmoción en el pasillo, y era lo último que necesitaban.

Mason fulminó con la mirada a su mejor amigo. Ignoraba que le estaba ocurriendo en los últimos tiempos, pero parecía estar constantemente metiéndose en situaciones que antes solía evitar. Sin mencionar su carácter intolerante y pendenciero. Apenas estuvieran los dos tranquilos, se prometió tener una seria charla con él.

Los gritos de celebración que emergieron de los vestuarios le recordaron que aún tenía pendientes antes de poder estar a solas con Natasha, lejos del público, amigos entrometidos y familiares.

—Debo ir a ducharme y cambiarme de ropa, preciosa. Es tradición que, luego de cada victoria, nos reunamos a celebrar. —Jamás le había molestado eso hasta ese momento.

—Está bien. De todas formas, yo vine con Gustav, no puedo dejarlo solo, Philip me mataría si descubre que estuvo corriendo detrás de ustedes —respondió, reconociendo que le hubiera gustado

conocerlo más. A él, al hombre detrás del famoso jugador, y no solo lo que él mostraba al público.

—Entonces, el tal Gustav, ¿es solo un amigo?

—Yo diría que es más una amiga —bromeó, y notó cómo él se relajaba. Intrigada y halagada a la vez, barboteó—: ¿Celoso?

—Si es una amiga nada más, no. Si está interesado en ti como el maldito de Razor, sí —gruñó, logrando que al instante se le aceleraran los latidos y se sonrojara. Él lo notó porque sonrió complacido—. Caperucita, de momento acepto ir con lentitud, independientemente de lo mucho que deseo besarte hasta hacerte gemir para luego poder tomarte contra la pared del pasillo hasta escucharte acabar en mis brazos… Pero no tientes al lobo porque te aseguro que no es un animal con el que quieras jugar.

Sin saber que responder, lo observó en silencio. El brillo en su mirada indicaba lo mucho que le gustaba dejarla sin palabras mientras le acariciaba la mejilla

—¡Reaux! —El grito del entrenador los interrumpió, y Mason dejó escapar un improperio al verse forzado a abandonarla.

—Nat…

—Está bien. Ve. No quiero ser responsable de que les caiga la mala suerte para el resto de la temporada.

—No quiero marcharme… —le susurró, y fue todo lo que Nat necesitó para lanzarse a sus brazos y besarlo como si la vida le fuera en ello, ajena a las personas que acababan de hacer aparición en el pasillo, los susurros y varios silbidos.

—Maldita sea, Reaux. Tienes toda la vida para disfrutar con tu mujer. Tu equipo te necesita por una puta hora. ¿Crees poder manejarlo o también voy a tener que negarle la entrada a esta sección para asegurarme de que tu cabeza está en el juego? —Volvió a vociferar Maximilian Winchester. Todo aquel que lo conocía sabía

que solo se estaba mostrando civilizado en beneficio de la joven, porque su mirada dejaba en claro que estaba más que dispuesto a entrar a Mason a patadas a los vestuarios.

—No va a ser necesario, entrenador.

—Bien. Un minuto. —Y para enfatizar sus palabras, se quedó de pie en la entrada, con los fuertes brazos cruzados sobre su amplio pecho—. Lo mismo va para ti, Dupreé.

Lali escogió ese momento para aparecer, y le bastó ver a la joven colgada del jugador por el que suspiraba para prácticamente lanzársele encima, lo que obligó a todos los hombres presentes a intervenir.

***

Mientras aferraba con fuerza el brazo de Lali, Nat no rumiaba en silencio. Por alejar a su prima de la otra joven, y asegurarse de que se calmara, había perdido la oportunidad de despedirse de Mason y que él la invitara a salir. Porque esa, imaginaba, había sido la intención de él. ¿O acaso estaba equivocada?

—Esa zorra buscona —chilló su prima golpeando con fuerza el taco de una de las botas altas contra el pavimento del estacionamiento—. ¿Cómo se atrevió a… a…? ¡Agh!

—El muerto se ríe del degollado, prima.

—Por favor, Natasha, no necesito de tus pequeñas perlas de sabiduría literaria. No con lo que acaba de ocurrir.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Lali? —Nat la miró y, por primera vez en su vida, experimentó la sensación de no conocer a la joven de pie frente a ella—. Esa chica hizo exactamente lo mismo que yo te vi hacer la noche del Meet&Greet para atraer la atención de Alex.

—Eso fue distinto, él estaba soltero, pero ahora…

—Ahora, ¿qué, Lali? Porque, por lo poco que me has contado, así como lo que haces, él no parece considerarse debidamente comprometido contigo. Si no, ¿por qué habría dejado que ella se le refriegue de esa manera? —No le gustaba presentarle los hechos de tal forma, pero era obvio que su prima sentía muchas más de lo que estaba dejando entrever por Alex, y él no parecía estar correspondiéndole de la misma manera. ¿O acaso habría algo que Lali no le había contado? Al fin y al cabo, tenía entendido que habían pasado juntos todas las noches desde aquel primer encuentro el día del festejo de cumpleaños.

—Por favor, como si Mason fuera mejor. Te aseguro, Nat, que no le dicen «Wolf» solo por su conducta en el hielo —le respondió Lali con la voz cargada de veneno.

A Natasha le dolieron las palabras de su prima, era la primera vez que le hablaba con tanta inquina. Dejándola sola, regresó junto a Gustav, que la esperaba para llevarla a su hogar. Sensible como era, el hombre no dudó en rodearle el cuerpo y darle consuelo y ánimo.

—¿Qué te parece si nos hacemos la rata y vamos por una pizza? —le susurró al oído.

—Perfecto —asintió, aliviada por no tener que volver directo al departamento. No por Aly, aunque suponía que no estaría de buen humor luego de la reunión de último momento que le había impedido acompañarla, sino por Dante, a quien prefería no ver tras el encontronazo durante el juego con Mason.

Una vez dentro del vehículo, Nat notó que Gustav continuaba dándole miradas de reojo, hasta que finalmente le dio un suave codazo para que le dijera de una buena vez lo que andaba rondando por su mente.

—No es mi lugar decirte esto, Nat, pero… —por un instante, creyó que él se iba a callar, pero lo vio emitir un sonoro suspiro y, dándole

una otro vistazo, soltó lo que tenía para decir—: Dalila tiene un largo historial de tomar pésimas decisiones que, como si eso no fuera lo suficientemente malo, terminan arruinando vidas ajenas.

—Gus…

—Tranquila, a mí no me ha hecho nada, pero sí a otra persona muy cercana a ti, y te aseguro que no se lo merecía.

—Ali… —vaticinó temerosa, pues era lo que intuía desde hacía tiempo.

—Exacto. —La expresión en el rostro de Gustav fue de profunda tristeza—. Te aseguro que Aly no se volvió adicta al trabajo de la noche a la mañana. Solo que, una vez que comenzó a utilizarlo como una forma de distraerse del dolor, simplemente no dejó de hacerlo… Y se olvidó de vivir.

Nat asintió, más dolida si cabía. Amaba a Lali, pero empezaba a creer que estaba errando el camino, y lo peor era que no sabía si podría ayudarla. No si su prima seguía comportándose como lo había hecho.

Cuando el celular de Gustav sonó, ella supuso que debía ser Phillip, pero a medida que veía cambiar las expresiones en el rostro de su amigo, la curiosidad fue invadiéndola más y más.

—No me preguntes cómo porque lo ignoro por completo, pero me acaban de pedir, mejor dicho, exigir que te regrese al Lobo Feroz antes de que se termine devorando a la mitad de los patrocinadores.

—¡Gustav! ¡Por favor! No seas exagerado. —Rio sacudiendo la cabeza. Quien fuera que hubiese llamado, sin duda lo había hecho en nombre de Mason y, seguramente, ante su falta de respuesta, puesto que había silenciado su teléfono y recién se había acordado de eso.

—Dile a tu mensajero que gustosamente acepto tomar un café con el temible Lobo Feroz… —le siguió el juego, no obstante, decidió

que lo que mejor era que ellas misma le respondiera—. Espera. Mejor lo hago yo. —Metió la mano en el bolso y sacó el celular. Efectivamente, tenía varias llamadas perdidas y unos cuantos mensajes. Abrió el de Mason y escribió:

> Se acerca Halloween y me
> encantan las bebidas que sirven en
> uno de los libros más famosos de
> Stephen King. Ven y atrápame,
> Lobo Feroz.

—¿¡Estás loca, Nat?! —soltó Gustav cuando leyó el texto—. Él puede mostrarse muy civilizado contigo, pero… —Suspiró mientras hacía una maniobra con el vehículo para llevarla hasta la mencionada cafetería—. Ten cuidado, amiga, no todo lo que reluce es oro —le advirtió.

—Es solo un café, Gus, nada más. No es una cita —lo tranquilizó, aunque, por su cara, no creía en lo que acababa de decirle.

Pero Natasha estaba decidida a que fuera una charla tranquila. Realmente quería conocer al hombre detrás del jugador, así como saber si tenían posibilidades de llegar a tener algo más que un simple tonteo.

Con eso en mente, besó en la mejilla a Gus una vez que él estacionó frente al café y se apresuró hacia la entrada. No logró traspasar la puerta, una figura le bloqueó el paso. Antes de poder pedir permiso para pasar, se vio envuelta en los brazos de Mason, que la miró con intensidad y no dudó en atraparle los labios y besarla con pasión.

Capítulo 8

«No es una cita, solo es un café. No es una cita, solo es un café…», se repetía Nat mentalmente a sí misma mientras Mason apartaba la silla para que ella tomase asiento, para luego acomodarse a su lado.

De haber estado con Aly o su prima, hubiese pedido una porción de torta y probado la más reciente creación bebible, pero dadas las circunstancias y lo nerviosa que se sentía, decidió que estaría más a salvo con una taza de té frente a ella, así evitaba mancharse, volcarse o atragantarse con riesgo de muerte por vergüenza. Aunque, a decir verdad, que Mason la observara fijo sin decir ninguna palabra definitivamente no ayudaba a la situación.

Nat tenía que reconocer que se sentía halagada por la insistencia de encontrarse a solas, cuando creyó que no iba a saber nada de él hasta el otro día después de la «no» despedida tras el juego. Mason era todo un enigma para ella. Un instante la trataba como si fuese lo mejor sobre la tierra desde la invención del dulce de leche, y al siguiente adoptaba una actitud que la llenaba de incertidumbre.

—¿Segura que te gusta el lugar?

Pese a la filmación que le había enviado, no lo veía muy

convencido al respecto.

—Sal es el mejor —murmuró observando a su alrededor. Salem, el dueño de la cafetería Salem´s Lot, además de ser un acérrimo fanático de Stephen King y todo lo que fuese de terror, era un excelente pastelero y tenía un gusto impecable para la creación de bebidas. Nadie superaba sus chocolates calientes. Sin mencionar que siempre se adelantaba no bien daba inicio el mes de octubre y el local ya estaba decorado acorde a la llegada de Halloween. Su fanatismo era tal que Nat sonrió al ver a Charlie, una chistosa calavera de plástico con una enorme sonrisa, ocupando su puesto junto a la caja registradora. Dados sus treinta centímetros de largo, era perfecta para oficiar como guardián del frasco de las propinas.

—Pareces conocerlo bien… —masculló Mason.

Nat lo miró con el ceño fruncido, claramente extrañada por la respuesta. Si se iba a poner así cada vez que ella comentara lo que fuera sobre aquello que a él parecía no gustarle, iba a ser «la salida a tomar café» más corta en la historia de la humanidad.

Tanto su padre como su madre, debido a sus respectivas profesiones, en un momento u otro habían dictado clases —en la universidad como en centros recreativos e instituciones privadas—, y la cafetería, estando tan bien ubicada, se había vuelto el lugar de paso obligado cuando ella era niña y los acompañaba a sus cursos. Eso se había mantenido a lo largo de toda su adolescencia como estudiante, y continuaba en su adultez. También sumaba el hecho de que Sal también era argentino y amigo de sus padres.

Pero no dijo nada, Nat optó por encogerse de hombros y permitir que él pensara lo que quisiera, lo que pareció molestarlo porque comenzó a tensarse hasta que los labios se le pusieron blancos por la fuerza con que los apretaba. Le sorprendió no poder escuchar el rechinar sus dientes.

—¿Señor Reaux?

Cuatro jóvenes se acercaron, mirando a Mason con admiración. Sin duda eran fans, porque enseguida él focalizo su atención en ellos y aceptó firmar autógrafos así como fotografiarse. Cuando eso se repitió varias veces más, Nat notó cómo su lenguaje corporal cambiaba. La sonrisa ya no le llegaba a los ojos, era falsa y, obviamente, practicada innumerable cantidad de veces. Podía entenderlo, una figura pública debía mantener cierta compostura ante los fanáticos.

Por fortuna, minutos después, el afluente de gente disminuyó, lo que les permitió estar de nuevo a solas. Pero a Nat no se le pasó por alto que continuaba con el ceño fruncido y estaba irritado.

A pesar de ello, la conversación fluyó, él se notaba muy interesado en conocer todo de ella. Sin embargo, cuando los tantos cambiaron y Nat indagó sobre su vida, no tardó en darse cuenta de que las respuestas se le hacían familiares. Fue entonces que comprendió lo que Mason estaba haciendo. Quiso creer que estaba confundida y darle una oportunidad, pero cuando prácticamente citó de manera textual una de las frases de la entrevista que había leído la noche en que se conocieron, reaccionó: estiró la mano y apoyó con firmeza dos dedos sobre los labios, silenciándolo.

—Me marcho —declaró, y se levantó como si la hubiesen pinchado, aferrando a su vez la cartera.

Mason imitó al instante su movimiento, con tanta rapidez para detenerla, que la hizo trastabillar sobre los tacos y se clavó la punta de la mesa en la cadera. De inmediato él le apoyó la palma sobre la zona herida y la masajeó con suavidad.

—¿Sabes? No sé por qué no escuché a mi intuición en vez de a mi corazón. Esto —hizo un gesto con la mano abarcándolos a ambos mientras con la otra se colgaba el bolso— es una idea absurda.

—¿Por qué te marchas?

Que le preguntara como respuesta a su dicho solo la irritó más.

—Fui una ingenua al creer que querías que nos *conociéramos* —enfatizó marcando comillas imaginarias en el aire al mencionar la palabra.

—Pero ¿qué dices? Si estábamos teniendo una conversación de lo más…

—Por favor, Mason, porque solo te hayas involucrado con huecas a las que les interesa todo de ti, excepto el conocerte realmente, no significa que yo también sea como ellas —bufó, cruzándose de brazos e ignorando el calor de su tacto todavía sobre su cuerpo.

—En lo más mínimo, Natasha. De hecho, no podrías ser más diferente.

—Primero que nada, soy Nat. N-A-T. Segundo, tus respuestas no hacen sino corroborar que son oraciones más que estructuradas y planeadas para todo aquel que se conecte *online* y quiera saber más del magnífico Mason *Wolf* Reaux. —Negó con la cabeza, apartándose —. Supuse que, al aceptar tomar un café contigo, realmente vería otra faceta tuya, al verdadero Mason, pero es obvio que me equivoqué —murmuró dolida—. Deberías hablar con tu agente y decirle que arme un nuevo *set* de respuestas, porque las actuales son aburridas y ya todos las conocen. Salvo que no haya nada de substancia detrás del jugador estrella. —Dicho eso, se marchó, dejándolo de pie junto a la mesa.

El sonido de vidrio impactando contra el suelo no detuvo su andar. Ella no había ido para beber un café con el famoso jugador, sino con el Mason que le había obsequiado los anteojos, que la llamaba Caperucita y le decía palabras que hacía que las mariposas en su estómago levantaran vuelo.

Apenas vio un taxi dar vuelta la esquina, corrió para detenerlo; ni

siquiera la voz de Mason, llamándola a sus espaldas, le impidió subir al vehículo. Mientras le daba la dirección al conductor (había decidido quedarse en casa de sus padres), se atrevió apenas a mirarlo: la expresión derrotada en el cuerpo de Mason se le clavó en el alma, pero era mejor cortar de raíz una mala hierba a que se esparciera por el jardín de sus emociones y ya no pudiera quitarla después.

Suspiró y se recostó contra el respaldo. Sentía deseos de llorar por la forma en cómo había pasado de ser una noche espectacular a una tan desastrosa. Todo escapaba a su comprensión. Apretó los ojos hasta que el sonido del celular hizo que los abriera. Si era él quien la llamaba, volvería a ser sincera. Atendió sin siquiera prestarle atención a la pantalla.

—Natasha, excelente. Nos llegaron las maravillosas novedades de tu reciente interés en el *hockey* sobre hielo.

—¿Percy? —Extrañada de que su editor se estuviera contactando con ella a esas horas, rogó que no fuera para despedirla, y fue cuando cayó en la cuenta de sus palabras—. Perdón, ¿mi qué?

—No seas modesta, chiquita. Con la temporada recién empezando, es un momento ideal y más que fructífero para sacarle el máximo provecho, y qué mejor que una de nuestras chicas para informar sobre el *inside* de todo lo que ocurre.

—¿Qué? —Nat decidió que definitivamente se había quedado dormida en el taxi y estaba teniendo alguna clase de sueño bizarro.

—Queremos que obtengas entrevistas con las Puck Bunnies. Ya sabes, lo usual. Por supuesto, también todo lo que obtengas de los jugadores será más que bienvenido. Aunque aún no me explico cómo nunca mencionaste que conocías a Razor o sobre tu relación con el capitán de los Blackhawks.

—Mis relaciones o la carencia de ellas jamás fue un requerimiento

para mi puesto de trabajo —respondió con frialdad.

—Pero resulta que ahora lo es, preciosa. Imagino que no quieres pasarte la vida editando libros sobre árboles, ¿o sí?

La advertencia implícita en la voz de su jefe fue aliciente más que suficiente para entender lo que sucedería con ella si rechazaba la propuesta. Cerró la mano en un puño y la apretó con fuerza; no podía darse el lujo de perder el empleo. Aunque compartía alquiler y gastos con Alyssa, no hacía poco había tenido que hacer uso de parte de sus ahorros para arreglar a su tan adorado Herby, el automóvil que solía usar de vez en cuando, pero al que adoraba con toda su alma. Y claro estaba que se rehusaba a pedirles ayuda a sus padres si la echaban, mucho menos a su amiga, quien no dudaría en continuar a su lado aun cuando no pudiera aportar nada de dinero.

—Excelente —festejó Percy ante su silencio, dando por hecho que aceptaba—. Ya hablé con el equipo directivo de los Blackhawks y se mostraron más que complacidos con la propuesta.

—Pero…

—Tranquila, Nat. Mañana ve al entrenamiento, me aseguraron que las conejitas van a estar presentes como suelen hacerlo. Háblales. Sé que ya conoces a varias de ellas, y si no, estoy seguro que tu prima te las puede presentar —argumentó, prosiguiendo con su discurso—. Por supuesto, nada de detalles que puedan arruinar la reputación de nuestros patrocinadores, aunque están dispuestos a dejar pasar algún que otro detalle picante que exacerbe el interés de sus fanáticos.

—Percy…

—Tranquila, Nat —repitió el hombre—. Tómalo como un ascenso. Haz esto, y te prometo que a partir de ahora tendrás prioridad en la elección de los textos para editar. Incluso pasarás a planta permanente. —Al no escucharla objetar, continuó—: Mantenme

informado. Luego Chrissy te enviará toda la información pertinente a tu nuevo puesto. —Y cortó la comunicación sin siquiera despedirse.

Natasha observó el aparto durante varios minutos, casi como esperando que Percy volviera a llamarla para decirle que todo había sido una broma. Pero cuando eso no ocurrió, gimió y se cubrió el rostro con las manos. Definitivamente se estaba convirtiendo en una noche de lo más memorable, y no en el buen sentido.

Capítulo 9

¡Se había quedado dormida! Eso le pasaba por no querer enfrentarse a Dante. La comodidad de su hogar no se comparaba con el refugio en la casa de sus padres, pero al menos había tenido un techo bajo el que pasar la noche. Para su suerte, siempre tenía las llaves encima y el hecho de que no le preguntaran tampoco la razón de estar allí había sido un alivio, porque no estaba de humor para que le cayera un sermón por parte de ambos como broche de oro.

Moviéndose con rapidez, se duchó en tiempo record y luego, con la misma velocidad, se vistió sin preocuparse demasiado por su apariencia (eso también lo agradecía, ya que no necesitaba *producirse* para su nueva labor como periodista; con un par de prendas que había dejado allí, le bastaban). Pese a que se había rehusado a atender los llamados y mensajes de Mason, como así los de Gustav, Aly y Dante, cuando apareció en pantalla el número de Chrissy, no dudó en responder. No había terminado de saludarla que la secretaria de Percy de inmediato le informó respecto a cuál era el plan de la revista en cuanto a las notas a hacer y que el entrenador la iba a estar esperando como primera persona a quien entrevistar a

primera hora de la mañana.

Sentada en las gradas con un vaso de plástico casi vacío en las manos, intentó no ser demasiado obvia al bostezar. El café doble que había comprado en el camino no le había hecho el más mínimo efecto para despejarla, mucho menos luego de la infructuosa charla con el entrenador, que consistió más que nada en respuestas monosilábicas y gruñidos. Solo quería volver a su confortable departamento y dormir una siesta; se conformaba con una hora de descanso nada más, porque andar por la vida sintiéndose un zombi, definitivamente, no era lo suyo.

Movió el cuello hacia un lado y el otro, intentando destensar los músculos, mientras aguardaba la aparición de las Puck Bunnies, que parecían estar atrasadas. Asimismo, que Mason estuviera en el hielo entrenando tampoco ayudaba a mejorarle el ánimo. Apenas él la había visto desplazarse por entre los asientos del público, se le había acercado, pero ella fingió estar muy ocupada garabateando sobre el cuaderno de notas, anotando cualquier idea que se le viniera a la mente para restarle importancia al hombre que no dejaba de golpear el plexiglás para llamar su atención.

Revisó el celular y, por fin, se decidió a responderle un mensaje a Aly, que le comentaba que de nuevo la había vuelto a plantar el cliente de siempre y en el cual hacía gala de su muy colorido vocabulario, obsequio de sus hermanos varones y alguno más de Gustav.

Soltó el aparato asustada por un ruido fuerte a metros de donde estaba. Levantó la mirada para descubrir que dos de los jugadores estaban enredados en una pelea. Cerró los ojos y negó con la cabeza, ni si quiera en medio del entrenamiento dejaban atrás la brutalidad. Cuando los volvió a abrir, dos oscuros luceros estaban fijos en ella. Desvió la vista de inmediato y buscó el celular. Al

divisarlo cerca de la división plástica, maldijo para sus adentros, puesto que Mason estaba al otro lado y no dejaba de observarla. Resignada, quisiera o no, iba a tener que acercarse.

—Negro.

Confundida ante el balbuceo proveniente del jugador, se enderezo con el aparato en la mano y lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

—Negro —repitió él, y agregó—: Lobo. *Poutine*. No sé qué son las empanadas, pero si me las preparas, estoy seguro de que voy a amarlas…

Nat, a su pesar, sonrió. Mason había respondido con una mano en el corazón a las preguntas que ella le había formulado durante la «no cita» la noche anterior.

Distraído con la sonrisa de ella, que le iluminaba el alma, Mason no fue capaz de reaccionar a tiempo cuando uno de sus compañeros lo chocó, por lo que se dio la cabeza contra la dura superficie y cayó sobre el hielo, aturdido.

Nat pegó un grito y, antes de que alguien pudiera detenerla, se metió en la pista y, como pudo, se acercó a él hasta arrodillarse a su lado. El infractor, a quien no recordaba haber visto jugar en ninguno de los partidos, pasó patinando junto a ellos, burlándose y haciendo comentarios soeces por lo bajo.

En un principio, Nat creyó que solo era parte del juego, pero cuando el chico le sonrió con la mirada un tanto libidinosa, se apoderó del palo de Mason y, fingiendo resbalar, lo derribó, haciéndolo patinar sobre su trasero varios metros.

Definitivamente, el comportamiento de los jugadores de *hockey*, tanto fuera como dentro del hielo, dejaba mucho que desear. Y aunque lo más probable era que la confundieran con una Pack Bunny, jamás se rebajaría a pasar de un cuerpo a otro como si fuera

una remera a la que intercambiar. Sin dudar, debía dejar bien en claro que no lo era, aun si el nuevo *encargo* de su editor la llevara a estar con ellas de manera indefinida. De ello dependía su puesto.

—*Ty che, blyad?* —se quejó el joven en cuanto volvió a ponerse de pie—. ¿Por qué hiciste eso? —la increpó.

Nat ni se molestó en mirarlo y se concentró en Mason, que parecía seguir sumido en la nebulosa en la que había caído.

—¡Te estoy hablando a ti, *suka*!

Cuando Nat sintió que el jugador la tocaba con el palo y que la última palabra dicha le sonaba a insulto, no vaciló en levantarse como pudo y le soltó un par de improperios, nada propios en ella.

—Pedazo de zopenco engreído —le dijo encolerizada, aferrándose con energía al plexiglás, el cual no le ayudaba demasiado, como tampoco lo hacía el hecho de no llevar el calzado adecuado para estar sobre el hielo—. Ignorante. Cabeza hueca. Idiota —continuó, y estaba por decirle algunas palabrotas más cuando los quejidos de Mason llamaron su atención. Al verlo, se dio cuenta de que no se quejaba, sino, más bien, que dejaba escapar unas risotadas. Enfada, frunció el ceño—. ¿Y tú de qué te ríes?

—De ti —respondió él al tiempo que intentaba sentarse.

—Wolf —lo nombró por su apelativo y de no muy buenas formas. «Lo que me faltaba, que Mason se burle de mí».

—Eres encantadora cuando te enojas —le dijo curvando los labios.

Nat levantó las manos en un gesto de fastidio, pero se olvidó que aún estaba sobre la pista, por lo que no pudo reaccionar a tiempo para volver a sostenerse y resbaló sobre el hielo. Cerró los ojos en un acto reflejo, esperando que el golpe no fuera demasiado fuerte, sin embargo, los abrió en el instante en que notó que el fornido cuerpo de Mason fue su *colchón* de rescate. Quedó en la posición justa para que él la encerrara en un abrazo, y solo se percató de lo

cerca que se encontraba de su rostro cuando sintió unos cálidos labios sobre los propios.

Los silbidos de los compañeros no se hicieron esperar, así como la potente voz de Maximilian, que retumbó entre las cuatro paredes del gimnasio:

—¡Reaux! Ya te lo advertí el día del juego. Y usted, señorita Randizzi, si acepté que estuviera presente en el entrenamiento, fue porque le debía un favor a Percy, pero bien se lo puedo pagar en otro momento. Limítese exclusivamente a lo que vino, ¿entendido?

Sintiendo que las mejillas le iban a estallar cual tomate en agua hirviendo, Nat se puso de pie como pudo a la vez que Mason también lo hacía y la ayudaba.

—Lo siento —se disculpó—, pero es que… —Movió las manos intentando explicar lo sucedido mientras Mason la asía por la cintura para que no volviera a caer, pero el entrenador la acalló.

—No voy a repetirlo.

Con la ayuda de Mason, se metió de nuevo en la zona de las gradas.

—Será mejor que le hagamos caso —le susurró él—. No creo que quieras verlo enojado. —Nat lo miró confusa—. Esto no es nada en comparación —agregó, y le rozó los labios justo en el momento en que las Puck Bunnies hacían su entrada.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó Carly sentándose a su lado.

—Lamentamos llegar tarde —se disculpó Zora—. Wendy tiene un problema de vejiga. —Miró a la susodicha.

—¡Oye! Que todo se debe al hecho de mantenerme hidratada. No tengo esta piel de porcelana solo a base de cremas faciales —se defendió a la vez que se señalaba—. Somos un setenta por ciento de agua y la vamos perdiendo en la medida que…

—¡Ya cállate, Wendy! —la silenció Trisha—. ¿A quién le importa la razón por que te veas espléndida? —Se acercó a ella—. A veces se te olvida que las Puck Bunnies no debemos mostrar nuestra cara inteligente. —La abrazó, y todas rieron.

—Pues bien, ¿nos vas a decir que pasó? —insistió Carly—. Porque por algo Mason te ayudaba a volver a las gradas.

—No fue nada —respondió, pero cuatro pares de ojos clavados en su rostro le impidieron restarle importancia al asunto—. Está bien —se rindió y les contó lo sucedido.

Carly silbó, Trisha revoleó los ojos, Wendy se mordió el labio, y Zora dejó escapar unas palabrotas. El estallido de risas fue inmediato, lo que llamó la atención de los jugadores… y del entrenador, que miró a Nat como advirtiéndole.

—Chicas, será mejor que mantengamos la compostura, por hoy ya tuve suficiente —les dijo, y todas se acomodaron en los asientos.

Nat volvió a coger el cuaderno y el bolígrafo, y se enfocó en la tarea que tenía. Sin embargo, concentrarse no le fue del todo posible. El cuchicheo de las chicas logró distraerla, no solo por los comentarios que estaban haciendo sobre el entrenamiento y lo bien que estaban los chicos, sino, más bien, cuando oyó, por extraño que fuera, dos nombres demasiado conocidos para ella: Razor y Dupreé. Inmediatamente, levantó la vista hacia las chicas.

—Repite lo que dijiste —le ordenó a Zora—. ¿Por qué Razor y Dupreé, que entiendo que son jugadores de dos equipos que se matarían entre sí, entraron en una misma oración, y no precisamente porque mantuvieron una discusión?

La chica levantó una ceja. Nat no sabía si era porque estaba confundida por la pregunta (a veces podía ser muy estructurada hasta para hablar) o si no tenía intención de responderle. Se cruzó de brazos y observó a las cuatro de forma interrogativa mientras se

miraban las unas a las otras.

—Yo… —Zora titubeó—. *Ehmm*…

Nat frunció el ceño.

—Hablen ya —las apremió.

—Tú y tu bocaza. —Wendy le dio un coscorrón a Zora.

—Sigo esperando.

—Solo hablaron, Nat. No es nada extraño que lo hagan —mencionó Carly como si fuera lo más natural del mundo.

—Sí, y yo me chupo el dedo —se burló de ellas—. O me dicen ya qué está pasando o se olvidan de la exclusiva en la revista. Bien saben que las elegí a ustedes por encima del grupo de Lali. Desembuchen. Ya.

—Es… Bueno… Algo sobre ti y… —Trisha balbuceó algo que no llegó a entender.

—Fuerte y claro —le ordenó. Se le estaba agotando la paciencia, y eso que se caracterizaba por tener bastante.

—Tú y… —repitió, pero, una vez más, lo dijo de tal forma que no la comprendió, por lo que cerró los ojos por un instante y soltó el aire sonoramente.

—Tu prima —exclamó Wendy—. De nada sirve que se lo ocultemos, chicas. Tarde o temprano, se iba a enterar.

—¿Y de qué, si se puede saber? —Estaba segura de que no era algo bueno. Últimamente, la Lali que conocía actuaba de forma extraña, y estaba preocupada por ella.

—Bueno… —comenzó Zora—, es que… el otro día, en el partido…

—La pelea que Reaux y Guillard tuvieron… —continuó Carly.

—Ya todos saben a qué se debió —masculló Trisha.

—¿Y? —Suponía por dónde iban los tantos, pero no entendía qué tenían que ver Lali y Dupreé en medio—. Chicas, me caracterizo por tener paciencia, pero entre las cuatro la están a punto de colmar,

por lo que les aconsejo que no se guarden nada y me cuenten todo antes de que explote.

—Dupreé no suele meterse en líos, pero, de acá a un tiempo, tiene varios en su haber. Cuando lo vimos varias veces con tu prima, creímos que iba en serio. No hay quien no sepa que Lali está perdida por él, lo que no quita que deje de ser una Puck Bunny. —Carly observó a sus amigas, y estas asintieron—. Sin embargo, lo que pasó ayer después del partido, la pelea de ella con la golfa que se colgaba de él, bueno…, no fuimos las únicas que lo vieron. Razor estaba detrás de nosotras, supongo que, pese a todo, fue a buscarte…

Natasha se mordió los labios y cerró los ojos por un instante. Podrían pincharla, cortarla en pedacitos, pasarle un tren por encima o cualquier barbaridad que se le ocurriera, pero nada, absolutamente nada, iba a hacer que lo sintiera, pues estaba total y completamente *fuera del hielo.*

—Por extraño que te parezca —prosiguió Wendy—, a Dupreé le importó poco y nada el numerito de Lali, no así el ver a Razor apretar los puños a los costados. No sabemos lo que Alex se trae entre manos, pero lo vimos acercarse a él. Suponemos que le dijo algo interesante, porque ambos sonrieron de forma extraña, y Dante se dio media vuelta y se alejó después de eso.

Nat pestañeó y respiró hondo. «Estoy en un mal sueño. Esto tiene que ser una pesadilla», pensó. Un nudo se le formaba en la garganta e intentó controlar la respiración con un ejercicio de meditación, pero no le sirvió de nada. Iba a hiperventilar, estaba segura. Maldita la hora en que había aceptado acompañar a Lali a un puto y aburrido partido.

—Nat. ¡Nat! —vociferaron las cuatro a la vez cuando notaron que parecía no reaccionar.

—Lo siento, chicas —dijo tras dar un largo suspiro y girar para juntar sus pertenencias—. Me voy a casa.

—Pero…

—¿Y la entrevista?

—¿Estás bien?

Respiró profundo una vez más.

—No hay *peros*. La entrevista la dejamos para otro día. Y estoy bien, de veras —respondió a cada una—. Ahora, necesito irme. Nos mensajeamos, ¿sí? —Las despidió con la mano y se alejó de ellas lo más rápido que pudo y antes de que pudieran detenerla.

***

Mason dio un giro sobre el hielo, esquivó a uno de sus compañeros e hizo un tanto que festejó como si estuviera en uno de los juegos. Su vista fue directa hasta las gradas, pero, enseguida, la sonrisa que tenía en el rostro se le borró, pues la chica que lo traía loco ya no estaba donde la había dejado y allí solo quedaban las cuatro Puck Bunnies que venían siendo su sombra últimamente. Sin prestar atención a las directivas del entrenador, se dirigió hasta donde ellas estaban y les preguntó por Nat.

—Se fue hace un rato —respondió Carly.

—Es más que obvio que así es, ¿no crees?

La joven se encogió de hombros, y, en su lugar, fue Wendy la que le habló, molesta con su actitud:

—Y no piensas que te lo diríamos si así fuera, ¿cierto, Wolf?

—¿Realmente lo harías, conejita? —Le sonrió socarronamente. Conocía a varias Puck Bunnies a las que no les importaría pasar por encima de otras por conseguir sus favores.

—Que sepas que no todas somos iguales —le recriminó—. Nat es

nuestra amiga, Reaux, y si le haces daño…

—No todos los jugadores somos iguales —rebatió él de la misma forma.

Wendy observó a sus compañeras con la duda pintada en el rostro, no estaba segura de si comentarle la verdadera razón por la que Nat se había ido.

—Solo dijo que se había olvidado que tenía algo que hacer —contestó Trisha en su lugar.

—¿Están seguras?

—Por supuesto. Apuesto a que ya te habrá mandado un mensaje —acotó Zora para reafirmar las palabras de su compañera.

—Bien —respondió él simplemente, antes de girar y volver a la pista.

Al instante, Wendy, con el celular ya en la mano, le escribió a Nat; era mejor asegurarse de no meter la pata más de lo que ya lo habían hecho.

***

Mason se quitó las protecciones al tiempo que traspasaba la pista de hielo y se dirigía a la salida. Poco le importó que el entrenador le gritara o que sus amigos lo llamaran preocupados; él solo podía pensar en Nat y su repentina huida, porque no podía llamarla de otra forma. Aunque, si tenía que ser sincero consigo mismo, todos sus encuentros no solían terminar muy bien que dijera.

Se aseó lo más rápido que pudo en cuanto llegó a los vestuarios, y salió sin prestar atención a todo lo que ocurría a su alrededor. El escueto mensaje que había recibido de Nat no le aclaraba las miles de preguntas que le rondaban en la cabeza. Algo andaba mal. Lo sabía. Tenía la certeza corriendo por sus venas, esa sensación ya la

había vivido antes. Y le temía, le daba tal pavor que por un segundo pensó que estaba reviviendo su pasado. «Natasha no es como ella», se dijo, y lo repitió cientos de veces, como un mantra que le diera la tranquilidad que necesitaba para poder seguir adelante.

Dejó atrás el gimnasio y se adentró en el garaje en busca de su vehículo. Tiró el bolso que llevaba en la mano en el asiento del copiloto y puso en marcha su todoterreno, sin embargo, no avanzó. ¿Qué iba a hacer? ¿Presentarse en la casa de Nat? Imposible. Había descubierto que la dirección que le había pasado Lali correspondía a la de los padres de ella y que solo había pasado allí una noche. No sabía dónde vivía realmente. ¿Y si le preguntaba? Un sencillo mensaje solucionaría el problema. Sí, eso haría, ¿por qué no? Después de todo, no perdía nada con intentarlo. Buscó el celular en el bolsillo de la campera y deslizó el dedo por la pantalla hasta dar con su número. A punto estaba de escribir cuando unos golpes en el vidrio lo sobresaltaron. Giró la cabeza hacia la ventanilla, y todo su cuerpo se puso en tensión en cuanto vio su propio reflejo al otro lado del cristal.

Capítulo 10

Maldijo. Una y mil veces lo hizo en apenas el segundo en que su mente tardó en comprender que no era su reflejo lo que había visto, sino a su hermano gemelo. ¿Qué hacía Ethan allí? ¿Por qué había vuelto después de casi arruinarle la vida? No tenía derecho, no podía hacerlo justo en ese momento, no cuando había logrado superar su pasado y cuando creía que tenía una nueva oportunidad de amar. Golpeó el volante con fuerza, con toda la rabia y la frustración que sentía, que tenía contenida por años. «¿Por qué? ¡¿Por qué?!», se preguntó. La opresión en el pecho lo estaba asfixiando, pero se negaba a bajar la ventanilla, a mirar a su izquierda y descubrir que él seguía allí, observándolo como si fuera su compañero de aventuras, su cómplice en las ciento de jugarretas que habían hecho cuando eran unos críos.

—¡Mason!

Su nombre pronunciado en alto y unos nuevos golpes lo hicieron reaccionar, pero no como imaginaba que Ethan esperaba, sino que pisó el embrague, metió el cambio correspondiente y aceleró. Tenía que huir, sí, debía hacerlo, tenía que hacerlo. El espejo retrovisor le devolvió la imagen de un hombre sorprendido por su accionar, de un

hombre que, aún en la distancia, lo miraba con ojos culpables. Aumentó la velocidad y, con ella, la separación.

Dio vueltas, recorrió la ciudad sin rumbo fijo por más de dos horas y, una y otra vez, pasó por la puerta de la casa de sus padres sin animarse a detener el vehículo, pero con las ganas de enfrentarse a ellos carcomiéndolo por dentro. Era cierto que, tras lo ocurrido, la relación se mantenía en una cuerda floja y tensa al mismo tiempo. Una vez al mes, y más por no romperles el corazón a su madre y hermanas, se reunían allí. Sin embargo, en ese momento comprendió por qué el último encuentro no había sido igual. Estaba seguro de que todos sabían del regreso de Ethan y de que se lo habían ocultado. «¿Por qué?». La pregunta golpeó de nuevo en su cabeza y, sin ser consciente de lo que hacía, estacionó el todoterreno y bajó.

—¡Mason! —El sonoro grito de su hermana menor lo sacó de cuanto pensamiento le rondaba por la mente, y se dejó abrazar por la pequeña de la casa a la vez que la alzaba y daba unas vueltas con ella—. No te esperábamos hasta el domingo. ¿Qué te trae por aquí?

—¿No puedo venir a visitar a mi familia cuando quiero? —respondió con una pregunta, molesto.

—No seas energúmeno, Wolf —se burló Hannah—. Solo lo decía porque se me hace raro verte en día de semana, y más cuando sé que estás en medio de un campeonato.

—Necesito hablar con mamá y papá. ¿Están?

—Sí, pero… —Su hermana se encogió de hombros, y en ese instante lo supo, no por nada ella lo había recibido antes de que siquiera introdujera la llave en la puerta.

—Ethan está con ellos, ¿cierto?

—Mason… —Hannah lo miró con preocupación.

—Está bien, pequeña. No pienso armar un escándalo. Puedo

esperar hasta que se vaya. ¿Quieres dar un paseo mientras? —Su hermana desvió la vista, había algo más, lo sabía—. ¿Hannah?

La agarró del brazo en cuanto ella intentó alejarse de su lado. Ella no era precisamente la más indicada para que le escondieran algo; una cristalina gota de agua parecería turbia a su lado, ya que mentir o fingir no eran cualidades que la hicieran destacar.

—Michelle no está, Michael se refugió en su estudio y Avery salió con unas amigas. Yo… —Se mordió el labio inferior—. Lo siento, Mason, soy muy mala para estas cosas, pero era la única que estaba en casa y que podía detenerte antes de entrar.

—¿Por qué? —le preguntó con el ceño fruncido y sin soltarla. Que Ethan estuviera en el interior no era el problema, estaba seguro. Sin embargo, intuía que había una razón de mayor peso—. ¿Qué sucede, Hannah?

—Ethan…, él…

—No vine solo —respondió el aludido.

Mason liberó a su hermana, apretó la mandíbula y sintió cómo todo su cuerpo se ponía en tensión. Las palabras lo golpearon con fuerza, y la tranquilidad que pensó que había conseguido se esfumó de su ser como si hubiera hecho una combustión instantánea. Había sido un estúpido en ir hasta allí. Nunca aprendería, iba a tropezar con la misma piedra una y otra vez. Dejó escapar el aire que estaba conteniendo y se dispuso a salir.

—Mason. —Ethan lo llamó, pero hizo caso omiso y siguió avanzando hasta su todoterreno—. Hermano.

Se detuvo al instante, se giró y lo miró con la rabia bullendo en sus ojos.

—Jamás vuelvas a llamarme así. Dejaste de ser mi gemelo desde el mismo instante en que me traicionaste.

—Y te pedí perdón por eso.

—Un perdón que no pienso darte, Ethan. Nunca. Regresa por donde viniste y déjanos seguir en paz. ¿No te alcanza con el daño que ya has hecho?

—Es mi familia también, Mason, y me juzgaron a su vez, pero siempre mantuvieron la puerta abierta para volver a recibirme.

—¡Estupendo! —se burló—. Pues bien, quédate, porque el que se larga soy yo —exclamó. Se dio media vuelta y avanzó los pasos que distaban de su vehículo. No obstante, no subió. De refilón, observó el estado de su hermana pequeña, las lágrimas corrían por sus mejillas mientras se abrazaba a sí misma. Si alguien había sufrido mucho más que él, esa persona era Hannah, y verla así lo quebró aún más por dentro. Apretó los puños en los que se habían convertido sus manos y, dolido, pronunció un «lo siento» antes de abrir y sentarse frente al volante. Respiró profundamente, encendió el motor y dejó las casa de sus padres de la misma forma en que lo había hecho años atrás.

Condujo sin ser consciente de ello y agradeció que en el trayecto no hubiera tenido ningún percance, pues no estaba en sus cabales como para tener algún altercado. Las palabras de Ethan resonaban en su mente sin cesar: «No vine solo». ¿Cómo se atrevía a regresar? ¿Y, además, con… la mujer que los había separado? Jamás los perdonaría, de eso estaba seguro, era una promesa que se había hecho y que cumpliría hasta el último minuto de su vida. La traición no se borraría de su corazón y lo acompañaría por siempre. Ni siquiera lo que había comenzado a sentir por Natasha podría quitarle ese dolor. Ethan era su hermano, su gemelo. ¿Cómo había podido hacerle algo semejante?

Revoleó lo primero que tuvo a su alcance en cuanto entró a su hogar, y se dejó caer de rodillas sobre la alfombra al tiempo que las lágrimas desbordaban sus ojos. Se había jurado que no lloraría otra

vez por lo ocurrido, que el pasado no volvería a ser su presente, pero el recuerdo y el regreso de las dos personas a las que había amado con toda su alma lo quebraron una vez más.

Más calmado, acostado sobre la cama y con la vista perdida en la vetas de la madera del techo, intentó pensar con claridad. Tenía que seguir adelante. Lo había hecho en aquel entonces y volvería a hacerlo. Alejó todo lo malo y se focalizó en el presente: el centro de entrenamiento que, poco a poco, se iba convirtiendo en realidad, concentrarse en cada juego y llegar a ganar la copa Stanley, hablar con Alex y descubrir qué le ocurría. Y por último, pero no por ello menos importante, reconocer sus sentimientos hacia Nat y tener una relación con ella. Sí, eso haría; eso tenía que hacer.

***

Nat miró la hora por enésima vez: faltaban diez minutos para el mediodía. Pensó en quedar con Aly para almorzar, pero desechó la idea cuando recordó que la habían plantado. Otra vez. Seguramente, su humor estaría en la escala más alta del negro, y decirle a Gustav que la acompañara sería enfrentarse a un interrogatorio por su parte que no estaba dispuesta a padecer. Tenía dos opciones: volver a la casa de sus padres o regresar a su hogar. La primera no le atraía demasiado, ambos podían ser muy perseverantes cuando se lo proponían, y ella solía ser una gota de agua frente a ellos en esas situaciones. La segunda, bueno, tampoco, pero siendo que Dante también estaría entrenando, optó por esta.

Sintió un gran alivio cuando entró y descubrió que realmente estaba sola. Fue directa a la cocina y rebuscó en la heladera y en la alacena para ver con qué contaba para prepararse algo que comer. Una ensalada de atún, lechuga, tomate y queso fue su almuerzo, el

que acompañó con unas galletas de salvado y un buen vaso de jugo de naranja recién exprimido.

Se sentó en el sillón que presidía el salón de entrada y encendió la televisión. No le vendría mal distraerse un poco. Con suerte, encontraría una de esas películas retro que tanto le gustaban.

—Perfecto. *Dirty dancing* —dijo mientras se acomodaba. Subió los pies a la mesa baja que tenía enfrente, colocó el bol entre la panza y las rodillas y, poco a poco, fue engullendo la ensalada mientras las escenas se sucedían unas a otras.

No supo en qué momento se había quedado dormida, pero agradeció que fuera después de haber almorzado, porque no se imaginaba retirando el aceite y el aceto balsámico ni del sillón ni de la alfombra; por la ropa no se hacía problemas, no había nada que un buen lavado no hiciera. Se refregó las manos por los ojos y prestó atención a qué había sido lo que la había despertado. Un grito surgió de su boca cuando se percató de la mole de músculos que, cruzada de brazos y con una mirada de hielo, la observaba desde lo alto. Sí, Dante *Razor* Guillard se encontraba de pie a unos pasos de la puerta principal.

—Casi me matas de un susto —le dijo, medio en broma, medio a modo de reproche—. Suerte que estoy acostumbrada. ¿Sabías que Aly suele hacerlo seguido? —le dijo, pero él ni se inmutó, continuaba mirándola con esos témpanos en que se habían convertido sus ojos —. ¿Dante? —se animó a llamarlo a la vez que se mordía el labio inferior.

—¿Nati? —respondió él de igual forma.

¡Rayos! Que la nombrara por ese apelativo no mejoraba la situación. Nerviosa, se levantó, agarró el bol de la mesa baja y se escabulló hacia la cocina. Abrió el agua y se demoró unos cuantos minutos en lavar todo. Su mente intentaba encontrar las palabras

adecuadas para no lastimar al hermano de su amiga más de lo que suponía que ya lo había hecho.

Gritó de nuevo cuando, al girarse, casi chocó con él. Estaba a unos escasos centímetros de ella. ¿Por qué tenía que ser tan silencioso?

—Creí que ibas a vitorear por mí —le recriminó.

Nat tragó saliva. ¿Qué podía decirle?

—Yo… —carraspeó—. Ehm… Bueno… Sí… No… Tal vez… — balbuceaba. Ni una maldita frase coherente salía de su boca, y eso que tenía un buen repertorio de vocablos en su haber. Se mordió otra vez el labio inferior y, por puro nerviosismo, llevó las manos hacia atrás y las metió en los bolsillos traseros del *short* que tenía puesto, sin darse cuenta de que, con ese gesto, ponía más en evidencia su busto, apenas cubierto en ese momento por una fina camiseta.

No fue hasta que se animó a clavar la vista en él que descubrió dónde se había perdido Dante y por qué se había instalado entre ellos un silencio demasiado incómodo para su gusto. Automáticamente, cruzó los brazos sobre el pecho, se hizo a un lado y se escapó de nuevo. Tenía que encontrar la forma de salir del atolladero en el que estaba, no podía estar escapando cada dos por tres. «Suficiente», se dijo, se plantó en medio del salón y se giró para observarlo, decidida a poner punto final a… a… ¿a qué? «A lo que sea que él pretenda conmigo». Eso. Ahí lo tenía.

—Dante —comenzó. Él se detuvo a unos pasos de distancia—, admito que en algún momento desde que nos conocemos, pensé… pensé que podíamos ser algo más que amigos, pero tú…, bueno…, te interesaste en mí realmente cuando viste que alguien más… No — se corrigió—. Que alguien más, no, que Reaux se fijaba en mí. — Esperó unos segundos, pero en vista de que él parecía no acotar

nada, continuó—: El día que te encontré aquí y me preguntaste por el juego, yo no tenía ni idea de que tu equipo jugaba contra el de él. Nunca me interesó el *hockey* sobre hielo, de hecho, sigo igual.

—Pero te paseas por la arena como una Puck Bunny —aclaró.

—Eso…, bueno, es solo parte de mi trabajo —se defendió aprovechando la entrevista que debía hacer para la editorial.

—¿Y salir en la Kiss Cam y besarte con Reaux también lo es? —le recriminó.

—Soy libre de hacer lo que me plazca.

—¿Sabes con la cantidad de chicas con las que ha estado?

—¿Llevas tú la cuenta de las tuyas, Razor? —Dante se encogió de hombros—. Nos conocemos desde que somos críos, y siempre hubo alguien más antes que yo que te atrajera.

—Eras la mejor amiga de mi hermana, ¿comprendes lo que eso significaba?

—¿Qué no estaba a tu alcance en ese entonces?

—No entiendes.

—Sí lo hago, Dante. ¿Sabes? Tu hermana tiene razón: no soy de piedra, pero también sé que no soy un trofeo a ganar. Tengo sentimientos y, aunque te duela, no son hacia ti. Mason no será el mejor hombre que habita el planeta, pero es el que eligió mi corazón. Tal vez esté equivocada, pero de los errores se aprende. Y si tengo que golpearme contra el plexiglás para saber que no es él, entonces lo haré, pero te pido que, por favor, no te cruces en nuestra pista, Dante, porque no será Reaux quien vaya a sacarte del juego dado el caso, sino yo. —Nat intentó mantenerse firme mientras hablaba, aunque por dentro sentía que algo se rompía. Hubiera preferido no decir todo lo que dijo, pero no tenía alternativa. Era mejor cortar de cuajo lo que fuera que Dante sintiera por ella, antes que verlo sufrir mucho más después.

—Desde que tengo uso de razón, el *hockey* sobre hielo ha sido mi vida. No sé de qué otra forma actuar, Nati.

—Lo sabrás cuando encuentres a la chica indicada.

—No creo que eso exista. Seamos sinceros un minuto, ¿ok? Ninguna mujer decente como tú se fijaría en mí para algo más que una noche de diversión.

—¡Dante *Razor* Guillard! No te permito que hables de esa manera de una de mis personas favoritas en el mundo entero.

—Esa es una de las cosas que amo de ti, Nati. Siempre fuiste capaz de ver lo bueno en mí, incluso si tenías que inventarlo.

—¡Por amor de Dios, Dante! —Elevó las manos al cielo y, luego, lo golpeó en el brazo con fuerza—. Porque tú te esfuerces en ser un idiota monumental, no significa que yo no recuerde al niño que molió a golpes a Gastón en segundo grado cuando no dejaba de molestarme. O cuando fuiste tras Paul porque le rompió el corazón a Aly. Incluso sé que ese bicho feo y viejo que tienes de mascota lo adoptaste porque, mientras hacías una promoción para el hogar de perros abandonados, descubriste que iban a sacrificarlo precisamente por esas mismas razones.

—Chucho malagradecido, siempre durmiendo en mi cama y babeándolo todo… —masculló por lo bajo recordando a Alighieri, su amada mascota que más que perro parecía el mismísimo Chupacabras.

—Y lo adoras con cada fibra de tu ser —canturreó Nat, sacándole la lengua.

—Igual que a ti, Nati.

—Dante, además de Aly, tú eres uno de mis amigos más queridos. Lo que sientes por mí… —Nat suspiró—. No puedo creer que voy a decir esto en voz alta. —Y sintió como hasta la punta de las orejas le ardían, pero si con ello lograba borrar la confusión de Dante para

con ella, se daría por satisfecha—. La sola presencia de Mason hace que el vientre se me llene de mariposas, y una sola de sus miradas logra que sea incapaz de formar una frase coherente. Pero también, aunque eso me asusta terriblemente, no puedo esperar a verlo, y cuando estamos separados…, lo extraño, como si me faltase algo… aquí. —Se apoyó una mano a la altura del corazón.

—Pero él te hace enojar.

—Tú también me haces enojar, Dante. Pero Mason… Él me hace sentir.

El joven la miró varios minutos en absoluto silencio y finalmente le obsequió una de sus medias sonrisas perezosas, que tardaban en aparecer en sus labios y, cuando lo hacían, se tomaban su tiempo hasta convertirse en una sonrisa radiante.

—Si te lastima, lo mato, ¿ok? —le informó con fiereza en la voz mientras se le acercaba y la envolvía en un abrazo—. Y que se ande con cuidado porque el día menos pensado podría decidir comportarme como un tipo decente y robarte de él

—¡Dante!

—Bromeo, pequeña. —Le dio un beso en la frente y la liberó—. Pero quizá deberías considerar decirle que estás enamorada de él, Nati, porque por cómo están las cosas, me parece que el pobre no sabe si viene o si va contigo.

—No seas exagerado. Si existe un hombre en la tierra sin problemas de autoestima con la población femenina, además de ti por supuesto, es Mason *Wolf* Reaux.

—Yo no estaría tan seguro. —Y por unos instante, la joven vio a ese otro Dante, al de gran corazón y ferozmente leal a sus seres queridos, pero que también llevaba el corazón en la solapa, exponiéndose siempre a ser herido.

—Dante… —susurró, insegura de que decirle.

—¡*Hey*! Está todo bien, pequeña. Además, ya has retrasado demasiado mi mudanza. —Con un guiño, lo vio alejarse en dirección al sillón de tres cuerpos y recoger su bolso de *hockey*, así como otro enorme.

—Te mud… ¿Te vas?

—Ajá. Uno de los muchachos consiguió un departamento cerca de la pista de entrenamiento y me ofreció compartirlo hasta que terminen las reparaciones de mi casa. —Se colgó los dos pesados bolsos y se encaminó con rapidez hacia la puerta, pero inesperadamente se detuvo—. Natasha, ten cuidado con Alex Dupreé, ¿ok?

—Con Alex…, ¿el mejor amigo de Mason? ¿Por qué? —Sorprendida por el giro de la conversación, se acercó a Dante.

—Ignoro cuál es su problema. Pero en el juego de anoche intercambiamos unas palabras, y él… No sé… No confíes en él, ¿sí?

—¿Por qué? ¿Dijo algo?

—No es tanto lo que dijo, sino cómo lo dijo. Él no está bien, y no me refiero de aquí arriba, sino de aquí adentro. —Se señaló el corazón—. Algo lo está carcomiendo por dentro, y no me sorprendería que, cuando finalmente estalle, las personas más cercanas a él sean los primeros en salir heridos.

—Mason…

—Exacto. Cuídate, Nati. —Volvió a darle un beso en la frente y abrió la puerta—. Y ante cualquier problema, me llamas y, como diría tu madre: «le partimos la mandarina en gajos», ¿sí?

Natasha no pudo más que reír al escucharlo utilizar uno de los refranes favoritos de su madre, y que encima lo haya dicho en castellano, con tonada porteña, fue simplemente hilarante. Agradeció que eso la haya ayudado a aligerar un poco la presión que sus palabras le habían causado, e inesperadamente sintió el deseo,

casi desesperado, de ver a Mason, de saber que estaba bien. Con un rápido gesto de mano, se terminó de despedir de su amigo y volvió al *living*.

Luego de varios minutos de búsqueda, halló el celular atrapado entre el respaldo del sillón y su unión con la base. Maldijo cuando descubrió por qué había estado tan silencioso: se había quedado sin batería.

Lo conectó al cargador, y se removió inquieta hasta que finalmente logró encenderlo. Ignorando los mensajes que entraron a la vez, fue directo hacia el chat con Mason, justo en el instante en que entraba una imagen de él. Sonrió con picardía al verlo abrazando a Charly, la calavera de su cafetería favorita, con un vaso que contenía una de las deliciosas bebidas en una mano y, en la otra, uno de los enormes tazones espumantes, con un corazón dibujado en él, con lo que ella sabía que era canela. En la parte inferior, él escribió solo dos palabras: «*Miss U*».

Al instante, sus mariposas tomaron vuelo.

Quince minutos después, con una foto de por medio de su pie cubierto por una de sus alocadas medias fucsias con pintas amarillas y naranjas en respuesta a su invitación, abandonó el departamento a toda velocidad en dirección a la cafetería.

Capítulo 10

Faltaban diez minutos para que Hannah terminara su clase de baile. Las horas que había pasado recostado en la cama de su habitación, más allá de calmarlo y aclararse respecto a lo que iba a hacer después de todo, también le trajeron el recuerdo de su hermana pequeña. Y por eso estaba allí, aguardando a que saliera y así poder disculparse con ella. Esperarla en la acera de enfrente no era una opción, la llovizna que había comenzado a caer lo obligó a refugiarse dentro del centro de danza.

Sabía que pasar desapercibido iba a ser una quimera, pero igual lo intentó y se dirigió al banco que había divisado en un rincón. Se sentó a la vez que se frotaba las manos para hacerlas entrar en calor. No pudo evitar reírse de sí mismo; su físico no encajaba con el de ninguno de los hombres que vio pasar y, mucho menos, con el de las mujeres. En eso pensaba cuando una niña, que no tendría más de cinco años, se lo quedó mirando. Se sintió incómodo ante su escrutinio, no obstante, no dijo ni hizo nada. La pequeña subió al asiento con cierta dificultad y, en cuanto estuvo sentada, comenzó a mover los pies de adelante hacia atrás.

—¿Vienes a buscar a Hannah? —le preguntó.

Mason la miró sorprendido. No era la primera vez que se presentaba allí, y todos lo conocían, no solo por ser el capitán de los Blackhawks, sino también por ser el hermano mayor de Hannah. Asintió.

La niña colocó las manos debajo de las rodillas y giró la cabeza para verlo.

—Cuando crezca, me gustaría ser como ella —le dijo.

—¿Una bailarina?

La pequeña negó.

—Linda —le aclaró—. ¿Tú crees que lo soy?

Mason la observó con detenimiento. Parecía una muñeca de esas de porcelana. Tenía la piel translúcida y clara, los ojos almendrados en un tono celeste, una nariz pequeña y algo respingona, y unos labios rosados y delicados. Los bucles ocres le caían a cada costado y se mecían en un vaivén con cada movimiento que hacía. No comprendía por qué quería ser como Hannah cuando él la veía como una princesita de cuento de hadas.

—Eres muy bonita —respondió—. Pero eso no es lo más importante, ¿sabes?

—Ah, ¿no?

—También cuenta lo que hay en tu interior.

—¿En mi interior? ¿A quién puede interesarle que dentro tenga huesos y venas y esas cosas que hacen que mi cuerpo funcione?

Sin poder evitarlo, Mason dejó escapar unas risas. No sabía por qué estaba hablando con la niña y por qué se sentía tan a gusto al hacerlo, era como si todas sus preocupaciones hubieran desaparecido y solo disfrutara de ese momento de inocencia con ella.

—¿Cómo te llamas?

—Emma.

—Bien, Emma, ¿sabes lo que es estar contento, triste, reír, llorar, ser bueno o malo? —La niña asintió—. Eso se llama sentimientos. Son sensaciones que todo ser humano tiene en su interior y son tan importantes como respirar.

—¿Mi papá también los tiene?

—Estoy seguro de que sí.

Se hizo un silencio entre los dos. La niña parecía estar meditando lo que le había dicho Mason.

—Tú no eres como él.

—¿Cómo quién?

—Como mi papi.

—Todos somos distintos, Emma.

—¿Aunque sean igualitos?

Mason se tensó, no obstante, asintió.

—Cuando te vi, creí que eras él, por eso me quedé mirándote por un ratito. Pero enseguida me di cuenta que eras diferente. Mi papi me sonríe todo el tiempo, y tú no lo hiciste. Además, él tiene una cicatriz justo acá. —La niña levantó la mano y le tocó la sien—. Casi no se le nota porque ya está curada. Yo lo hice. Todos los días se la acaricio. Dice que soy su angelito y que siempre lo cuido.

—Emma, cielo…, ya… es hora de irnos. —La voz entrecortada de Hannah lo hizo levantar la vista hacia ella; su hermana estaba a unos pasos de ellos.

—Tía Hannah —exclamó, eufórica, la niña. Bajó del asiento y la asió de la mano.

Mason no pudo reaccionar, sentía que miles de emociones le recorrían el cuerpo, y ninguna era precisamente beneficiosa como para demostrarla frente a su hermana y la niña, por lo que se quedó lo más quieto que pudo mientras esperaba a que se fueran.

Hannah se acercó a él. La notó dudosa y temerosa, pero igual le

susurró:

—Ethan no vino solo, Mason, sino con Emma, su hija. La pequeña no tiene la culpa de lo que ocurrió entre ustedes, no le des la espalda, no se lo merece. Sé el daño que te hizo, pero creo que deberías darle a él también una oportunidad de redimirse. Al menos, tan solo escúchalo. —Y sin más, se fue.

Incapaz de lidiar con todas las emociones que amenazaban con estallar en su interior, se levantó del incómodo asiento y se apresuró a regresar a la camioneta. Una vez dentro, cerró los ojos y dejo caer la cabeza contra el respaldo mientras apoyaba las manos en el volante. Podía sentir como la sensación de opresión en el pecho se volvía asfixiante, y se concentró en intentar respirar hondo para convencer a su mente de que no se estaba ahogando, que lo que le ocurría a su cuerpo era una mera reacción de pánico al verse desbordado por todo lo que ocurría a su alrededor. Desesperado, manoteó el celular y, deslizando un dedo en la pantalla, se encontró observando la brillante sonrisa de Nat, la que tenía en su foto de perfil, la única a la que, por el momento, tenía acceso. Sintió cómo lentamente comenzaba a respirar con más facilidad, y, consciente de ello, murmuró:

—No tienes ni idea del efecto que produces en mí, Nat…

Sabía que debía de estar aterrado y, sin embargo, desde el primero momento sintió que ella era el único caos bienvenido en su vida. Se encontró anhelando poder verla y tenerla de nuevo en sus brazos.

El sonido del timbre del celular asociado con la casa de sus padres volvió a anudarle el estómago. Conociendo a Hannah, de seguro le habría contado todo a su madre, y Mirena Reaux no era la clase de mujer que simplemente ignoraba una situación como la que estaban viviendo, todo lo contrario, era de la clase de persona que

consideraba que el único curso de acción posible era tomar el toro por las astas.

Por unos segundos, dudó respecto a atenderla, pero sabía que, si la ignoraba, ella se tomaría un auto hasta su hogar y lo llevaría a la rastra, firmemente sujeto de la oreja, a enfrentarse a su hermano. Inhalo hondó varias veces y aceptó la llamada.

—Mason…

—¿Ethan?

—Supuse que solo atenderías si era mamá la que te lla…

No le dio tiempo a terminar la oración, cortó la comunicación al instante. Encendió la camioneta y, mientras conducía, los pensamientos se arremolinaron en su mente. ¡¿Por qué no podía su hermano simplemente dejarlo tranquilo?! ¡No quería verlo! ¡Menos aun quería hablarle! Ya bastante había tenido con su inesperado regreso y el descubrir que su familia se lo había ocultado. Emma solo resultó ser la gota que rebalsaba ese vaso. No sabía cómo lidiar con una sobrina que, por la edad, no podía nada más que ser hija de Amber.

Cuando se encontró frente a la cafetería de la noche anterior, el recuerdo de la desastrosa primera «no cita» le robó una sonrisa, y fue lo que lo impulsó a detener el vehículo y entrar al lugar.

Una hora después su buen humor se mantenía firme ante la respuesta de Nat, que no había hecho nada más que incrementar su curiosidad respecto a la joven. Porque en vez de responderle con un simple «sí», le había enviado una imagen de su pie enfundado en un soquete que no podía tener más lunares de colores chillones porque no había lugar. Él nunca se había interesado por la indumentaria femenina, pero en el caso de ella, estaba más que intrigado respecto a qué otras cosas escondería bajo su sencilla indumentaria. Sin mencionar su adorable lado *geek* que había descubierto cuando la

visitó en casa de sus padres y la vio usando la camiseta con el búho lector. ¿Qué otras cosas le gustarían?

—¡Mason!

Perdido en sus pensamientos, no la escuchó entrar hasta que lo nombró y la vio correr hacia él y lanzarse en sus brazos. Dada su obvia diferencia de tamaños, no le fue difícil atraparla antes de que ella le diese un topetazo que los hiciera terminar a ambos en el suelo. Riendo, flexionó los brazos y le robó un dulce beso para luego apoyarla con suavidad en el suelo.

—Pequeña loca… —susurró besándole la punta de la nariz antes de apartar la silla para que se sentase.

—Y a mucha honra —le respondió al instante Nat y le sacó la lengua. Su rostro debió dejar traicionar su sorpresa ante su actitud juguetona porque ella tuvo un ataque de risa, lo que hizo que no pudiera sacarse el abrigo durante varios minutos.

Cuando Mason vio el buzo que llevaba puesto, se quedó mirándola fijo hasta que ella comenzó a removerse inquieta y enseguida quiso cubrirse de nuevo. Él la detuvo y, aferrándole la mano, la instó a volver a pararse para poder ver mejor las imágenes.

—*Eijiunei canejou*… Pat-ou-ru-zu —pronunció con lentitud, y observó el dibujo: suponía que se trataba de un nativo americano, de gigantesca nariz, acompañado de un cabezón caballo marrón al que abrazaba. A su izquierda, otro nativo, alto y panzón, pero de aspecto aniñado, con un extraño vaquero y un chistoso bigotito. A la derecha, una mujer que fumaba una pipa y con cara de pocas pulgas; también, un gringo vestido en un traje y cuyo rostro dejaba en claro que era un atorrante—. Me recuerda a Alex —señaló—. ¿Quién es?

Sorprendida, fue lo último que esperó oír Nat salir de boca de Mason al verlo observar con tanto detenimiento a Isidoro Cañones.

Se había puesto el buzo, obsequio de su abuela, en un impulso. Suponía que sentía curiosidad por descubrir cuál sería la reacción de Mason al verla usando ropa de diario, y no los sugestivos conjuntos que siempre vestía durante los partidos. Hasta el momento, aún no había decidido si iba a ser otra desastrosa «no cita» o si, de hecho, finalmente iban a pasar tiempo juntos solo ellos dos, sin interferencias externas.

—Supongo que no hay de mi talle, ¿no? No sé si del resto de los personajes. Pero de él me gustaría —acotó, indicando con un gesto de la mano a Patoruzú. A pesar suyo, Nat se encontró obsequiándole una radiante sonrisa y dejando escapar todo un discurso en porteño antes de que él finalmente le cubriera la boca con dos dedos—. Me alegra saber que no soy el único que habla en otro idioma cuando se emociona, pero solo logré entender, y no sé si lo hice bien, que alguien de tu familia te lo puede enviar desde Argentina, ¿no?

—Lo siento… —murmuró, sonrojándose—. Sí, mi abuela siempre me los obsequia. Dice que es una manera de conocer mi cultura incluso sin vivir en el país.

—¿Tu país? ¿No naciste aquí?

—Sí, pero mis padres son de Argentina, porteños. Siempre se han esforzado por que conozca mis orígenes. Mi madre incluso, cuando éramos niñas, nos hacía tomar clases de baile…, tango y folclore.

—¿Clases de danza?

—Sí, ella fue miembro del cuerpo de ballet estable del Teatro Colon, hasta que se enamoró de mi padre y se vinieron a vivir aquí.

—Ella…, ¿lo dejó todo por él? ¿Así como si nada?

Ignoraba la razón, pero intuía que la respuesta a esa pregunta significaba mucho para Mason, especialmente por la manera en que su cuerpo parecía haberse tensado mientras acercaba las sillas.

—Se conocieron cuando ella estuvo estudiando un tiempo aquí,

para perfeccionarse. Se suponía que regresaría a Argentina, pero cuando a mi papá le surgió una oportunidad de trabajo y le pidió casamiento, ella no dudó —le respondió—. Mi mamá ama bailar, pero ama más a mi papá.

—¿Y nunca se arrepintió?

—No. Nunca. Dice que venir aquí le permitió «descubrir todo un mundo de posibilidades». —Haciendo el gesto de comillas en el aire, le sonrió—. Se incorporó a un nuevo cuerpo de baile que recién estaba comenzando, y con el tiempo fundó su propia academia de danza. Incluso, hoy en día, aunque no tanto como antes, sigue haciendo presentaciones para ocasiones especiales, sin mencionar que está muy involucrada con todo lo relacionado a incentivar a la juventud a relacionarse con las Artes.

—¿Y tu padre?

—Mi papá es…. una mezcla entre un científico loco, Sherlock Holmes y Atticus Finch. —Viendo de nuevo la expresión intrigada en su rostro, rio—. Él es un ingeniero. Puede descubrir la falla en un diseño tan solo con darle un vistazo al bosquejo, pero es incapaz de atarse la corbata, y eso que las ha usado todos los días en los últimos treinta años, y todo eso mientras revisaba si mi tarea estaba completa y en su mente ideaba alguna manera más efectiva de realizar tal o cual labor.

—Ellos… suenan increíbles.

—¡Lo son! Me siento privilegiada de que sean mis padres —le respondió con absoluta convicción—. ¿Y tu familia?

Al instante, la mirada de Mason se ensombreció y su sonrisa se apagó, haciéndola lamentar haberle preguntado al respecto.

—No tienes que contarme si no lo deseas…

—No, no es eso. Es solo que… Digamos que en estos momentos no estoy en muy buenos términos con ellos.

—Lo lamento muchísimo, Mason. Y yo hablando sin parar de los míos.

—No, Nat. Por favor. Amo la oportunidad de que me permitas conocerte…

Ambos notaron lo a la vez que había dicho porque Nat se sonrojó intensamente y los pómulos de Mason adoptaron una ligera tonalidad rosada.

—¡Mi pequeña Nat! —La estruendosa voz de Sal los interrumpió.

—¡Sal! ¿Cómo estás? ¿Y Leti?

—Todo bien como siempre. Está visitando a nuestra hija mayor y ayudándola a organizar la mudanza. —El amable hombre procedió a mostrarles fotografías de sus seis hijas e incontable cantidad de nietos.

Mientras tanto, Nat observaba a Mason, preocupada porque la interrupción le hubiese molestado, pero se dio cuenta de que su interés era genuino. Tocaron varios temas, e incluso conversaron sobre *hockey* y, luego, sobre Salem´s Lot. Se sorprendió al descubrir que él parecía saber mucho sobre finanzas, inversiones y demás. Eso era toda una faceta que desconocía por completo de Mason, y se alegraba de haberle dado una oportunidad cuando se había acercado a hablarle en la pista de hielo.

Nat se sintió feliz como nunca antes, sentía que él la miraba de reojo cada tanto, dándole a entender que no se olvidaba de su presencia.

—Muchacho, espero no incomodarte ni que creas que me acerqué a saludar con otras intenciones, pero dos de mis yernos son fanáticos de los Blackhawks y me preguntaba si sería posible…

—Por supuesto, Sal. Pero te propongo lo siguiente: siempre nos obsequian *merchandising* y, la verdad, tengo muchísimo en casa con el cual no sé qué hacer. Lo autografío y te lo traigo. Tú decide qué

hacer con todo ello —le ofreció al instante, siendo recompensado con una radiante sonrisa de Nat.

—Eso… Yo no puedo aceptar…

—Claro que puedes, Sal. Insisto. Nat adora este lugar y es obvio que los adora a tu esposa y a ti. Permíteme hacerlo por ella, ¿sí?

—Más te vale que no lo dejes escapar, princesa. Si no, creo que mi Leti podría robártelo —fue lo próximo que salió de boca del agradecido hombre, con lo cual Nat se sonrojó intensamente y luego rio, dándole un suave golpe en el brazo—. ¡Oh, lo siento! Le decía a Nati que más vale que se case contigo porque si no estoy seguro de que habrá una fila de ansiosas mujeres esperando a ocupar ese lugar.

Esta vez, el de la enorme sonrisa fue Mason, que no dudó en acercar a Nat hacia él y atraparla en el círculo de sus brazos mientras no desviaba sus ojos pardos de los chocolates de ella.

—¿Y tú qué opinas, Nat?

El sonrojo cobró aún mayor intensidad, extendiéndose hasta la punta de sus orejas, mientras se mordía el labio inferior, consciente de que era una completa locura estar hablando de compromisos cuando apenas era su primera verdadera cita y no hacía ni un mes que se conocían.

Mason se inclinó y la besó en la punta de la pecosa nariz, luego volvió a separarse. Disfrutaba de verla a los ojos y de su expresivo rostro. Moría por escuchar la respuesta que ella le daría, hasta que movimientos por el rabillo del ojo atrajeron su atención. Frunció el ceño mientras observaba a la pareja que acababa de detenerse junto al mostrador. Ignoraba que fue lo que le había hecho mirarlos, hasta que finalmente ambos se giraron. Entonces lo supo, y todo su cuerpo se puso en tensión.

—Nati, hermosa, ¿me harías el favor de alcanzar el pedido para la

escuela de danza? Dos de mis repartidores están enfermos y sé que te encanta visitar el estudio. Además de que me estarías salvando, odio fallarles. —Sal, habiendo percibido el brusco cambio de humor en el joven, de inmediato intervino para distraerlos.

—Claro, Sal. Si a Mason no le molesta…

—No. Por supuesto, faltaría más —respondió, aun tenso e intentando no ser demasiado obvio en el esfuerzo que estaba haciendo para controlar la ira que le burbujeaba en el interior.

Cuando el baúl del todoterreno estuvo cargado y Nat se acomodó el asiento del acompañante, Mason se subió al vehículo. Supo que había azotado la puerta con más fuerza de la necesaria porque vio como la joven se encogía ante semejante brusquedad. Consciente de que no podía conducir en tal estado, y menos que menos estando ella a su lado, maldijo por lo bajo mientras aferraba la parte superior del volante y, luego, cerrando los ojos, apoyaba la frente sobre las manos.

—¿Mason?

—No es contigo.

—¿Perdón?

—No estoy enojado contigo ni con Sal. Es algo… más.

—La pareja junto a la caja registradora, ¿no?

Sorprendido por la perspicacia de Nat, de inmediato giró la cabeza y la miró. Le sorprendió no ver enojo o fastidio en su mirada como resultado de otra cita arruinada, sino todo lo contrario: ella estaba genuinamente preocupada por él.

—Nat, te juro que no te estoy mintiendo ni ocultando nada. Es solo que… —Suspiró, soltó el volante y le aferró una mano. Enlazando los dedos, titubeó unos segundos antes de continuar—: Forma parte de una época difícil de mi vida. Todo lo que ocurrió fue… doloroso.

—Mason…

—No, Nat, por favor, necesito que me escuches. Hoy no puedo hablar de ello, pero te juro que te lo voy a contar, todo. Solo que no ahora. —Cerró los ojos en un intento por recuperar algo de control sobre sus emociones. La suave caricia sobre su pómulo derecho le hizo abrirlos y se encontró con el rostro de Nat apenas a un centímetro del suyo. Sus alientos dulces se mezclaban.

—No me voy a ninguna parte, Mason Reaux. Puedo ser increíblemente paciente cuando la situación o la persona lo ameritan. —Y luego lo besó, fue apenas un roce de sus labios, pero tuvo un efecto casi instantáneo en él.

—De nuevo… —le pidió, y se apoderó del beso, dominándolo, exigiéndole que le diera acceso a su boca.

Mason rogó que el beso le transmitiera todo lo que ella le hacía sentir, y así dejar atrás el recuerdo, en especial, la mujer a la que hacía tantos años no veía, la responsable de destrozarle no solo el corazón, sino casi por completo la vida.

Capítulo 11

Mason se percató tan solo al llegar de que el lugar al que Sal había hecho referencia era el mismo en el que había estado hacía escasas horas. Su día había mejorado con la compañía de Nat, pero lo amargo de los sucesos vividos aún seguía burbujeándole en el estómago. Detuvo el todoterreno junto a la acera y se giró para verla.

—Esta es la academia de tu madre, ¿cierto? De la que me hablaste. —Natasha lo miró extrañada y asintió—. Mi… —carraspeó, no estaba preparado para contarle en ese momento sobre su familia, pero hablarle de la pequeña Hannah era distinto— mi hermana estudia aquí desde los cinco años. —Natasha no pareció tan sorprendida como él, sin embargo, en su rostro vio cierto desconcierto, aunque también podía ser vergüenza, no sabía definirlo—. No comprendo, si tanto te gusta visitar el estudio y, siendo que tu madre es la dueña de la academia, ¿cómo es posible que no nos cruzáramos antes o que no sepas que Hannah es mi hermana?

—Bueno… —comenzó ella respondiendo—, mi madre solo viene los días que debe enseñar o para los ensayos generales cuando

tienen un evento. La burocracia no va con ella, así que eso se lo deja a su socia. Y la verdad es que no estoy al tanto de todos los alumnos que hay. Conozco a algunos, sí. Y a otros los oí nombrar, pero, si te soy sincera, de haberme cruzado con tu hermana, por más apellido que tengan en común, hasta no conocerte, jamás la hubiera asociado con el capitán de los Blackhawks —terminó de decir a la vez que se encogía de hombros.

—¿Ni un poquito? No seremos dos gotas de agua, pero tenemos cierto parecido. —Le sonrió burlón.

—Ni aunque fuera tu gemela lo haría. Suelo ser bastante despistada en general.

Nat se rio, en cambio, Mason se tensó. Qué estúpido había sido al hablar. No era un buen día para contarle sobre su familia y metía la pata haciendo referencia a la genética de los Reaux.

—¿Dije algo malo? —le preguntó Nat.

Mason había fruncido el ceño fruncido y tenía la mirada puesta en un punto detrás de ella.

—Será mejor que nos apresuremos a bajar el pedido de Sal antes de que vuelva a lloviznar —le dijo serio, girándose para salir de la camioneta.

Nat no entendió bien su cambio de actitud, pero intuía que todo tenía que ver con su familia y esa pareja que había visto en el bar. Meneó la cabeza y le restó importancia al asunto, aunque esperaba que Mason no tardase mucho en contarle eso que parecía quebrarle el alma. Bajó y se dirigió a la parte trasera del vehículo, cogió una de las cajas y, en silencio y seguida por Mason, avanzó hasta la entrada de la academia. Caroline, la socia de su madre, estaba de espalda y frente a la recepción. Se giró inmediatamente en cuanto la sintió. Nat no sabía cómo hacía, pero, desde que la conocía, siempre pensó que tenía un radar interno, ya que no se le escapaba nada.

—Nati, preciosa, ¿cómo estás? —la saludó tan efusivamente como solía ser.

—Hola, Carol —respondió—. Traigo el pedido que le hiciste a Sal, me pidió el favor porque algunos repartidores están enfermos, y justo yo pasé por el bar.

—Estupendo. Ya me parecía raro que se demorara.

De repente, la mujer se quedó con la vista fija en la puerta, y Nat apenas giró la cabeza para darse cuenta de que Mason había dejado una de las cajas sobre el banco a su derecha y de que regresaba con la última.

—¿Mason *Wolf* Reaux? —pronunció Caroline asombrada—. ¡No lo puedo creer! Hace años que no te veía, muchacho. Bueno, personalmente, que algún que otro juego lo sigo por televisión, como el último. —La miró de refilón, le guiñó un ojo y rio.

Nat sintió que sus mejillas se coloreaban y que la vergüenza la rodeaba, intuía que era una de las pocas personas en todo Canadá a las que no les interesaba el *hockey* sobre hielo, pero más lo hizo por los gestos de la socia de su madre. Se removió incómoda en el lugar.

Por su parte, Mason visualizaba en su mente un agujero negro que pudiera tragarlo y hacerlo desaparecer de allí. Claro que recordaba a Caroline Chambers y su siempre animado y efusivo carácter. Él rondaba los quince años cuando Mirena Reaux había anunciado a la familia que estaba embarazada una vez más. Jamás olvidaría la cara de su padre: había pasado de la incredulidad al asombro para terminar con una inmensa sonrisa en sus labios que demostraba la felicidad que aquello le había producido. Desde un principio, Richard había dejado muy en claro que no se iba a conformar con uno o dos retoños, que él quería una familia numerosa. Había padecido el ser hijo único y no deseaba eso para su descendencia. Después del cuarto parto, creyeron que la *fábrica*

estaba cerrada porque, aunque lo intentaron, Mirena no volvió a quedar. Y la sorpresa tras casi diez años había llegado con la pequeña Hannah, la mimada de la familia. Desde niña, sus dotes artísticas se manifestaron en la danza, y Richard y Mirena no dudaron a la hora de inscribirla en una academia. En contadas ocasiones, Mason había sido el encargado de llevarla o ir a buscarla cuando sus padres no podían hacerlo. Si bien refunfuñaba, era tan solo de mentira, porque adoraba tanto a la niña que no le importaba hacerlo. Y Caroline Chambers no se quedaba atrás en cuanto lo veía aparecer. Por ese entonces, él recién comenzaba a estar en la liga, sin embargo, sus destrezas sobre el hielo habían captado enseguida la atención de todo aficionado al deporte. Y esa mujer no era la excepción; en más de una oportunidad lo había retenido y le había hablado de lo fanática que eran ella y su familia.

—Aún recuerdo las tardes en que te detuve para charlar de los juegos. —Se rio, y los rizos dorados que escapaban de su coleta le rozaron las mejillas.

Nat la observó. Sin lugar a dudas, la socia de su madre era todo un personaje. Con su estatura medio alta, un cuerpo curvilíneo y delgado, y unos ojos expresivos y chispeantes en un celeste cristalino, había logrado captar la atención de muchos hombres. Y aún seguía haciéndolo. Soltera por gusto, no se dejaba atar por ninguno, aunque eso no le había impedido cumplir el sueño de casi todas las mujeres: ser madre. Caroline tenía un hijo de veintitrés, su orgullo, que se encontraba en Estados Unidos terminando los estudios de abogacía.

—Debo ser la única a la que no le interesa el *hockey* sobre hielo. —Las palabras salieron de su boca sin pretenderlo, e, inevitablemente, sintió que sus mejillas se teñían de carmesí.

—No te aflijas, cariño. Si te sirve de consuelo, a Gregory tampoco

le gusta. «Lo mío son las leyes» —dijo de forma graciosa—, eso es lo que siempre me respondía cuando le pedía ver un partido juntos. Prefería estar con los libros de abogacía que con su madre. —Negó con la cabeza, pero sin perder la sonrisa en sus labios, y suspiró melancólica—. Gracias por traer el pedido. ¿Quieren pasar y tomar algo? —les ofreció.

—Ya es tarde para mí —se disculpó Nat mirando a Mason—. Debo regresar a casa. Quedé con Aly en que solo estaría fuera por un rato.

—Bien, pero espero verlos otro día.

—Prometido —le aseguró, la besó en la mejilla y le dio la espalda para salir.

Mason hizo lo mismo y la siguió. Una vez que estuvieron los dos dentro del vehículo, él se giró para verla.

—Nat… —la nombró. Se moría por llevarla a su casa y que pasara la noche con él, pero temía sugerirlo. Sí, él, el hombre que solía obtener lo que quería con solo mover un dedo, estaba nervioso frente a la mujer que le robaba el sueño desde hacía un tiempo. Se pasó la mano por el pelo y dejó escapar un suspiro frustrado.

—¿Mason? —Nat dobló una pierna sobre el asiento y pasó la otra por encima a la vez que se ponía frente a él. Le acarició la mejilla con ternura—. ¿Qué sucede? —Nat podía notar la tensión en él. Se acercó más y le rozó apenas los labios. Al instante, se vio atrapada, ya que él la pegó a su cuerpo e intensificó el beso haciéndola sentir que todo a su alrededor desaparecía y que solo eran ellos dos en medio de esas sensaciones que iban incrementándose a medida que pasaban los segundos.

—Ven conmigo esta noche, caperucita —le susurró—. Te necesito.

—Mason, yo…

—Por favor —le suplicó.

Nat apoyó frente contra frente y cerró los ojos. Irse con él sería dar un paso que no estaba segura todavía de dar. Pensó en la única relación seria que había tenido; Jackson fue uno de sus compañeros en la universidad. Con él había vivido momentos buenos y malos, y ambos se querían. Y con él había sido también su primera vez, nunca lo olvidaría: Jackson la había tratado con ternura, cubriéndola de caricias que despertaron en su cuerpo la pasión, susurrándole bellas palabras al oído, mimándola, haciéndola sentir la mujer más feliz en la faz de la tierra. Y si bien lo fue estando a su lado, con el pasar del tiempo, los dos notaron que algo les faltaba, por lo que habían decidido separar sus caminos. Tres años estuvieron juntos. Seguían en contacto, solo como amigos, y así fue que supo que Jackson había rehecho su vida con otra chica. Enterarse no la había afectado, todo lo contrario, estaba contenta, y eso la había hecho pensar en por qué ella no podía hacer lo mismo. Mason la hacía tener esas sensaciones difíciles de explicar cuando lo tenía cerca, como si miles de mariposas revolotearan por todo su cuerpo haciéndole caricias. ¿Cuántas veces le había dicho Aly que se dejara llevar, que no pensara tanto y que solo actuara según lo que el corazón le dictaba?

—Nati… —volvió él a llamarla.

Nat abrió los ojos y se perdió en la mirada que Mason le brindaba. Pudo ver la súplica, el deseo y aquello que jamás creyó que podría encontrar en ellos: amor. Eso la desarmó por completo y solo pudo hacer una cosa como única respuesta: asentir y besarlo otra vez, pues las palabras se habían borrado de su mente y no se dignaban siquiera a expresar un simple «sí».

Nunca un recorrido se les hizo tan largo. Cada manzana que dejaban atrás parecía estirarse como el chicle, y los semáforos se habían confabulado en su contra cambiando al rojo en el momento

en que estaban por pasar. La espera se les hacía eterna y ambos lo expresaban a su manera. Nat, tras enviarle un mensaje a Aly, se sentía como en su primera vez, nerviosa y ansiosa por lo que iba a suceder, miraba por la ventanilla y trataba de distraerse con las gotas que habían empezado a caer y que se pegaban al cristal. Por su parte, Mason aferraba con fuerza el volante mientras intentaba calmar su desbocado corazón. Había estado con muchas mujeres, pero Nat era tan distinta a todas ellas que se sentía como el adolescente que había dejado de ser hacía mucho tiempo, como si su cuerpo fuera inexperto y sintiera una revolución en su interior que desbarataba aún más sus hormonas. Sonrió triunfal cuando divisó la casa que compartía con Alex. En ese momento recordó la actitud que venía teniendo su amigo y se amonestó a sí mismo por no haber hablado aún con él. Estacionó y bajó del todoterreno. La llovizna que caía se le pegaba al abrigo, por lo que apuró el paso, asió a Nat de la cintura y la cobijó con su calor mientras se dirigían hasta la puerta de entrada.

—Espero que esté tan ordenada como la dejé —dijo medio en broma, medio en serio a la vez que introducía la llave y abría.

Nat apenas sonrió y se dejó guiar. Ante sus ojos apareció una amplia estancia; un juego de sillones la presidía junto a una enorme televisión de plasma con su respectivo equipo de audio. Sobre la mesa baja había un par de revistas dispersas y un frutero al que solo le quedaba una manzana. Una biblioteca de roble se arrinconaba contra una de las blancas paredes, mientras que en las otras solo destacaban algunas imágenes enmarcadas del equipo completo de los Blackhawks. Hacia el fondo, una escalera llevaba a la primera planta, donde pudo divisar tres puertas laqueadas; no quiso pensar cuál sería la de Mason, por lo que apartó la vista. Observó, entonces, al hombre que la tenía en ese estado de excitación y

nerviosismo, él se desenvolvía con total soltura. Como el dueño y señor que era de la casa, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero cerca de la puerta. Después, se acercó hasta el desayunador que separaba la cocina de la sala de estar. Por lo visto, Nat dedujo que el lugar era muy masculino y dispuesto solo para diversión, ya que la presencia de una mesa de pool donde tendría que estar una de comedor así se lo indicaba. Algo tímida, se sentó en uno de los taburetes y metió las manos en el bolsillo del buzo que llevaba.

—Es un lindo hogar —dijo para romper el silencio que se había instaurado entre ambos y que le estaba resultando algo incómodo. Él se dio la vuelta y la miró con una sonrisa ladina.

—La verdad es que no podría llamarlo hogar. Paso más horas fuera que dentro.

—Duermes aquí, ¿no? —Enseguida se arrepintió de sus palabras, y él se carcajeó al ver su sonrojo—. No debí decir eso. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Me gusta que seas espontánea, creo que es eso lo que más me atrae de ti, que eres natural y dices lo que piensas.

Nat sintió que el color de su piel se volvía más rojo a cada momento. Se mordió el labio inferior y curvó apenas los labios en una media sonrisa.

—Bueno, no siempre cae bien el ser tan directo, pero supongo que también se debe, en parte, a la formación que tengo. Como diría mi abuela: «gajes del oficio».

Mason la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Eh… Bueno… Trabajo para Phoenix Ediciones desde hace un par de años y no soy de las que precisamente se callan. Reconozco que a mi jefe no le suele gustar mucho, pero sabe que lo he salvado en más de una ocasión con mis sugerencias.

—Espera un segundo. —Mason dejó lo que estaba haciendo y la miró fijo. Reconocía ese nombre, la editorial contaba con una revista en la que más de una vez se hablaba de los equipos de *hockey* sobre hielo, así como también de todo cotilleo al respecto. Cayó en la cuenta de lo ocurrido hacía unos días cuando ella había estado en un entrenamiento. El entrenador le había dicho algo sobre que le debía un favor a un tal Percy—. ¿No fue casualidad que estuvieras el otro día en la práctica?

Pese a la mirada que él le dedicaba, Nat negó con la cabeza y habló sin saber los pensamientos que bullían en la mente de Mason.

—Es obvio que mi editor en jefe es tan fan como tantos del juego, así que no es de extrañar que me haya pedido que haga una nota.

—Volví a ser un imbécil —soltó Mason a la vez que golpeaba el puño contra la mesa—. ¡Soy un idiota!

Natasha se sobresaltó y lo observó extrañada.

—¿Mason?

—Tendría que haberlo supuesto. ¡Maldición! —vociferó.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —le preguntó. Estaba confundida, no sabía por qué, de repente, él se había enojado de esa forma.

—Me embaucaste, *periodista* —expresó con el ceño fruncido y avanzando hasta la escalera—. Pero ya no más. Ya conoces dónde está la puerta, solo no olvides cerrar al salir. —Subió de dos en dos los escalones y desapareció de su vista, dando un portazo después de entrar en su habitación.

Nat estaba realmente sorprendida por lo dicho y la actitud de Mason. No sabía si reír o llorar. Pero antes de poder pensar en ello, escuchó ruido en la entrada y vio a Alex acceder a la casa. Este la miró de arriba abajo, como si fuera un objeto que le desagradara. «Lo que me faltaba», pensó.

—Espero que no hagan demasiado ruido —le dijo al pasar y con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Cómo el que seguro que tú haces con cada descerebrada a la que logras meter en tu cama? —rebatió.

—*Mmm*… tal vez, pero te recuerdo que tu prima es una de ellas, y te puedo asegurar que es todo menos silenciosa.

—Típico —se burló y lo detuvo con la mano en alto antes de que pudiera decirle algo más—. Para que sepas, tus conquistas me tienen sin cuidado. Y lamento informarte que te vas a quedar con las ganas de escucharnos, pues no sé si el cabezota de tu amigo recibió tantos golpes que se volvió tonto o es que practica cada día para mejorar. Como sea, si te viene bien, puedes decirle que Natasha Randizzi puede no tener pelos en la lengua, pero sabe cuándo callar. —Sin más, se dio media vuelta y salió.

Mientras se alejaba por el camino, intentó convencerse a sí misma de que se alegraba de que cual fuera el problema de Mason hubiese aparecido antes de involucrarse aún más con él, sin embargo, eso solo retrasó sus lágrimas unos instantes porque, para cuando llegó al camino principal, apenas si podía distinguir algo en el paisaje frente a ella. Solo necesitaba llegar a casa sin cruzarse con ningún conocido, lo último que necesitaba era que su estado actual llegase a oídos de sus padres. Eso sí que terminaría por arruinarle el día. No porque no los amase y les agradeciera que se preocuparan por ella, sino porque solo quería estar sola.

Se detuvo e inhaló hondo varias veces mientras se limpiaba las mejillas con las mangas del abrigo. Necesitaba calmarse. Al menos sabía que no se cruzaría con Mason por el resto de la semana, dado que los partidos siguientes eran en otras ciudades y, luego de lo ocurrido, no había manera de que nada ni nadie lograra convencerla de que asistiera a ellos.

El sonido del celular la apartó de sus pensamientos y, sin revisar la pantalla, atendió.

—Hola, hermosa. ¿Ocupada?

—Gustav —dijo en un susurro apenas reconoció la voz, y agradeció en silencio su tan afortunado llamado.

—¿Nat? ¿Qué ocurre? —Al no obtener respuesta, continuó—: Dime dónde estás, tengo una pala y una bolsa en la camioneta si el asunto requiere que las usemos.

Natasha sonrió a su pesar. Gustav había empezado a ser un amigo que la salvaba en momentos como ese.

Minutos después, y sin que ella lograra comprender cómo Gustav había llegado tan rápido, se encontró sentada junto a él, agradecida por el calor del vehículo. Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos al narrarle lo sucedido, especialmente porque no lograba descubrir que fue lo que había desatado semejante reacción por parte de Mason para herirla de esa manera. Gustav la abrazó mientras ella hablaba y se desahogaba.

—No sé qué decirte, Nat. Él parecía estar loco por ti… —murmuro el chico, tan confundido como ella al respecto.

—Solo… llévame a casa, ¿sí? —murmuró contra su pecho.

—Claro, hermosa. Tienes suerte de que Aly esté muy ocupada hoy y todavía siga en la oficina —le informó, dándole a entender que así podría estar tranquila en el departamento.

Nat estaba profundamente agradecida, porque lo único que deseaba hacer era meterse en su cama y no salir por una semana mientras consumía un suministro interminable de té y galletitas caseras.

Capítulo 12

El último partido fuera de casa y Mason no podía esperar a que llegase para regresar a su casa. Pese a que su desempeño había sido destacado, su entrenador no dejaba de comentar cómo su corazón simplemente no parecía estar en el hielo. Y no tenía ni idea de lo acertado que estaba.

Hacía ya una semana de esa horrible tarde con Nat y no había podido dejar de pensar en ella. Principalmente porque su conciencia no dejaba de amonestarlo. Porque sin importar cuantas excusas pusiera, y consciente de que él había sido quien la alejó, al final del día, cuando estaba solo en la habitación del hotel, sin distracciones que lo ayudasen a mantener su recuerdo a raya, la realidad era que la extrañaba. O lo que era peor: Natasha estaba resultando hacerle tanta falta como si alguien le hubiese arrancado una parte de su alma.

Pese a todo, la sensación de traición aún calaba hondo en su interior. Ella jamás le había dicho que era periodista.

«Tú tampoco le preguntaste, zopenco», le recordó su mente siempre dispuesta a abogar a favor de Nat en esas circunstancias.

—Cállate… ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Preguntarle si todo lo

que demostraba sentir por mí era mentira? Ya puedo verlo… «A propósito, Nat, me encanta sentir que en cualquier momento toda nuestra intimidad va a quedar plasmada en las páginas centrales de tu revista chimentera»… —se burló de sí mismo y de la supuesta relación que tendría con Nat.

Él no quería eso. Ya había sufrido una traición y no quería caer en otra, aunque, visto lo visto, parecía que así era. Meneó la cabeza al tiempo que se pasaba las manos por el pelo. Tenía tal confusión que ya no sabía qué pensar. Suspiró.

El golpe en la puerta lo sobresaltó.

—Wolf, no te vamos a esperar todo el día. —La voz de uno de sus compañeros de equipo amortiguada por la madera lo sorprendió. Siempre era Alex quien lo buscaba y empujaba a lograr sus objetivos, sin embargo, cuanto más se ampliaba la brecha entre ambos, más parecía fortalecerse su amistad con varios de los otros jugadores.

«¿Wyatt?», se preguntó. Miró el reloj sobre la mesa de noche y saltó de la cama.

—Nat, Nat, Nat. ¿Qué me haces? —exclamó a la vez que metía un par de prendas en el bolso deportivo y, mientras se iba acomodando el abrigo, abrió la puerta.

—Amigo, creí que ya no venías.

—Lo siento —respondió simplemente. Se adelantó a Wyatt y no esperó al ascensor, sino que tomó la escalera y bajó los cinco pisos al trote. Su compañero lo siguió.

—Hey, Wolf, espera. ¿De qué huyes? Estás raro, amigo.

Mason se detuvo en uno de los descansos y se dejó caer en el último escalón.

—¿Sabías que es periodista?

Wyatt se colocó a su lado y lo miró sin comprender.

—Nat. Trabaja para la revista *Ice Rush*, la que siempre está haciendo reportajes amarillistas sobre nosotros. ¿Quién me dice que no está *encubierta* para sonsacarme información y hacer *el gran reportaje al capitán de los Blackhawks, intimidades incluidas*?

—¿Tú crees? —Wyatt estaba sorprendido. Apenas conocía a Natasha, por lo que no podía decir mucho, sin embargo, salió en su defensa—. Quizá no sea de la clase que anda pregonando cuanto chisme escucha.

—No sé qué pensar, Wyatt. En este momento, una de sus notas tiene que ver con los juegos, con las Pack Bunnies más precisamente. ¿Por qué crees que se reúne tanto con ellas? ¿Por qué va a tantos partidos si es obvio que no sabe absolutamente nada de ellos?

—Creí que iba por ti.

—También yo —dijo con pesar.

—Mira, Wolf, si tanto te preocupa, lo mejor será que hables con ella —le aconsejó—. Si de verdad quiere sacarte información y publicarla, estás en tu derecho de negarte a que lo haga. Enfréntala, amigo.

Mason sintió la mano de su colega sobre el hombro; con un leve apretón, él le decía que podía contar con su ayuda.

—Gracias. Lo haré. —Se puso de pie y ambos terminaron de bajar el tramo de escaleras que le quedaban hasta llegar a la recepción del hotel, donde ya estaba el resto del equipo aguardándolos.

***

—Chicas, no saben cuánto les agradezco que se presten para esta entrevista.

—No es exactamente un sacrificio, Nat. Además, confiamos en ti.

Sabemos que no nos vas a hacer quedar mal —le aseguró Carly, guiñándole un ojo mientras le robaba un nuevo trozo de cruasán.

Sacudió la cabeza, divertida, y continuo haciéndoles diversas preguntas. Decir que se había sorprendido cuando descubrió que todas eran graduadas universitarias era quedarse corta. Y no de carreras menores, sino que frente a ella se encontraban una psicopedagoga, una terapeuta física, una asistente social y, finalmente, y no por eso menos importante, una especialista en ciencias forenses. Todas profesiones que implicaban el servicio en pos de ayudar al prójimo, y no dudó en preguntarles al respecto, decidida a poner todo eso en el artículo. Sin embargo, no pudo evitar pensar si acaso los jugadores tendrían alguna idea de quiénes se escondían tras las jóvenes que vitoreaban por ellos. Estaba segura de que ninguno las conocía realmente, y eso la entristeció, por lo que cambió de tema.

—Fuera de los BlackHawks, todas deben tener algún jugador que les fascina, y no lo nieguen porque sé que es así… ¿Quién?

—¡Nat! ¡Eso no vale!

—¡Vamos, amigas! Tómenlo como el «pecadillo prohibido» de cada una.

—Ok…. Pero juro que si alguien viene a preguntarme, me apego a la quinta —masculló Trisha mirando a su alrededor, como si estuviese a punto de confesar un homicidio.

—No seas dramática. —Carly era la más jocosa de las cuatro y había sido la primera en responder todas sus preguntas sin ninguna clase de duda o titubeo—.Veamos… Si pudiera pasar una noche con algún jugador… —Se llevó el dedo índice al mentón mientras fruncía la boca, obvia señal de que estaba meditando lo que iba a decir.

—¡¿Y ella qué pinta acá?! —chistó inesperadamente Zora, lo que hizo que todas se giraran en sus asientos y focalizaran la atención en

la mujer que acababa de ingresar al estadio.

—¡¿Quién?! —Nat ignoraba de quién hablaban, pero no dudó en observar a la recién llegada con curiosidad.

Era bellísima en verdad, le recordaba a las modelos de los catálogos de Victoria's Secret: piernas eternas, curvas en los lugares precisos. Y eso sin olvidar la abundante cabellera rubia y los impactantes ojos verde esmeralda. Todo eso enfundado en el último grito de la moda: *jeans* azul oscuro, con un par de botas de gamuza, una bellísima campera de corderoy corta y un gorro, que Nat sospechaba era de piel auténtica. Toda de blanco, bien podía acabar de salir de una producción para ropa de invierno.

En ese momento, la vio girarse y, apenas sus miradas se cruzaron, Nat estuvo segura de que la única razón por la cual no cayó fulminada en aquel instante fue porque las miradas no mataban, porque de ser así… habría terminado veinte metros bajo tierra.

—Oh, oh…, parece que ya se enteró…

—Y que lo digas…

—Pues su pérdida es la ganancia de Nat.

—No tengo ni idea de que están hablando. Es la primera vez en mi vida que la veo —declaró confundida.

—¿Estás segura, Nat? ¿No viste ni siquiera una fotografía de ella en alguna parte? —inquirió Trisha, lo que de inmediato focalizó la atención de todas en ella.

—Como la casa de Mason, por ejemplo… —comentó como al pasar Zora, observándola expectante.

—Si me están diciendo que ella es una ex de Alex Dupreé y todo este lio tiene que ver con Lali, les aviso que no podría importarme menos. No va a ser ni la primera ni la última vez que me… —Lentamente dejó de hablar al verlas intercambiar miradas un tanto alarmadas—. No hablan de Alex, ¿no?

Ver iguales expresiones de dudas en su rostro estaba logrando que se le aceleraran los latidos de manera alarmante. Hacía una semana que no sabía nada de Mason, y aunque sé había convencido a sí misma de que eso era lo mejor para todos, jamás podría estar con alguien que no respetase su trabajo; en el fondo de su ser, con cada día que pasaba, un trozo más de su corazón se volvía añicos.

—Ella es la ex de Mason, Nat.

—¿Lo seguirá siendo? —preguntó en voz alta Trisha, señalándola con un gesto de cabeza. La susodicha se había quitado la chaqueta para dejar ver con claridad que estaba usando un escotado suéter de los BlackHawks que llevaba el número siete pintado sobre el lado izquierdo.

—¡Trisha!

—¡Lo siento, Nat! Yo y mi bocota, te juro que no quise…

—Está bien. No te preocupes —susurró en un intento por tranquilizarla y tranquilizarse a sí misma.

—Si quieres, podemos averiguar por qué regreso.

—¿De dónde? —No quería saber nada sobre la tal Amber, pero a la vez, y consiente de que Mason jugaba su último partido lejos aquella noche y que de seguro ya regresaría al día siguiente a Vancouver, una parte de ella ansiaba no quedarse con ninguna duda.

—Se marchó hace unos años atrás. Nadie supo muy bien lo que ocurrió. Un instante era la prometida de Mason, se iban a casar, y al siguiente, ¡puf!, desapareció, se marchó a Seattle y no se volvió a saber de ella.

—¿Y Mason?

—Quedó destrozado. Circularon muchos rumores. Lo único que sabemos que es verdad es que casi arruina su carrera en la NHL por ella. Aparecía prácticamente todas las noches en las revistas de chimentos, y te aseguro que ninguna dudó en crucificarlo.

Circulaban rumores de lo más escabrosos…

Mientras el malestar la invadía, Nat no tuvo ninguna duda de que la mujer a unas pocas mesas de distancia, por lo visto, había sido el gran amor de Mason. Lo que empeoro la situación fue finalmente reconocer que las cosas con él jamás se iban a enmendar; luego de lo que acababan de contarle, comprendió su profundo odio hacia la revista para la que trabajaba, pero también que él nunca volvería a confiar en ella porque siempre estaría pendiente de que lo traicionara.

Apoyándose una mano en el corazón, se levantó, y se apresuró a guardar sus pertenencias sin animarse a mirar a ninguna de sus amigas. Solo rogaba lograr mantener lo suficiente la compostura como para llegar a su departamento, luego se tomaría varios días de licencia, alegando que le debían vacaciones y que, además, estaba enferma.

«Sí…, de un corazón roto…», la secundó su conciencia.

Se despidió con un rápido gesto de la mano y huyó de la cafetería antes de que cualquiera de las chicas siquiera pudiera ofrecerse a acompañarla. Quería estar sola. Necesitaba estar sola.

Su último pensamiento antes de quedarse dormida fue bloquear el número de Mason. Quisiera o no, ya era momento de dejar de ilusionarse con algo que era obvio que no iba a ocurrir.

Capítulo 13

Después de la charla con Wyatt, la idea de llamar a Natasha le rondaba. Sin embargo, aún tenía dudas. Sí, desconfiaba, pero era lógico que lo hiciera, ya una vez lo habían lastimado, mucho, y no quería volver a sentir aquel vacío que le había dejado la traición de Amber y… su gemelo. Cuando creyó que ese hueco comenzaba a disiparse con la llegada de Nat, ¡zaz!, estaba otra vez en un abismo sin fin. Lo intentaba, pero le costaba confiar de nuevo. Antes del juego, con el celular en la mano, buscó su número, pero no se atrevió a deslizar el dedo por la pantalla para iniciar una conversación; ni siquiera a enviarle un escueto mensaje. El grito del entrenador lo sacó de la incertidumbre que tenía, por lo que revoleó el aparato dentro del casillero, agarró el casco y el palo de *hockey*, y salió a dar lo mejor de sí en el último partido que juagaría en Alberta, antes de regresar a Vancouver.

No fue halagador ver en las tribunas a varios jugadores de otros equipos, entre ellos, a Dante *Razor* Guillard. «Nat, Nat, Nat —volvió a repetir para sí—, ¿por qué todo me lleva a ti?, ¿por qué no puedo sacarte de mi cabeza?».

—¡Wolf! Aquí —lo llamó uno de sus compañeros.

Mason tuvo que hacer su mayor esfuerzo para poder concentrarse o acabarían perdiendo. Tomó aire, despejó su mente y jugó como si ese partido significara la final de la copa Stanley. Terminaron ganando por dos tantos, y todos festejaron la victoria. No obstante, Mason no la disfrutó como solía hacerlo. En cuanto pudo deshacerse de algunos reporteros, una obligación que no podía eludir, se escabulló a los vestuarios. Tiró el casco y el palo por cualquier lado, y apoyó las manos en lo alto de su casillero a la vez que dejaba caer la cabeza hacia abajo. Una vez más, Nat ocupaba su mente por completo.

—¡Maldición! —se quejó y golpeó la puerta del compartimiento con el puño.

—Lo que menos pensé escucharte decir tras una victoria, Wolf.

Mason se giró sorprendido al escuchar esas palabras, más aún cuando el interlocutor no era otro que Dante *Razor* Guillard.

—¿Qué quieres? —escupió. No estaba de humor como para charlar con nadie, mucho menos con el hombre que le quería robar lo que era suyo. «¿Mío?». Meneó la cabeza para apartar ese pensamiento.

—Hablar —respondió Dante con total naturalidad.

—¿Hablar? —Casi se rio, la calma de su contrincante rayaba lo ilógico—. ¿Quieres a la periodista?

—¿A quién? —le preguntó confundido.

—Natasha.

—¿Es periodista? —Dante se pasó la mano por la nuca en un gesto de total confusión—. Creí que era correctora para una editorial.

Mason abrió la boca y la volvió a cerrar. Interiormente, sintió su propio puño abofetearlo en la cara. Cuando creyó que Nat estaba haciendo una nota sobre él, le había dado la espalda y no la dejó

que se explicara. ¿Podía ser más idiota? «Definitivamente, sí».

—¿Te sorprende?

—Bueno, sí. Yo… Da igual. —Le restó importancia al asunto—. ¿A qué has venido, Razor?

—A hablarte, justamente, de Natasha. No vine a pelear, Wolf. —Levantó las manos en señal de rendición cuando notó la tensión en Mason—. Aunque me duela reconocerlo, tan solo soy un amigo para ella. No tienes que preocuparte por mí, no voy a entrometerme entre ustedes, sería inútil hacerlo cuando ya te entregó el corazón.

—¿Cómo? —El asombro se dibujó en su rostro. ¿Nat lo quería?

—Aprecio mucho a Nati y no me gusta verla mal. Me dejó en claro que solo soy su amigo, y lo acepto. La conozco desde que éramos niños y sé cuándo sufre. Y lo está haciendo, Wolf, y no me cabe la menor duda de que tú eres la razón.

Mason intentó responderle, pero su cabeza todavía estaba procesando las palabras que Dante había dicho.

—No es necesario que me respondas —lo detuvo cuando creyó que iba decir algo—. No sé qué habrá pasado entre ustedes, por lo que, te advierto, será mejor que lo soluciones, o te las verás conmigo. Si hay algo que detesto, es ver a triste Natasha. —Sin más, se dio media vuelta y lo dejó solo.

Inmediatamente, Mason buscó el teléfono y marcó el número de Nat. «Ahora no puedo atenderte, estoy corrigiendo. Deja tu mensaje y, cuando pueda, te devuelvo la llamada». Escuchar su dulce voz le acarició el corazón, pero el pitido que le indicaba que tras este lo enfureció. Lo intento una vez más, dos, tres, cinco. A la décima, revoleó el aparato. O Nat se rehusaba a atenderlo o realmente estaba ocupada. El jolgorio de sus compañeros al entrar al vestuario lo sintió como un murmullo en su mente revolucionada, y antes de que nadie pudiera decirle algo, se metió en la ducha.

Revisó el celular al salir, con la esperanza de ver algún mensaje, pero la pantalla estaba igual que como la había dejado. Maldijo en francés. A su pesar, asistió a la fiesta ineludible tras la victoria, pero solo se quedó el tiempo suficiente y, en cuanto pudo, regresó a su habitación. Una vez más, la llamó, y la misma respuesta de antes fue la que recibió.

—Nat, por favor —suplicó.

La había juzgado mal y sabía que se merecía una disculpa… No, ella se merecía que él le suplicase perdón de rodillas. Resignado, lo único que pudo hacer fue dejarle un mensaje hablado, cosa que odiaba. ¡Malditos mensajes de voz!

***

—¿Nat? ¿Nati? Despierta, dormilona….

—Si estás tan alegre a esta hora de la mañana, Aly, definitivamente no pudo haber ocurrido nada bueno —murmuró aún escondida debajo del acolchado.

Su amiga era de la clase de persona que, si no consumía cinco tazas de café seguidas para las siete de la mañana, era capaz de desatar el infierno en la tierra, incluso haciendo temblar a los socios de su firma de abogados. No en vano por los pasillos la habían bautizado también como «la mujer dragón».

—Pues digamos que descargué mi furia en alguien que lo merecía, así que ya empecé mi día maravillosamente bien —se apresuró a responderle, para luego arrebatarle el edredón que la cubría mientras a la vez le entregaba su caro celular—. Es para ti. Parece que de nuevo perdiste tu celular, amiga.

Confundida, observó el aparato y recordó que, al llegar el día anterior, no había puesto a cargar el suyo, por lo que de seguro

estaba en alguna parte de la habitación, apagado.

—¿Hola?

—¡Nat!

Se sorprendió tanto de oír la voz de Mason que soltó el aparato, y luego retrocedió hasta chocar con la cabecera de la cama, como si su amiga le hubiese entregado una víbora ponzoñosa en vez de un celular. Aly la miró extrañada, se lo volvió a acercar y lo puso en altavoz.

—¿Nat? Por favor, solo escúchame… Por favor… —Aun cuando oyó un suspiro cargado de pesar del otro lado de la línea, ella aún seguía siendo incapaz de pronunciar alguna palabra. Estaba segura de que estaba haciendo una excelente personificación de un venado encandilado por los faros de un auto en aquellos momentos—. Estoy llegando a casa. Te pido… No, te suplico que me escuches… Si después de eso no esás convencida, te prometo no volver a molestarte. Ok. No. Estoy mintiendo. Te prometo mantenerme alejado…

—Mason… —sonó más como una súplica susurrada que un verdadero intento por hablarle.

—¿Nat?

—*Mmmmm*… —A esa altura, Aly le estaba haciendo gestos de lo más alevosos, que iban por las líneas de «¡¿Qué diablos te ocurre?!». En las últimas semanas, Alyssa había estado más ocupada que nunca con diversos casos, entonces no había podido hablar respecto a lo ocurrido la última vez que se vieron con Mason.

—Por favor, Nat… Solo una hora, ¿sí? Pasado mañana jugamos de nuevo y me gustaría que…

—No, Mason. Lo siento mucho, pero no —le costó negarle lo que era obvio que iba a pedirle, pero simplemente no podía pretender que nada había ocurrido en su casa.

El silencio en la línea esa vez se volvió abrumador, y Nat aprovechó para quitar el altavoz y, luego de acomodarse mejor sobre la cama, acercar el aparato a su oreja.

—¿Puedo volver a llamarte?

—Me lastimaste…

—Lo sé, Nat, y no me va a alcanzar la vida para suplicarte perdón. —Se lo oía culpable, y ella no era rencorosa, por lo que era consciente de que necesitaban una charla frente a frente para aclarar el tema; ya no quería más misterios ni situaciones confusas.

—Podemos vernos después del partido. Aún tengo que terminar las entrevistas con las Bunnies.

—Wyatt me contó que ellas han sido increíbles contigo estos días.

—Ellas son siempre increíbles, Mason, pero tus amigos solos las ven como cuerpos calientes con los cuales divertirse… Apuesto que ni siquiera saben que todas ellas tienen títulos universitarios.

—Eso es… impresionante. —Su comentario había sonado genuino y logró robarle una sonrisa que rápidamente desapareció cuando escuchó de fondo la voz de Alex que gritó algo que sonaba como «¿ya te conseguiste una zorra nueva?».

—Nat…, tengo que ir a matar a mi mejor amigo, pero después quisiera… ¿Puedo aunque sea *mensajearte*?

—¿Esa palabra existe? —Esa vez, la risa escapó en medio de su pregunta, pero fue interrumpida por su propio teléfono, que había puesto Aly a cargar y lo había encendido minutos después, antes de dejarla sola, con la voz de Cindy Lauper y su *Girls just want to have fun*. Eso solo podía indicar que las Bunnies ya habían despertado y estaban decididas a levantarle el ánimo fuera como fuera.

—¿El deber llama?

—Sí, y si no les respondo estoy bastante segura de que conocen a las personas indicadas como para enviar a un equipo SWAT para

aquí —le aseguró, no del todo bromeando.

—Ok. Ahora sí estoy impresionado.

Esta vez, permitió que la risa escapara y, luego de despedirse con rapidez, abrió el mensaje de Whatsapp que aparecía en el grupo que había armado con ellas.

Nat… tienes que ver esto.

Instantes después comenzaron a cargarse unas diez imágenes, capturas de pantalla, aunque Nat ignoraba de qué hasta que no se mostraron con claridad.

No supimos nada antes, amiga.

¡Perdón! ☹

No sé de qué me están hablando, chicas.

De Alex Dupreé… Lee y verás.

Cinco minutos después, Nat estaba segura de que iba a estallarle la cabeza. No podía creer las cosas que él había estado dando a entender de su prima. Para colmo, los mensajes en Twitter no podían ser más obvios en su contenido, pero redactados de manera tal que si alguien osaba acusarlo de algo, Alex se aseguraba de quedar libre de cargo y culpa.

«Hay muchas zorras en el hielo…, pero siempre hay una principal».

«No juegues a un juego que jamás ganarás».

A ese último se sumaba una imagen que Nat sabía que era de la cadera izquierda de su prima, donde tenía un tatuaje de una mariposa turquesa, en honor de haber sobrevivido a un intento de suicidio.

—Lo mato. En cuanto lo vea, lo mato. —Estaba tan furiosa que poco le faltó para vestirse y salir corriendo hacia la casa de Mason y golpear a Alex Dupreé.

Lali no se merecía eso.

Sabía que su prima poseía una personalidad difícil y que, en el último tiempo, parecía haber empeorado, pero ella la amaba. Era parte de su familia, y se rehusaba a permitir que un imbécil como Dupreé la hiciera caer de nuevo en una espiral depresiva. Era consciente de que armar una escena con testigos no ayudaría en nada. Quisiera o no, esa era una de esas situaciones en las cuales su padre le aconsejaba que lo mejor era idear un plan acción cuyo único resultado posible fuese el éxito. Porque, de lo contrario, no sabía qué haría con el cuerpo de Alex Dupreé; el frío ya había congelado el suelo, lo que volvía imposible el poder cavar un hoyo, menos que menos una tumba. Con esos pensamientos homicidas en mente, supo que el partido que se llevaría a cabo en dos días era la oportunidad ideal para poner fin a la campaña de destrucción hacia Lali.

De nuevo dirigió la atención hacia el grupo de WhatsApp.

Chicas, necesito su ayuda…

Sabía que le había dicho a Mason que no iría, pero nada dijo de estar presente en el estadio para el final del partido. Ese era el momento en el cual los jugadores estrellas estaban más ocupados, lo que le aseguraba que Mason estaría dando entrevistas mientras ella se encargaba de Alex.

Capítulo 14

—¡Vamos! ¡Ve! —siseó Trisha, haciéndole gestos con la mano de que se apurase.

Nat observó con rapidez en dirección al guardia de seguridad que, enceguecido por Zora, no estaba prestando atención a la entrada privada, y, apenas entreabriendo la puerta, se escabulló por ahí luego de hacerle un breve gesto de despedida a sus amigas. Miró hacia ambos lados del pasillo y se encaminó hacia donde hallaría lo que buscaba. Aunque lamentaba la derrota del equipo, eso le permitió poder meterse en el área privada exclusiva para los jugadores.

Rogó no cruzarse con nadie, y la suerte pareció estar de su lado cuando, al abrir la primera puerta, se encontró cara a cara con el mismísimo Alexander Dupreé tonteando con el celular.

—¡Tú! ¿¡Cuál es tu problema?! ¡¿Cómo pudiste?! —lo increpó, acortando la distancia entre ellos—. Se supone que Lali es tu novia, Alexander. TU NOVIA. Pero en vez de tratarla como se merece, dejas que se esparzan rumores horribles sobre ella. Rumores que sé que tú has iniciado. Aclara las cosas o te juro que lo lamentarás.

—Por favor, Natasha, Lali sabía muy bien en lo que se estaba

metiendo cuando…

—¡No! ¡NO! —Esa vez le gritó y le clavó un dedo en el pecho, tomándolo por sorpresa, porque retrocedió un paso y trastabilló con un puf que había junto a una pequeña mesa ratona con el símbolo de los Blackhawks grabado en el centro—. Esta es la primera vez que Lali realmente demuestra interés por una relación seria, y tú te comportas como un perfecto imbécil enredándote con otras mujerzuelas, mientras ella…

—¿Ella qué, Natasha? Porque te aseguro que tu adorada primita es fría como un tempano de hielo, si no, no habría aprovechado la primera oportunidad que tuvo, luego de haber pasado la noche en mi cama, para lanzarse sobre mi amigo. ¿Tu… novio acaso?

Estaba tan furiosa con Alex que tardó unos instantes en procesar lo que acababa de decirle, pero cuando este colocó frente a ella su celular, no pudo negar la obvia evidencia. Ahí mismo, y a todo color, podía ver a su prima Lali y a Mason envueltos en un apasionado beso. Un set de unas seis imágenes así lo dejaban más que en claro.

Sintiéndose repentinamente enferma, inhaló hondo varias veces.

—¿Por qué me muestras esto?

—Para que veas que tu adorada primita no tiene el mismo sentido de lealtad que tú —le respondió con sarcasmo el hombre, con una sonrisa de satisfacción bailando en sus labios.

—Puede ser, Alex, pero yo no soy así de voluble, y lo que dije sigue en pie. Continúa hablando así de ella y me voy a asegurar de que todos tus adorados fans sepan cómo eres realmente.

—No lo harías.

—¿Ah, no? ¿Tan seguro estás? ¿Qué te hace creer que mi prima y yo no somos más parecidas de lo que todos creen? —imitando su tono de voz, supo el momento exacto en el que él cayó en la cuenta de que sí estaba entre sus posibilidades el dificultarle la vida si así lo

deseaba: la ventaja que le daba trabajar en una revista farandulera.

Satisfecha con eso, se dio media vuelta y abandonó el cuarto dando un sonoro portazo a sus espaldas. Se alejó pasillo abajo con toda la calma posible, lo último que quería era romper a llorar delante de los fanáticos que aun pululaban por el estadio, ansiosos por «ver» a sus jugadores favoritos.

Para cuando llegó a donde estaban las chicas, se alegró de verlas, pues obviamente la habían estado esperando porque enseguida la miraron y se apresuraron a su lado, envolviéndola en un abrazo grupal, sin siquiera saber lo que había ocurrido, pero ofreciéndoles su silencioso apoyo.

—Los Timberwolves hoy salen a festejar su victoria, ¿te unes?

Por unos instantes consideró negarse, pero la idea de que Lali la invitara a irse con ella, no le agradaba en lo absoluto; tampoco regresar a su casa y quedarse sola, ya sabía que Aly iba a estar trabajando hasta tarde con un caso complicado. El sonido del celular le recordó la principal razón de su malestar cuando la música de ACDC, *Back in Black*, comenzó a sonar, indicándole que Mason la estaba llamando. Ignorándolo y poniendo en vibración el aparato a la vez, respondió:

—Okey, aunque debería cambiarme… —Y bajó la vista hacia su conjunto: *jogging* gastados y un buzo negro enorme no eran atuendo para salir.

—¡No te preocupes por eso, amiga! Siempre llevamos ropa extra con nosotras. Esta noche, seremos tus hadas madrinas.

Esbozando una falsa sonrisa, se dejó guiar hacia el *toilette* de mujeres, de donde emergieron media hora después. Aunque ella insistía que la pollera de *jean* era muy corta, sus nuevas amigas le aseguraron que le quedaba perfecta. Junto con una camiseta roja de hombros caídos y el largo cabello suelto, estaba irreconocible. Una

de ellas le había esfumado los ojos con sombra negra y pintado los labios de un rojo intenso, que, aunque en un primer momento creyó que quedaría exagerado, al verse en el espejo tuvo que admitir que le daba un aspecto de *femme fatal* capaz de lograr que cualquier hombre cayera a sus pies. No que ella fuera a acostarse con alguien esa noche, pero no heriría su ego recibir algunos cumplidos de la platea masculina.

Con eso en mente, le envió un mensaje de texto a Aly, avisándole que iba a salir con el grupo de jóvenes. Bien podía aprovechar el momento para hacer la nota *Una noche como Puck Bunny*, obviando, por supuesto, los detalles censurables. La realidad era que en la última semana se habían portado de manera increíble con ella, y no se merecían ser vilipendiadas en ninguno de los artículos que las involucrasen.

Cuando el celular le vibró con una llamada de Mason por quinta vez, consideró silenciarlo, pero decidió que no por si surgía alguna emergencia con su familia, lo cual sabía que era poco probable, pero era mejor no tentar al diablo. Aún le costaba creer lo visto, pero no había manera de que lo que le había mostrado Alex haya sido Photoshop, especialmente no cuando él ni siquiera sabía que iba a discutir con ella y le servían más como material para obtener cosas de algunos de ellos dos que de ella.

Perdida en sus pensamientos, no notó que habían abandonado el estadio hasta que el frío la envolvió, en especial las piernas, recordándole que aun el clima no estaba para andar semidesnuda. Pero ya era tarde para cambiar de idea, el grupo de jugadores que debían ser los Timberwolves las esperaban junto a dos enormes camionetas. Se alegró de viajar junto a Zora y Carly, con quienes se había vuelto más cercana en los últimos días. Ellas no dejaron de conversar en todo el trayecto hasta el club nocturno, brindándole

información sobre cada jugador y aconsejándole no darle pie a ninguno porque eran conocidos por tener una reputación de celebrar de manera «salvaje». Conscientes de que ella no quería acostarse con ninguno de ellos, obviamente estaban intentando ahorrarle problemas.

Nat no se sorprendió cuando los vehículos se desviaron hacia lo que parecía la parte trasera del lugar, para luego ingresar por una cochera subterránea, la manera en la cual el establecimiento se aseguraba de que sus clientes más importantes no fueran atosigados ni por fans ni por paparazis.

—¿Listas para celebrar, chicas? —bromearon los jugadores, ayudándolas a bajar y guiándolas con rapidez al interior del lugar.

Apenas se acercaron a las otras jóvenes, Nat notó cómo intercambiaban rápidas miradas entre ellas y escondían sus celulares. Entrecerrando los ojos, las miró fijo hasta que finalmente una de ellas estiró la mano en su dirección luego de desbloquearlo.

En la pantalla se veía una publicación de Twitter con Amber en primer plano vistiendo la camiseta con el número siete, y a Mason en el fondo, en las duchas, completamente desnudo, algo fácilmente distinguible pese al vapor.

—¿Hay más?

—Nat…

—¡¿Hay más?! —exigió saber, ignorando el ligero temblor de sus manos mientras sujetaban el aparato.

Trisha se acercó e, ingresando al perfil de Amber, le mostró las otras imágenes. Era un paso a paso de cómo la susodicha había ingresado al vestuario sin que nadie la detuviera, para luego quedar en ropa interior y colocarse la camiseta de Mason mientras esperaba que él saliera de la ducha. La última toma era de él, girándose en su dirección, con una suave sonrisa en los labios. Eso fue lo que

terminó de hundir el puñal en el corazón de Natasha. Inhalando hondo, se rehusó a llorar; esa noche era para divertirse con sus nuevas amigas… Y para olvidar.

Devolviendo el aparato, aceptó cuando uno de los jugadores le ofreció una cerveza mientras la invitaba a la pista de baile. Ella lo siguió, se rehusaba a unirse a las legiones de «Corazones Rotos» de Mason Reaux. Además, considerando como él se vanagloriaba de ser el temible «lobo feroz», sabía que había sido ingenuo de su parte suponer que solo porque parecía estar interesado en ella cambiaría su conducta.

El celular vibró en su cadera y, al revisarlo, se encontró con una respuesta de Aly, que le deseaba que se divirtiera, y con algunos de Lali, que ni miró. Sin embargo, no esperaba ver veinte llamadas perdidas de Mason, así como una increíble cantidad de mensajes de textos, que se apresuró a borrar. No estaba interesada en nada que ninguno de los dos tuviera para decirle.

Con eso en mente, no dudó en compartir varios tragos tanto con las chicas como con los jugadores. Pese a no beber seguido, solía tener buena tolerancia al alcohol, así que no se preocupó por terminar completamente borracha. Esa noche se olvidaría de todo y se divertiría al máximo.

***

Mason consideró seriamente estrellar el teléfono contra la pared, enfurecido como estaba por la desaparición de Nat sin decirle nada. Cuando uno de sus compañeros le había avisado que la habían visto en el estadio, le costó no abandonar el partido en el medio tiempo para ir por ella. Pero había controlado el impulso suponiendo que estaba intentando sorprenderlo.

Pero, finalmente, al salir a buscarla y descubrir por uno de los de seguridad que la había visto marcharse con el grupo de Puck Bunnies y quienes sospechaban eran jugadores de un equipo contrario, estaba que estallaba de furia. ¿Acaso Natasha se había arrepentido de darle unos minutos para que le pidiera perdón? Apretó el puño. No era lo que le molestaba, sino que ni siquiera hubiese considerado anunciarle el cambio de planes. No, prefirió dejarlo plantado, sin darle ninguna explicación, y lo que era peor: rehusándose a responderle los mensajes y llamadas.

Furioso como se encontraba, pese a la insistencia de sus compañeros, se marchó a su casa. Cuando media hora más tarde aparecieron Wyatt junto a dos de sus compañeros con pizza y cervezas, los dejó entrar. Era obvio que todos sabían quién era la responsable de su estado, aunque no mencionaron a Nat en ningún momento.

Finalmente a la madrugada, el teléfono interrumpió la conversación que mantenían.

—¿Sí?

—Mason…

La voz de Nat sonaba ahogada por el la música de fondo. Frunciendo el ceño, vio a Wyatt apagar el televisor y hacerles gestos a los otros dos para que se callaran.

—¿Nat?

—¿Sabes? Realmente me gustabas… Y tus besos… Cuando me besas, quiero arrancarte la ropa…

Mason apretó los dientes, algo no estaba bien porque Nat jamás mencionaría algo como eso por teléfono, y menos que menos en persona, al menos no sin sonrojarse hasta la raíz del cabello.

—Nat, ¿dónde estás?

—No te importa, es mi vida, soy una nena grande y hago lo que

se me da la gana.

—Por favor, Nat, déjame ir a buscarte.

—Claro, ¿cómo me fuiste a buscar esa noche a casa de mis padres? No, gracias, yo no comparto…

—Natasha.

—Mason… —lloriqueó.

—¡Natasha! —Odiaba oírla en ese estado y no poder ir a buscarla —. Dime ya mismo donde estás, Nat, por favor —le suplicó, importándole poco que sus amigos lo escucharan.

—*Nop*… *Nop*, *nop*, *nop*…

Notar el obvio estado de ebriedad en el que se hallaba hizo que el corazón se le acelerase enloquecido.

—¿Sabes? —continuó ella—. Quería que fueses tú… No sé. Por alguna estúpida razón, realmente creí que eras el indicado…, pero como por lo visto no soy lo suficientemente valiosa, qué mejor momento para mandar todo al carajo que esta noche. Según Lali, no hay nada mejor que una buena borrachera para ahogar las penas… Eso y un hombre apuesto como Trevor…. Adiós, Mason.

—¡Nat! —rugió por el auricular mientras se paraba. El sonido de la línea al cortarse fue suficiente para que perdiera el control y tumbara la mesa ratona de un movimiento.

—¿Dónde está? —inquirió Mikhail.

Su mejor amigo Sasha, igual de preocupado, murmuró algo en ruso.

—Maldita sea, ¡no lo sé! Pero está borracha y con un tal Trevor… —La idea de otro hombre tocara lo que le pertenecía le robó un nuevo arranque de violencia que acabó con una de sus inmaculadas paredes blancas redecorada con tres agujeros cortesía de su puño.

—¿Trevor Sanders? ¿De los Timberwolves? —la pregunta de Wyatt lo tomó desprevenido. Lo miró fijo durante varios segundos, el chico

deslizaba los dedos por la pantalla de su celular hasta que casi se lo pegó a su rostro para que Mason pudiera observar una foto de varios miembros del equipo, con Nat abrazando al jugador—. Vamos —dijo lanzándole la chaqueta en su dirección.

Para cuando Mason abandonó la casa, sus compañeros de equipo estaban subidos en dos camionetas listos para partir.

—Tú te vuelves con ella aquí y los muchachos me llevan a casa o me tiran por el camino —bromeó Wyatt en un intento por aligerar el ambiente, y, aunque Mason sentía que el corazón se le había hundido en el vientre, le ofreció una media sonrisa, agradecido por contar con el apoyo de ellos.

Al cabo de unos instantes de dar vueltas sin saber bien hacia dónde dirigirse, Wyatt detuvo el vehículo a un costado y atendió el teléfono.

—¿Estás seguro? Ok. —La camioneta aceleró nuevamente—. Sasha logró comunicarse con Carly, una de las Puck Bunnies, y sonsacarle dónde se hallaban.

—¡¿Dónde mierda esta mi Nat?! —gruñó, aferrando con tanta fuerza la manija de la puerta que era una milagro que no hubiese cedido bajo la presión de su agarre.

—Extasis —murmuró Wyatt luego de unos segundos. Su usualmente afable rostro estaba crispado de preocupación, no solo por el estado de alteración de Mason, sino también por lo que encontrarían al llegar. El lugar era conocido por organizar fiestas salvajes llenas de alcohol y drogas, y, aunque él mismo siempre había sido cuidadoso de no involucrarse en esos festejos, si lo había vivido por medio de su hermana menor y su naturaleza descontrolada. Saber que en ese momento la mujer que tenía el corazón de su amigo en la palma de la mano se hallaba ahí le generaba malestar físico.

Quince minutos más tarde, los faros de la camioneta iluminaron una de la misma marca, pero de diferente color, detenida en el que Wyatt sabía era el estacionamiento subterráneo. Las puertas abiertas permitieron ver unos pequeños pies que sobresalían del asiento trasero. El jugador nunca descubrió cómo Mason supo que se trataba de Nat, pero apenas si había desacelerado para estacionar que su amigo saltó del vehículo para acercarse al grupo que regresaba hacia la camioneta.

Los insultos no tardaron en escucharse y poco faltó para que se fueran a los puños cuando Mikhail y Sasha se interpusieron y advirtieron a los Timberwolves sobre la identidad de la chica en cuestión. Para colmo que Natasha apenas respondiese cuando Mason la cargó afuera del vehículo no ayudó a calmar los ánimos, especialmente cuando todo indicaba que había ingerido algo más que alcohol.

—¿Nat? ¿Me escuchas?

—¿Mason? —fue lo único que logró pronunciar antes de doblarse sobre sí misma y devolver todo el contenido de su estómago.

—¡Maldita sea! —Maldiciendo, le apartó el cabello hasta que estuvo seguro de que Nat había terminado, y volvió a recogerla en sus brazos.

—Oye, hermano, nosotros no fuimos…

—Entonces ¿porque se los ve tan preocupados? —intervino Wyatt al notar la mirada asesina de Mason, la misma que aparecía en su rostro justo antes de estrellar a un adversario contra el plexiglás durante un partido.

—Llévatela, Mason. Nosotros nos ocupamos —masculló Sasha en su fuerte acento ruso mirando con el ceño fruncido a la joven que debía ser Carly y que en esos momentos estaba muy distraída besando a uno de los jugadores.

Ya más tranquilo y con ella acurrucada a su lado, Mason apartó una mano del volante y la apoyó sobre la piel expuesta de la pantorrilla mientras luchaba consigo mismo debido a todas las ideas que se le cruzaban por la mente ante la razón de tan escueta indumentaria.

Incapaz de dejar de pensar en ello, tan pronto entraron a la casa, la cargó hasta el dormitorio, donde la desvistió a medias. No había manera de que la dejara dormirse con las ropas manchadas de vómito, y la cubrió con su camiseta favorita, aquella que había recibido cuando lo reclutaron para jugar en la NHL. Considerando que ni siquiera había permitido que Amber la usase, definitivamente sus sentimientos hacia Nat no habían cambiado en lo más mínimo.

Asegurándose de que había cerrado la puerta de entrada con llave, se apresuró a volver junto a Nat, preocupado por lo que había ocurrido a la salida del bar.

«Es solo una excusa para poder quedarte con ella», le susurró su conciencia.

—Maldita sea que sí —masculló mientras la cubría con las sábanas y se acostaba junto a su lado. La atrajo contra su cuerpo. En vez de quejarse, Nat se acurrucó contra él y, luego de murmurar palabras sin sentido, o al menos para él, que dominaba el castellano básico, volvió a quedar profundamente dormida.

***

Nat gimió tan pronto se giró hacia la izquierda. Tenía vagos recuerdos de lo ocurrido la noche anterior, y eso sumado al dolor de cabeza le hacían desear esconderse bajo las sábanas y no salir por el resto de la semana. Jamás podría volver a echarle en cara a Lali lo inapropiado de su conducta.

Un sonido amortiguado logró hacerle abrir los ojos, y no tardó en enfocar una botella de agua junto a dos analgésicos sobre la mesa de luz. Agradecida, se apresuró a beberlos. Con algo de suerte volvería a dormirse y podría soñar con cómo Mason aparecía a rescatarla cual caballero en brillante armadura.

«Sí, ¿cómo no? Debe estar muy ocupado revolcándose con mi prima o con… Amber». Con ese pensamiento, se giró de costado y abrazó con fuerza la almohada. No tenía mucho sentido llorar por la leche derramada; aun así, lo descubierto le dolía y las lágrimas no tardaron en salir hasta que finalmente el cansancio la venció y se durmió otra vez.

Cuando volvió a despertar, Nat suspiró contenta al darse cuenta de que el dolor de cabeza al menos había desaparecido. Ignorando si eso era normal tras una borrachera o si iba a regresarle de un momento a otro, optó por apartar las sábanas y levantarse. Entró al baño, donde encontró ropa limpia, doblada y perfumada sobre un banco blanco. Sonrió, al menos sus amigas no la habían dejado sola, pues suponía estar en la casa de alguna de ellas.

Sin ser consciente de la remera que llevaba puesta, se la quitó por instinto y se metió bajo la ducha. El agua la terminó de recomponer. Se vistió al terminar y regresó a la habitación. Sentada sobre la cama y con el celular en la mano, al que, afortunadamente, aún le quedaba un 35 % de batería, borró los mensajes que Lali le había mandado y le avisó a Aly dónde se hallaba. No fue hasta que miró los otros que tenía sin leer que se dio cuenta de que eran del grupo de las Puck Bunnies.

Frunciendo el ceño, lo abrió.

¿Ya despertaste, Nat?

¿Estás bien?

No quedamos preocupadas, por
favor, responde cuando despiertes.

Mason nos pidió no molestarte,
pero…

«¿Mason? ¡¿Mason?!». Exigiéndole a su mente que no entrara en pánico, abandonó la habitación, descalza. Si estaba en la casa de él, entonces lo tenía que encontrar por alguna parte. Luego de bajar un segundo tramo de escaleras, el ruido de voces la guio hacia un pasillo iluminado.

Lo primero que vio fueron las anchas espaldas desnudas del hombre. Considerando que afuera aún estaba fresco para andar tan ligero de ropa, notó que la casa estaba agradablemente cálida. Incómoda, dio dos pasos en su dirección para llamarlo, y entonces lo vio girar el cuerpo ligeramente, y el recuerdo de las imágenes que había visto la noche anterior la golpeó con fuerza. Amber, en toda su belleza, de pie junto a él, la acariciaba con lentitud el pecho desnudo.

Retrocedió con tanta rapidez que no vio el bolso junto a sus pies y tropezó. Cayó sentada al suelo.

—¿Nat? ¿Estás bien? —Su miraba irradiaba preocupación mientras se acuclillaba frente a ella, luego de haber acortado la distancia que los separaba en pocas largas zancadas, pero con todo lo ocurrido sabía que era pura actuación. Apartando su mano estirada de un manotazo, huyó escaleras arriba y se encerró en la habitación.

—¿Nat? Abre la puerta, por favor, no es lo que crees…

—¡No quiero escucharte, Mason Reaux! —gritó mientras se colocaba las botas, agarraba la mochila de mano que no estaba segura como había llegado ahí y se la colgaba.

—Nat, por favor…

—¡Estoy pensando! —exclamó, lo que le ganó un suspiro masculino seguido de silencio.

Y eso era precisamente lo que necesitaba para descubrir cómo escapar de la habitación sin ser descubierta. Acercándose a la ventana, vio una pérgola a muy poca distancia. Aunque ignoraba si iba a aguantar su peso, decidió probar suerte y escabullirse por ahí.

—Nat, juro que si no me dejas entrar…

—¿Qué harás? ¿Soplarás, soplarás y la puerta derribarás? —se mofó ya descolgándose de la ventana y estirando la mano para aferrarse de la parte más alta de la estructura. Eso no le impidió escuchar un gruñido masculino seguido de nuevos aporreos en la puerta—. Dios, si me ayudas a bajar de aquí sin romperme todos los huesos del cuerpo, te prometo no quejarme de la próxima asignación que me den en la revista… incluso si es algo increíblemente estúpido, ridículo o aburrido —susurró y elevo brevemente los ojos hacia el cielo para luego bajar la mirada y focalizarse en su tarea.

La madera crujió bajo su peso y se tambaleó ligeramente, pero soportó mientras ella descendía. No obstante, no había contado con las partes de la madera podridas por la falta de cuidados y, estando a un metro del suelo, una de ellas se desprendió bajo su pie y Nat aterrizó de traste sobre el césped.

—Nunca en mi vida pensé estar agradecida por tener buena amortiguación —murmuró masajeándose el dolorido trasero, pero decidida a continuar con su huida, pese a los raspones que no tardaron en comenzar a arderle, con tanta rapidez como los tacos se lo permitían.

Del otro lado de la puerta, Mason luchaba consigo mismo para ser paciente y no derribar la puerta de una patada.

—Déjala ir, cariño, es solo una cría. Lo que tú necesitas… —La palabras irritantes y maliciosas de Amber lograron hacerle saltar el último trazo de control que tenía desde su inesperada visita. El ruido de la puerta estrellándose contra la pared acalló el resto de la frase.

—Es a Natasha a quien necesito, Amber. —Clavó su mirada iridiscente en la mujer a su lado, sintiendo solo un profundo desprecio por ella, para luego acercarse a la ventana abierta y ver la menuda figura de Nat alejándose en dirección al camino principal—. Dime exactamente a qué has venido escupió con la cólera bulléndole en el interior.

—Por favor, como si no lo supieras.

—Te juro que si algo le ocurre de nuevo *mi* chica —enfatizó—, tú vas a ser la única responsable y me voy a asegurar que te arrepientas.

—No te atreverías.

—¿Tan segura estás, *preciosa*? —Mencionó la última palabra con tanto veneno y con una expresión tal de rabia en su rostro que Amber retrocedió con rapidez. La chica intentó balbucear algo, pero Mason no se lo permitió.

Ignorándola por completo, el capitán corrió hacia la puerta principal y subió a su camioneta, aliviado de no haberla guardado en el garaje en su apuro por cuidar de Nat; con algo de suerte, la alcanzaría antes de que llegara a la calle principal, donde le sería fácil perderla.

Segundos después, vio su menuda figura andar por el costado del camino. No había tardado mucho en alcanzarla, pero apenas se había acercado, Nat tercamente lo ignoró y apresuró su marcha. Al notar que él no se iba a alejar, la vio cruzarse la mochila y dirigir la mirada hacia el tránsito.

«¡Ella no está haciendo dedo, maldita sea!». Se rehusaba a

aceptar lo que sus ojos veían.

Cada vez que un auto se detenía, sentía que el corazón se le congelaba en el pecho. Era consciente de que no podía atarla y amordazarla para subirla a su vehículo, porque solo iba a lograr que lo arrestaran por intento de secuestro. Cuando un viejo Beetle pintado de manera estrafalaria, lo que incluía una enorme flor fucsia con centro amarillo en el techo, que hacía juego con varias pequeñas de color violeta con centro verde en diferentes partes del capo, se detuvo junto a ella, creyó morir. Para su suerte, al descubrir que era conducido por una muchacha un poco más joven que Nat, suspiró uin tanto aliviado, lo que no implicaba que no fuera a seguirla para asegurarse de que llegaba sana y salva a donde fuera que se dirigiera.

Asegurándose de mantener una distancia prudencial, acompañó de lejos el trayecto del pequeño automóvil hasta que se detuvo frente a un edificio a unas pocas cuadras del café en el que habían tenido su primera «no cita». Al menos suponía que ahí era donde vivía; no le sería difícil sonsacarle al portero el número exacto del departamento de Nat, incluso si eso implicaba firmar algunos autógrafos y fotografiarse. Quizá, finalmente, pudiera cortejarla como ella se merecía, aunque, primero, iba a tener que lograr que ella volviera a hablarle.

«Te tiene agarrado de las pelotas y ni siquiera lo sabes», canturreó su irritante voz interna recordándole lo que había ocurrido la última vez que permitió que alguien se acercara tanto.

—Ella no es así. Dios, no podría ser más diferente a las mujeres con las que he estado. —Consiente de estar hablando en voz alta consigo mismo, dejó caer la frente sobre el volante. Necesitaba solucionar las cosas y cuanto antes. Con eso en mente, llamó a uno de sus contactos.

—Necesito un favor… —Sabía que estaba jugando sucio al pedirle a Wyatt que le sonsacara información sobre Nat al viejo Sal, pero estaba desesperado.

Capítulo 15

—Nat, cariño, mamá enloqueció en la cocina y preparó todos nuestros platos favoritos. Sobra decir que espero que no hayas comido nada desde ayer por la mañana. ¡Nos vemos, princesa! ¡Te amo! Ah, sí… Esto es una sorpresa, y me pidió que no te lo diga, pero preparó knuchi… kukuchi…. ¡knedelchki! ¡La receta de su amiga eslovena Jana! Y sé que esto no va a ayudar a que vengas, no creas que no he notado que las cosas entre tú y Lali están tensas, pero también la invitó ella y a la tía Fabiana.

—Francisco, ¡deja de hablarle a la contestadora, cariño! Lo que sea que quieras decirle a Nat puedes hacerlo cuando llegue.

—Ehmm… Sí, claro… Bueno, nos vemos a la una, prince…

—¡Amor! Necesito tu ayuda, no alcanzo la lata de conser…

—¡Voy, amor! ¡Hay strudel de manzana para el postre, Nat!

Nat rio ante la conversación que sus padres accidentalmente habían dejado grabada en el buzón de voz. Aunque no era inusual que lo hicieran, siempre le robaban una sonrisa, sin importar qué tan decaída estuviera. El amor que sentía el uno por el otro, a pesar de llevar casi treinta años juntos, le fascinaba. De pequeña, solía imaginar a su padre como el gallardo príncipe azul defendiendo a la

princesa, su madre, de cualquiera amenaza. Ya de adulta, supo lo afortunados que eran por haberse encontrado, y deseó hallar un amor como el suyo. Amar a alguien de manera tan incondicional que incluso, cuando se enojaban, se preocupaban el uno por el otro.

Aun así, después de la huida de casa de Mason, con el trasero todavía doliéndole por el golpe, no bien había atravesado la puerta de su departamento, agradeció, primero, que Alyssa no se encontrara allí, porque no estaba de humor para lidiar con el de ella, cualquiera que fuese. Y lo que segundo que hizo fue quitarse de inmediato la ropa que había llevado puesta, ya que la idea de continuar usando un conjunto que probablemente le había pertenecido a Amber le produjo rechazo desde el mismo instante en que pensó que así podría ser.

Se terminó de peinar y se observó en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación. Aunque las ojeras se vislumbraban debajo de sus ojos, el vestido largo y abrigado en tono turquesa que se había puesto sobre unas calzas negras la hacían ver radiante. Se calzó las botas forradas de corderito en el interior y abandonó el hogar unos minutos después.

Mientras conducía hasta la casa de sus padres, no podía dejar de pensar en que su padre tenía un radar para detectar a la distancia si algo no andaba bien dentro de la familia. Tampoco, que, pese a ello, la tensión se le aflojaba. Volver a su hogar de la infancia tenía ese efecto en ella. Sabía que ese era su lugar en el mundo, en el cual siempre estaría segura. Lo ocurrido la noche siguiente a conocerlo a Mason solo lo confirmaba.

—No… Tiene que ser una broma —murmuró al divisar dos vehículos en la entrada de la casa. Uno era el de su tía, pero el otro… No tenía que ser demasiado inteligente para saber a quién correspondía: no había jugador de *hockey* que no se vanagloriara de

su todoterreno. Y sin lugar a duda, la de color rojo estacionada allí no poder ser de otro más que de Alex Dupreé.

Inhalo hondo. No sabía qué juego estaba jugando él con su prima. Aunque, si era sincera consigo misma, tampoco estaba al corriente respecto de Lali, ya que hacía día que recibía sus mensajes y ella los borraba sin ton ni son.

Consciente de que por mucho que lo retrasara igual iba a tener que entrar, abrió decidida la puerta lateral de la casa, que daba al enorme jardín cuyo camino conectaba con el pequeño estudio del fondo. Al menos así iba a poder escuchar a los presentes antes de que estos pudieran verla.

Supo que la suerte no estuvo de su lado cuando se encontró no solo con su madre en la luminosa cocina, sino también con Lali que, fiel a su costumbre, estaba picoteando un poco de cada bandeja.

—¡Prima! ¡Llegaste! —la saludó como si nada.

Ignorándola, Nat saludó a su madre con un beso en la mejilla.

—¿Y papá?

—Aquí, princesa. Y has llegado justo a tiempo. La impresora volvió a levantarse en pie de guerra y se rehúsa a funcionar —informó el hombre estirando una mano en su dirección, la cual Nat se apresuró a asir mientras él se inclinaba y le daba un beso en la frente—. Espero que no les importe que me la robe, chicas, pero mañana tengo una clase a primera hora de la mañana.

—Está bien, Fran, vayan. Lali puede quedarse aquí conmigo y ayudarme a poner la mesa.

Sin volver la vista hacia ninguna de las dos, Nat siguió a su padre hasta el estudio, pero tan pronto entraron, él cerró las puertas dobles a sus espaldas y se recostó contra estas, cruzó los brazos y la observó con detenimiento.

—Muy bien, cariño, ¿qué está pasando? Siempre con Lali fueron

de lo más pegadas.

—Ay, papá…, es tan…

—Complicado, lo sé. Ahora, descomplícalo para tu viejo padre y cuéntame lo que ocurrió —susurró el hombre guiándola hasta el sillón de tres cuerpos frente al hogar.

Acomodándose ambos, Nat le narró todo a su padre, omitiendo solo ciertos detalles de índole privada que no hacían a la historia. Que él le brindara su comprensión e, incluso, respaldara su enojo le quitó un peso de los hombros.

—¿Sabes? Me recuerda a cierto hecho que ocurrió al poco tiempo que tu madre y yo empezáramos a salir.

—¡Papá! Dudo mucho de que mamá y tú tuvieran semejante problemón.

—No te das una idea, princesa. De hecho, ocurrió en la primera Navidad que pasamos juntos como pareja. En aquella época, viajamos a Argentina porque tu abuela estaba enferma y mamá quería verla por si las cosas tomaban un giro para lo peor —le explicó el padre—. Sabes que mamá es la mayor de muchas primas. Bueno, una de ellas, Laura, siempre le tuvo celos y le pareció una buena idea aprovechar la oportunidad para demostrarles a todos que ella era mejor que Clara.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Veamos… Detalles más, detalles menos, tu madre se enteró de las intenciones de su prima y, antes de que ella pudiera actuar, a mamá se le saltó un fusible, la agarró de las mechas y la sacó a rastras de la cocina donde me había acorralado.

—¡Papá! —Sabía que estaba mal, pero Nat comenzó a reír al imaginar a su siempre calma y controlada madre convertida en una fiera enfurecida.

—Sobra decir que en vez de esperar hasta la media noche, la

seguí hasta la entrada de la casa, me hinqué frente a toda la familia y le pedí que fuera mi esposa. —El amor brilló en la mirada de Francisco mientras rememoraba la fiereza de su esposa al defender lo que le pertenecía—. Por supuesto, tu abuela se recuperó al instante y anunció que no iba a «estirar la pata» hasta que todas las mujeres de su familia no hubieran encontrado el amor verdadero y la llenaran de nietos y bisnietos.

Nat sonrió al pensar en la dama de casi noventa años que se comportaba como si jamás le hubieran hecho un reemplazo de cadera y constantemente viajaba y llevaba una vida sumamente activa, lo que a menudo tenía a la familia al borde de un ataque de nervios debido a que nunca se sabía qué sería lo próximo que haría.

—Papá, ¿cómo supiste que mamá era la indica…? —La voz de Nat fue ahogada por una conmoción proveniente de la cocina.

Ambos se levantaron y corrieron en esa dirección. Luego de la historia escuchada, Nat temía que su madre hubiese golpeado a Lali con una sartén o algo por el estilo. En cambio, casi tropieza con el cuerpo de Alex, que, tumbado en el piso, se sujetaba con fuerza la nariz.

Levantando la mirada, se encontró con los profundos ojos color bosque de Mason fijos en ella, y no se le pasó por alto cómo su madre miraba a Lali, como si quisiera darle con el cucharón, que estaba usando para revolver la salsa, por la cabeza.

—Como le decía, señor Reaux, usted debe entender que Nat fue, es y siempre va a ser la niña de nuestros ojos. Y si usted la lastima, nosotros —abarcó con la mano tanto a Francisco como a sí misma— lo lastimamos a usted.

—Señora…

—Lo que de ninguna manera implica que nos entrometamos en su relación. Dicho lo cual, ¿le gustan las albóndigas con papa?

Mason pareció momentáneamente aturdido, pero recuperar al instante y asintió con vehemencia.

—Sí, señora.

—Bien. Vayan a lavarse las manos y luego tomen asiento. Ustedes, coloquen la mesa —indicó en dirección a Lali y a Alex, para luego volver a mirar a su hija—. Nat, llévalo al baño del estudio de papá, que estoy segura de que mi hermana aún está en el baño del pasillo. Dios sabrá por qué tu tía cree que es necesario esconder su belleza bajo tantos kilos de maquillaje —dicho lo cual, volvió hacia la olla y revolvió su contenido, plenamente confiada de que todos harían lo ordenado.

—Mujer, eso fue… —murmuró Francisco divertido.

—Lo sé, amor. Aún tengo mi toque.

Ambos rieron mientras el hombre le robaba un beso y luego mojaba un pedazo de pan en la salsa

—¡Francisco! —chilló Clara fingiendo enojo, pero un nuevo beso de su marido la distrajo—. Ve, antes de que logres que se me queme toda la comida.

—Es bueno saber que YO aún tengo mi toque —bromeó, esa vez besándola en la mejilla para alejarse tarareando bajito.

Clara lo vio desaparecer tras la puerta vaivén de la cocina que conectaba con el comedor y rio. Era muy afortunada de, a pesar del tiempo transcurrido, seguir siendo amada y amar con tanta locura.

Sumida en sus pensamientos, Nat guio a Mason hasta el baño en el estudio de su padre. No sabía que pensar de lo ocurrido. Acaba de conocer un lado completamente nuevo de su madre y aún seguía sin saber a qué se debía la presencia de Mason nuevamente en casa de sus padres.

Lo próximo que supo fue que quedaba atrapada entre la puerta y

su cuerpo, con un sólido brazo a cada lado de su cabeza.

—¿Mason? —susurró sorprendida.

—Me vuelves completamente loco, Natasha. Ayer a la noche estaba fuera de mí de preocupación. Especialmente cuando me llamaste. Creí que no llegaría a tiempo para salvarte… —le susurró, acercando ligeramente sus cuerpos.

—No necesito salvador.

—Te equivocas. Y me aseguré de que esos hijos de puta entendieran que nadie se mete con lo que me pertenece.

—¿Perdón? Estás muy equivocado si crees que… —Los labios de Mason se estrellaron contra los suyos, acallando cualquier posible queja. Pese a todo el enojo y dolor que sentía, no tardó en responder al beso y recorrerle el torso con las manos hasta llegar a su nuca, donde se enredaron con el cabello azabache.

—¿Nat? —La voz de su prima Lali fue como un balde de agua fría, recordándole la causa de su noche de desenfrenada juerga. Desviando el rostro, lo empujó hasta que logró que se separase unos centímetros, no sin antes dejar escapar un audible suspiro de frustración.

—Besaste a mi prima —lo increpó en un furioso susurro.

—No es lo que crees, Nat…

—Es muy simple, Mason. ¿La besaste el mismo día que viniste a mi casa? —La expresión dolorida en el rostro del hombre fue toda la respuesta que necesitó—. Ignoro a que estás jugando, y a estas alturas tampoco me interesa. Pero es necesario que entiendas algo: yo no soy así. Yo no puedo enredarme contigo sin que mi corazón termine involucrado. No puedo *apagar* mis emociones mientras me convierto en tu… amante, amiguita con derecho a roce, no sé ni cómo llamarlo —dicho lo cual se escabulló bajo el brazo y abrió la puerta—. Eres bienvenido a almorzar porque preferiría no tener que

explicarle a la policía cómo es que mi madre logró asesinarte usando un cucharon de madera, pero luego de eso, te pido que te alejes.

Se encontró con Lali no bien salió y, por la palidez de su rostro, se le hizo obvio que había escuchado la conversación entre ambos. La vio abrir la boca, pero Nat la detuvo con un gesto de la mano.

—Por alguna estúpida razón, siempre creí que tus juegos excluirían el cagarte en tu familia, pero es obvio que me equivoqué. Eres mi prima y te amo, pero me lastimaste, y en estos momentos no te lo puedo perdonar.

—Nat, te juro que no quise…

—Nunca quieres y, sin embargo, igual lo haces, Dalila. —Su prima se encogió como si la hubiese golpeado al escucharla llamarla por su nombre completo, algo que ella jamás hacia—. Solo que esta vez me lo hiciste a mí.

Se alejó en dirección a la puerta del estudio, pero a último momento cambió de idea porque se giró a darle una última mirada a su prima, incapaz de lidiar con el dolor que transmitía la mirada de Mason.

—Y solo para que lo sepas… Alex no es quien tú crees. Revisa su cuenta de X.

—Pero si ya lo tengo…

—Su otra cuenta, Dalila —con lo cual abandonó el estudio, cerrando la puerta a sus espaldas.

***

—Así da gusto tener visitas —declaró Clara obviamente feliz por ver cómo no había quedado casi nada de la comida preparada.

—Todo ha estado delicioso, señora. Gracias por invitarme pese a mi inesperada llegada —respondió Mason haciendo constante gala

de sus impecables modales. No podía ser más distinto al agresivo y huraño jugador de *hockey* que ella había conocido luego del partido.

—Clara, por favor, Mason.

—Muy bien, Clara. Hacía mucho tiempo que no comía algo tan delicioso.

—Y espera a que llegue Halloween, campeón. Mi Clara ama esa fecha y siempre organiza una fiesta de disfraces a la cual, por supuesto, estás invitado —declaró Francisco dándole una mirada muy significativa a Nat, que al instante se levantó de su asiento como si alguien la hubiese pinchado.

—Mamá, ya debo irme, me quedó un artículo pendiente que debo entregar mañana.

—Oh, está bien, déjenme envolverles la comida que sobró. Sabes que a tu padre no le hace bien empuparse y, con tanta tentación en la cocina, le va a ser imposible —comentó Clara, levantando las bandejas ayudada por su marido.

—La única verdadera tentación eres tú, mi amor —le susurró Francisco, aunque todos los presentes lo escucharon. La risa chillona de Clara de inmediato obtuvo amplias sonrisas de los presentes.

—Nat, ¿crees que podrás prestarme a Herby mañana? Papá va a salir muy temprano y yo tengo que ir al centro a hacer varios trámites. —Ignorando de manera obvia la expresión desconfiada en el rostro de su hija, Clara continuó separando la comida en las bandejas limpias reciclables que se aseguraba de tener siempre a mano para cuando se emocionaba en la cocina y preparaba suficiente comida como para alimentar un ejército, en todo momento manteniendo una expresión sospechosamente neutra para alguien poseedor de un rostro tan expresivo.

—Mamá, yo...

—Mason va a estar más que feliz de alcanzarte, Nat. Con lo

convincente que fue al aparecer en la entrada de casa, rehusándose a marcharse hasta que no te viera, estoy bastante segura de que este hombre te cargaría a través de lava ardiente si con eso lograra tu atención

—¡Mamá! —mortificada, se cubrió las ardientes mejillas con las manos, en todo momento rehusándose a mirar al hombre en cuestión.

—Por favor, Nat, permíteme hacer esto —le susurró Mason a su lado.

Luego de unos segundos de debate interno, finalmente asintió y ambos se marcharon de la casa cargando bols y bandejas envueltas para impedir que algo se volcase.

Capítulo 16

Habiendo probado apenas un resquicio de lo que sería tener a Nat en su vida, Mason no podía aceptar que ella lo alejara como si nada. No sin siquiera luchar para impedirlo. Sin mencionar que su intuición, que siempre le había salvado el pellejo en situaciones potencialmente peligrosas, porque aunque la aparición de Amber no había ayudado a mejorar las cosas entre ellos, a esas alturas Nat tenía que saber lo loco que estaba por ella. Sin embargo, algo le decía que había algo más que su beso con Lali en las razones de su reticencia a aceptarlo... Le bastaba pensar en ello para volver a la casa y golpear a Alex hasta convertirlo en picadillo. Un mejor amigo no hacía algo como eso.

Con ella sentada a su lado tan cerca, pero a la vez sintiéndola tan lejos, no tenía ni idea de cómo descubriría qué había sido lo que finalmente la empujó a alejarse de él de esa manera. Al detenerse en un semáforo, recordó algo en específico de la noche anterior.

—Nat, ¿puedes enviarle un mensaje a Wyatt con mi celular, por favor? Mañana tenemos entrenamiento. —Si a ella le pareció extraño su pedido, no lo comentó. Buscó el aparato en el bolsillo de su chaqueta y se lo tendió. Ella lo tomó y escribió lo que él le dictaba.

Al rato, agregó—: Me gustaría poder subir una foto nuestra a mi cuenta de X. —Realmente quería que todos vieran que estaban juntos.

—Mason… No es una buena idea…

—Está bien. Entiendo. —Aun así, no pudo evitar el dolor cargado en su voz.

El sonido del celular recibiendo una respuesta salvó a Nat de simplemente negarse con rudeza, y a Mason, de tener que seguir sintiendo cómo el puñal se le clavaba más hondo en el corazón.

Cuando minutos después el de Nat vibró con mensajes de sus amigas Bunnies, los leyó muy por arriba y, al no encontrarles ningún sentido, optó por ignorarlos.

El ambiente estaba tan cargado entre ambos que, en el instante en que Mason se detuvo frente al edificio, Nat se desabrochó el cinturón y abrió la puerta. Él adivinó sus intenciones de huir sin despedirse, por lo que se apoderó de la mano de ella, acercó sus cuerpos y le robó un nuevo beso.

La voz de Cindy Lauper hizo que Nat no terminara lanzándose a los brazos de Mason, y se escabulló del vehículo con la excusa de poder conversar con tranquilidad.

—¡Ya! —El grito de Zora la sobresaltó tanto que poco le faltó para soltar el aparato.

Extrañada por la conducta de la chica, ingresó a la aplicación y descubrió que la habían *hashtagueado* en varias publicaciones. Considerando que su vida tuitera no era particularmente activa, eso la sorprendió. Intrigada, comenzó a revisarlas hasta que se encontró con una imagen de Mason y Wyatt en las duchas de los vestuarios, ambos haciendo muecas hacia la cámara. Luego, otra en la cual se veía a otro jugador, de nombre Sasha, también haciendo una expresión payasa.

Le pareció extraño que la hora hubiese sido resaltada, hasta que notó que todas las fotografías habían sido tomadas en la media hora posterior a las fotos publicadas por Amber, lo que desmentía la historia de la chica.

Cada vez más curiosa, notó que empezaban a lloverle tuits con imágenes de Mason y el resto de los jugadores. Prácticamente un paso a paso de todo lo que habían hecho desde que abandonaran el hielo hasta la hora en que estuvo en Extasis con sus amigas.

Sacudió la cabeza, admirada por la lealtad de los fanáticos de los Blackhawks, quienes obviamente los seguían a sol y sombra. Misma lealtad compartida por sus compañeros de equipo, porque hasta ellos habían subido comentarios y fotos propias, además, avisándole que la seguían.

Mientras salía del ascensor en su piso, leyó los hashtags que todos habían utilizado: un #ambitch que no era difícil de adivinar a quién se referían. Pero lo que logró que hasta las orejas se le incendiaran fueron los #m&nluv, #mluvn, #crazy4n, lo que casi logró que chocara con la pobre planta de plástico que decoraba el pasillo hacia su departamento.

Agradeció tener el hogar todo para ella cuando entró porque no estaba en condiciones de explicarle a Aly lo que había ocurrido. De hecho, ni ella misma estaba segura de qué había propiciado esa apabullante campaña para que supiera todo lo hecho y deshecho por Mason la noche anterior.

Natasha, que se había dejado caer en el sillón del *living*, dudaba. Estando en casa de sus padres, había decidido ignorarlo aunque se le fuese la vida en ello, pero luego de lo que acaba de suceder, podía sentir cómo su decisión tambaleaba y flaqueaba hasta desmoronarse como un castillo de arena azotado por el mar. Aun así, no implicaba que lo ocurrido con Lali aún no le doliera.

¿Por qué?

Envió el mensaje antes de arrepentirse y, luego, puso a cargar el celular sobre la mesa ratona. Con lo pequeño que era el departamento, fácilmente podía oírlo mientras estaba en la cocina horneando los *cupcakes* que había decidido impulsivamente prepararles al equipo completo. Había sido muy lindo de parte de ellos lo que habían hecho y le parecía que lo mínimo que correspondía era agradecérselo.

«Claro, y no tiene nada que ver con que en realidad morimos por ver a Mason de nuevo», susurró su vocecita interna.

—No es como si estuviéramos en una relación exclusiva ni nada por el estilo. ¡Si incluso nuestra primera *cita* fue un desastre! —murmuró preguntándose por qué el beso con Lali la había hecho reaccionar de esa manera.

Cuando el teléfono sonó, corrió a leer el mensaje entrante.

Porque vales la pena.

Nat cerró los ojos brevemente y se sintió invadida por tantas emociones que no supo que responderle. Que él, con una sola palabra, con una sola mirada lograse dejarla sin palabras, era algo que la desconcertaba, pero que —y de momento no pensaba admitirlo en voz alta— le agradaba.

Un nuevo mensaje de texto la abstrajo de sus pensamientos.

¿Me das otra oportunidad? ¿Me
dejas cortejarte?

Viniendo de cualquier otro hombre, semejante declaración sería irrisoria, pero viniendo de Mason, estaba logrando que las mariposas levantaran vuelo en su vientre y se le aceleraran los latidos del

corazón. Se mordió el labio inferior, indecisa respecto a cómo responderle.

Esa vez fue el timbre el que interrumpió su debate interno. Nerviosa, se pasó las manos por el cabello y el rostro, y abrió la puerta sin siquiera preguntar quién era. No le sorprendería encontrarse cara a cara con Mason, que parecía tener la increíble habilidad de materializarse cada vez que ella lo llamaba, pero ver a un hombrecito vestido como un duende con una olla de oro en sus brazos la desconcertó.

—«Hasta que te conocí, no supe que el mayor tesoro de mi corazón eras tú» —dicho lo cual le entregó la olla y se marchó.

Apoyando el objeto sobre la mesa ratona, notó que estaba llena de pequeños corazones envueltos en papel dorado, y todos tenían un tierno mensaje.

Cuando el timbre volvió a sonar, dudó unos segundos respecto a si abrir o no, no fuera a ser que se encontrase con un unicornio en la puerta, pero, en cambio, se halló cara a cara con Jack, el protagonista de una de sus películas favoritas, *The nightmare before Christmas*, quien realizó una galante reverencia y, luego, procedió a invitarla a bailar para finalmente, tras realizar una nueva reverencia, entregarle un sobre rojo lacrado y marcharse en dirección al ascensor, tal como el personaje anterior. Intrigada, observó el objeto con detenimiento mientras retrocedía, cerraba la puerta con un ligero empujón de cadera y se alejaba en dirección al sillón. Pero un ladrido al otro lado la hizo volver a abrirla de par en par. Dorothy y Toto, de *El Mago de Oz*, aparecieron frente a sí.

—«No hay lugar como el hogar y mi deseo es que tus pasos te guíen de regreso a mis brazos. Si no sabes cómo, solo golpea los tacones de los zapatos tres veces y yo vendré a ti» —leyó la jovencita y, luego de entregarle una bolsa roja, se marchó seguida

del simpático perrito.

Llevándose una mano al corazón mientras con la otra se cubría la boca, Nat inhaló hondo varias veces en un esfuerzo por no romper a llorar descontrolada. En ese estado estaba cuando el Hada Madrina de Cenicienta se presentó frente a sus ojos.

—«*Bibiti, babiti, bu*. Recuerda, solo tienes hasta la medianoche para regresar a casa, pero ten la seguridad de que su corazón se marchará contigo». —Y le entregó una enorme caja que no podía contener otra cosa que un vestido.

Abrazándola contra su cuerpo, Nat simplemente se dejó caer ahí, en la entrada de su departamento. Nadie jamás había hecho nada semejante por ella. Escondiendo el rostro contra el material, se permitió derramar unas lágrimas; emocionaba como estaba, le era imposible controlarlas.

—«Protege su corazón y salvarás nuestro mundo» —La voz de un joven la sobresaltó y, esa vez, apenas vio a Falcon, el perro dragón de *La Historia Sin Fin*, acompañado de Atreyu, rompió a llorar abiertamente y asintió. No dudó en aceptar el pequeño cobre que le entregó y en cuya tapa estaba grabado el símbolo que había llevado a Bastien a vivir tan grande aventura en la novela.

Limpiándose los ojos, buscó el número de Mason en sus contactos. Necesitaba hablar con él. No le sorprendió que la atendiera al segundo llamado.

—¿Nat? —El tono esperanzado de su voz la desarmó de nuevo y rompió en un llanto que la llevó a balbucear palabras en inglés y español.

Cuando unos brazos la envolvieron con delicadeza, no dudó refugiarse en ellos, reconocería ese aroma en cualquier parte. Dejó que Mason la cargara hasta el sillón, donde los acomodó a ambos, ella en su regazo, mientras él le susurraba tonterías y le acariciaba la

espalda hasta que finalmente ella logró calmarse lo suficiente como para hablar con claridad.

—Eso fue…

—¿Exagerado? ¿Desesperado? ¿Una completa idiotez?

—La. Cosa. Más. Linda. Y. Romántica. Del. Mundo —susurró dándole un beso en los labios luego de cada palabra.

Su sonrisa devastadora mientras se apoderaba de su boca en un beso apasionado fue recibida con completa aceptación. Cuando ambos lograron calmarse, Mason la convenció de que abriera el sobre. En su interior, Nat halló una invitación a un baile de Halloween organizado por el sponsor más importante de los Blackhawks.

—¿Aceptas ser mi Caperucita? —le susurró al oído, indicando con el mentón en dirección a la caja que contenía el vestido.

Intrigada, y aún sentada en el regazo de Mason, la abrió para hallarse con un disfraz de Caperucita, aunque sexi, no de mal gusto.

—Pero me faltaría el temible lobo feroz. ¿Dónde podré hallar uno? —le respondió, riendo al escucharlo gruñir.

—Yo soy tu único lobo, Nat —masculló mientras le daba un suave mordisco en el cuello.

El vestido, momentáneamente olvidado, cayó al suelo mientras Nat le daba mejor acceso a uno de sus puntos más sensible y Mason tomaba plena ventaja de ello. Pero no iba a llevar las cosas más allá hasta que las cosas entre ellos se hubiesen aclarado.

Odiaba tener que arruinar el momento sacando a colación el tema que tantos dolores de cabeza le habían producido, pero era necesario aclarar las cosas antes de que realmente pudieran tener una relación estable. En especial, considerando que, cuando no lo hacía, todo tendía a empeorar.

—Mason… —ni siquiera escucharla gemir su nombre lo iba a

desviar del asunto en cuestión.

—Nat, tenemos que hablar. —Besándola cada vez con mayor suavidad, les dio tiempo a ambos de calmar los alocados latidos de sus corazones antes de continuar—. Sobre Lali.

La sintió tensarse e intentar levantarse, pero estaba cansado de permitirle huir, así que la dejó luchar hasta que finalmente la sintió bufar y quedarse inmóvil entre sus brazos.

—La besé esa mañana en la cocina de la casa que comparto con Alex. Fue una decisión estúpida y, la verdad, solo estaba intentando convencerme a mí mismo de que no podía dejar de pensar en ti porque habías herido mi orgullo al no reconocerme, sino que además me ignoraras hasta el punto de dejarme plantado para huir en plena fiesta cuando yo simplemente había quedado prendado de ti apenas nuestras miradas se cruzaron.

—Tú… Yo… ¿Qué? —balbuceó, segura de que había escuchado mal.

—Que fui un completo imbécil porque estaba seguro de que jamás me mirarías dos veces si conocías mi historia. Cuando fui esa noche a tu casa, solo me dejé guiar por la intuición; lo último que esperé fue que me aceptaras. Incluso cuando lo arruiné en nuestra primera cita, al día siguiente, en el entrenamiento, te mostraste más que dispuesta a perdonarme —continuó hablando, sabiendo que si no lo hacía en ese momento, perdería la oportunidad de que por fin pudieran estar juntos.

—¿Y Amber? Circulan tantos rumores…

—Amber fue el peor error de mi vida y uno que pagué caro porque me costó mi familia y mi hijo nonato… —susurró con la mandíbula tensa y la mirada perdida en el recuerdo.

—¿Estaba embarazada?

—Sí. Mi hijo no logró sobrevivir, pese a que luchó. —La garganta

se le cerró, siempre le ocurría cuando hablaba de ello—. ¿Sabes? A pesar del tiempo transcurrido, aún recuerdo la calidez de su cuerpo cuando lo tuve en brazos por primera y única vez. Era tan pequeño y luchó tanto…

—Eres muy especial. —Nat lo abrazó con fuerza, pero inesperadamente se levantó y desapareció en el interior de su habitación, dejando a Mason solo en el *living*.

Cuando regresó, no dudó en instalarse de nuevo en su regazo, esa vez, con una pequeña caja firmemente sujeta entre las manos. Dudó unos instantes, pero se apartó ligeramente y le entregó el objeto.

—Ábrelo.

Él pareció vacilar, pero asintió con lentitud mientras levantaba la tapa de madera grabada con dos iniciales: M&N. Su brusca inhalación y su rápido parpadear impulsaron a Nat a hablar antes de que terminara convirtiéndose de nuevo en una masa llorosa incapaz de pronunciar alguna palabra coherente.

—Misha era un bebé hermoso, sano y fuerte.

A Mason le tembló la mano mientras observaba a los dos bebes abrazados dentro de la pequeña cuna. Con lentitud, giró la fotografía, probablemente buscando la información que Nat sabía que hallaría: el nombre de ella y del niño junto a un «cinco meses de vida».

—Nat… Mis…, tu hermano.

Esa vez fue ella la que no pudo pronunciar ninguna palabra, por lo que se apresuró a asentir y le indicó con un gesto de la cabeza que viera el resto del contenido. En su mayoría, eran fotografías de ambos hasta los dos años de edad.

Finalmente sujetó entre las manos la última imagen del delgado montón. La única fotografía que Nat le había ocultado a su madre y en la cual se la podía ver a ella en toda su infantil seriedad

concentrada en unas esferas que, en la penumbra, flotaban frente a su rostro, junto a una pequeña figura traslúcida apenas un poco mayor de tamaño que ella misma.

—¿Qué… pasó?

—Siempre dormíamos en la misma cuna de bebés, pero mis padres decidieron que era momento de que empezáramos a dormir separados. Sin embargo, cada mañana encontraban a Misha en mi cama, abrazándome de manera protectora —respondió, y recorrió con la mirada el rostro infantil de su hermano—. Una mañana, él no despertó… Me escucharon llorar, llamando a gritos a Misha, pero pese a que nuestras manos estaban enlazadas con fuerza, él ya no abrió sus ojos ni respondió. «Apnea del sueño», dijeron los médicos…

Desesperado por calmar el dolor de ambos, la estrechó contra su cuerpo, en parte intentando transmitirle algo de fuerza y en parte, suplicando que su propio dolor disminuyera ante la revelación que ella acababa de hacerle.

—Mi mamá cree que los bebés que se marchan antes es porque Dios los mandó a la Tierra a cumplir una misión muy especial, y luego, cuando vuelven al cielo, se convierten en ángeles que cuidan a los papás que tanto sufrieron al perderlos. Se necesita un corazón y un alma fuerte para no morir de tristeza, Mason… —le susurró Nat.

Escondiendo el rostro contra su cuello, Mason inhaló hondo varias veces, permitiendo que su dulce aroma y su calidez alejaran las sombras del pasado. Siempre iba a tener a su hijo en su corazón, pero no podía continuar viviendo aferrado a lo que había podido ser. Con eso en mente, pronunció sus siguientes palabras:

—Tengo un gemelo.

Su declaración pareció pender en el aire durante interminables segundos, hasta que él reunió el coraje suficiente para mirarla. La

sorpresa era obvia en la expresión de Nat.

—¿Gemelo?

—Idéntico…

—¿Cómo se llama?

—Ethan.

—Ethan y Mason Reaux… Suena… impresionante. —Y realmente así lo creía. Su mente, por un instante, se preguntó cómo habría sido su hermano de haber sobrevivido. Pese a que eran iguales, Misha siempre había sido más alto y grande que ella.

—Lo era. Juntos éramos imparables… —Su voz tembló de manera inesperada y carraspeó.

—Está bien. No tienes que hablar sobre ello —le susurró Nat, y lo besó con suavidad en los labios.

Mason respondió a su dulzura. Si alguien podía entender lo que era perder a su gemelo, esa era Nat. Solo que, a diferencia de ella, el suyo aún estaba con vida. Alejado, pero vivo. En cambio, Nat jamás volvería a tener esa conexión especial que solo existe entre aquellos que compartieron no solo el vientre, sino el mismo espacio desde el mismo momento de su concepción.

—Te amo… —barboteó, desbordado por sus emociones—. Te amo —repitió, seguro de lo que sentía por ella.

Capítulo 17

Nat estaba segura de que se acababa de convertir en una estatua de piedra. Ambos habían dejado salir parte de sus sentimientos, pero nunca creyó poder oír esas dos palabras de boca de él. Comprendía que había sido una idiota por haberse enojado por un insignificante beso. Lali era su prima, una Puck Bunny, y él, un jugador dispuesto a aceptarla. Así había sido siempre y así seguiría siendo, lo sabía. Carly, Zora, Trisha y Wendy así se lo habían contado en la entrevista que les había hecho. Así funcionaban las cosas entre ellas y los jugadores.

Mason tenía razón, la noche en que se conocieron, aburrida de un juego que no entendía y de una fiesta que no estaba disfrutando, había decidido salir. ¿Qué más le daba a ella si todos eran superestrellas? Nunca le había interesado la farándula, pese a trabajar en una editorial que contaba con una revista del género, y, sin embargo, se había visto inmersa en ella y se había dejado arrastrar por los chismes. Aquella mañana en que Mason había besado a Lali no tenía por qué importarle. A él apenas lo había visto, sí, aunque la hiciera sentirse extraña, pero no eran nada, y apenas si habían cruzado alguna palabra. Podía haberse besado, o incluso

acostarse, con Lali o con cualquier otra, total, era lo mismo, en ese entonces él era un hombre del que no sabía absolutamente nada.

«¡Dios, qué tonta fui!», se recriminó. Siempre las conjeturas, siempre el juzgar antes. Ella no era así. ¿Tanto había cambiado?

Avergonzada por lo que acababa de descubrir, se puso de pie lo más rápido que pudo y se encerró en el baño. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas a la vez que apoyaba la espalda contra la puerta y se dejaba caer al piso.

—¿Nat? —La voz de Mason llamándola solo logró que su congoja fuera en aumento—. ¿Nati?

Dejó escapar los sollozos que la atenazaban al escucharlo.

—Nat, por favor, no llores —le suplicó él—. Yo… Lo que dije…

—No es… Yo… —hipó— soy una tonta.

—No, no es cierto. Abre la puerta, por favor, déjame entrar y demostrarte cuán maravillosa eres.

—No puedo…

—No me hagas esto, Nat. No quiero perderte, no lo soportaría, no de ti.

—Mason…

—Escúchame —le rogó al tiempo que apoyaba ambas manos en el umbral y dejaba caer la cabeza hacia adelante en un gesto de pesadumbre total—. No voy a permitir que te alejes de mí, Nat, no cuando tú eres la única mujer que logró curar una herida muy profunda en mi corazón, cuando solo tú puedes llenar el vacío que me dejó la traición de Amber y… Ethan. Fui un idiota al no ver lo que ocurría frente a mis ojos. Estaba tan ciego… Esperaba un hijo, iba a casarme con la mujer a la que creía amar, tenía una carrera por delante… Era feliz… Pero para ella nunca fue suficiente… y se fue con mi gemelo; por ese entonces, él había empezado a tener más popularidad que yo. Y eso era lo que Amber buscaba. Creí morir,

pero me consolaba saber que, al menos, me quedaría con mi hijo. Ella no lo quería… —Se le quebró la voz y aguardó un instante antes de seguir—: Tan solo estaba de siete meses, pero a ella solo le importaba seguir con su ritmo de vida habitual: iba a fiestas, bebía, fumaba… A mi hermano parecía darle lo mismo, y lo odié por eso. ¡Era su sobrino, maldición!

Se hizo el silencio. Nat lo escuchaba con el corazón en un puño. Podía sentir el dolor de él traspasando la madera que los separaba. Se puso de pie y se apartó de la puerta para abrirla. Lo encontró abatido, cabizbajo, y solo atinó a levantar la mano y acariciarle la mejilla.

—No le dirigí la palabra a ninguno de los dos después del accidente —continuó—. No quise saber nada de ellos desde entonces. Pero ambos regresaron.

—Mason —lo llamó, y él levanto la vista.

—No me dejes, Nati.

—No podría. —Apenas le rozó los labios en un casto beso.

—Nati…

La súplica en su voz se le clavó en el alma.

—Mason… —Dejó escapar un tembloroso suspiro mientras susurraba su nombre.

Finalmente, él levantó la mirada, con el recuerdo que tanto lo torturaba aún reflejado en sus profundidades. Ella lo miró a los ojos, a esos ojos pardos, verdes y dorados, una perfecta tarde lluviosa en el bosque, que no le pedían una respuesta, pero que sí le decían con total sinceridad lo que acababa de expresar.

Verlo tan expuesto, tan vulnerable, hizo que Nat acortase la poca distancia que había entre ambos y se lanzara a sus brazos. Y Mason la recibió, reflejando su propia desesperación, su dolor, su amor, en cada beso y en cada caricia.

Cuando finalmente sus labios se separaron, estaban sentados frente a la puerta del baño, aún perdidos el uno en el otro, ella sobre su regazo, mientras él la observaba como si fuese su más preciado tesoro.

—Nati… Mi pecosa Caperucita Roja —murmuró Mason finalmente, y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. La sintió tensarse por un momento.

—¿Incluso si no me veo como una escultural modelo? —Nat sabía que era su propia inseguridad la que había hablado, pero no pudo evitarlo. Luego de haber pasado tantos días rodeada de Puck Bunnies, no le sorprendía sentirte de esa manera.

—Nunca quise a una modelo, Nat…

El breve brillo de duda en los ojos de ella le hizo saber a Mason que de seguro se comparaba a sí misma con Amber, y eso le sentó mal. ¿Acaso no sabía que la única mujer por la cual su corazón latía era ella?

—Nat, no te querría de ninguna otra manera que esta. En mis brazos, feliz, sabiendo que a partir de este momento mi lugar va a ser siempre a tu lado. —La besó con suavidad antes de continuar hablando—: Siempre quise lo real, y tú lo eres para mí.

Se contemplaron en silencio, perdidos el uno en el otro, y Nat supo que ya nada volvería a ser lo mismo entre ellos. Mason formaba parte de su alma. Conmocionada, lo abrazó y hundió el rostro contra su cuello.

—¿Sabes? A pesar de los años que han pasado, aún sueño con Misha —reveló con timidez—. Siempre que ocurre algo importante, él aparece… Me sorprende que aún no haya opinado sobre ti.

Mientras que a otras personas sus palabras le hubiesen resultado como mínimo inquietantes, en la familia de Mason había la suficiente cantidad de historias entre gemelos como para que le fuese fácil a él

creer que, incluso después de su muerte, Misha Randizzi aún velaba por su pequeña hermana gemela.

—Acaso… ¿no lo extrañas? Yo daría lo que fuera por poder abrazar a Misha una vez más —se animó a decir Nat.

Mason sabía que ella no estaba intentando herirlo con sus palabras, pero el anhelo manifiesto en su voz era casi palpable. A diferencia de todas las veces anteriores el pensar en su hermano, le produjo una desgarradora tristeza, así como un profundo anhelo por aquello que una vez habían tenido.

—Más de lo que puedo explicar en palabras… —admitió, abrazándola con fuerza

—Entonces… habla con él, Mason. —Nat se separó ligeramente y lo vio titubear, con la obvia negativa manifiesta en su mirada, pero le apoyó un dedo sobre los labios impidiéndole hablar—. No. Escúchame, por favor. Lo que él te hizo fue… deplorable, una traición de la peor clase, pero… él no es tan solo tu hermano. Él es tu gemelo. Aunque sea, escúchalo y, después, si aún quieres golpearlo, yo lo sujeto para que puedas hacerlo.

La sonrisa bailó en la comisura de los labios masculinos. Ambos sabían que ella no tenía chances contra Ethan, pero que estuviera dispuesta a llegar a esos extremos para demostrarle su apoyo hacía que el corazón de Mason estuviera a punto de estallar desbordado de emociones.

—Dios, Nat… Me vuelves loco. —La besó, pero esa vez con suma lentitud, saboreando sus labios, recorriendo cada rincón de su cuerpo, decidido a memorizarlo. Mason sabía que incluso cuarenta años después, para él, Nat siempre se vería como su pecosa Caperucita Roja. La que lo había salvado a él, el Lobo Feroz, de sucumbir en la oscuridad.

Capítulo 18

Cuando llegaron con Nat a la casa de sus padres, agradeció que solo estuviese Ethan, así nadie de la familia sería testigo de lo que él, sabía, podía llegar a tomar proporciones apocalípticas si las cosas se salían de control. Amaba a su hermano, pero eso de ninguna manera implicaba que de pequeños no se hubiesen liado a golpes la suficiente cantidad de veces como para ser consciente de que, si eso ocurriese en ese instante, había buenas probabilidades de que la habitación quedase arruinada.

Tras un tenso «Tenemos que hablar», Etahn asintió y los invitó a pasar. Y Mason intuyó, por la expresión de su mirada, que no solo se trataba de lo ocurrido hacía años atrás, sino que había mucho más de lo que estaba dejando entrever. Cuando ambos le indicaron a Nat que se pusiera cómoda y, si quería, se preparase un té, a Mason no le pasó por alto el brillo divertido de sus ojos. Sí, él y su hermano tendían a comportarse como espejos. Y eso, en su momento, los había vuelto jugadores muy valiosos.

Sentados finalmente en sillones opuestos, la mente de Mason no estaba logrando procesar lo que Ethan acababa de decirle: «El bebé no era ni tuyo ni mío…». La declaración habías parecido congelar el

tiempo mientras observaba fijamente a su gemelo. Era lo último que había esperado escuchar.

Dejó escapar un suspiro tembloroso. Aunque nunca había querido admitirlo, cuando todo ocurrió, esa había sido una de las tantas dudas que lo carcomieron. No porque no hubiese amado a su hijo con toda su vida, sino por lo que aquello podía implicar. La idea de que, si hubiese sobrevivido, un desconocido apareciera para arrebatárselo solo había empeorado las cosas mientras rogaba y rezaba porque su pequeño sobreviviera.

Ethan, al igual que siempre, intuyó claramente sus emociones porque la tristeza le vibró en la mirada, haciendo que a Mason se le anudase el estómago.

—Amber nos engañó a todos, Mason… Si ese día en el hospital hubieses hablado, te habría dicho que todo era verdad. Pero con el correr de los días comprendí que… —dudó respecto a continuar hablando, aunque continuó—: ambos fuimos manipulados, hermano.

Tras ello, le entregó un sobre. Mason lo sujetó con manos temblorosas, en parte intuyendo lo que iba a hallar en su interior.

Inhaló y exhaló hondo varias veces hasta que fue capaz de calmar un poco los latidos de su corazón. Lo abrió y volcó todo el contenido sobre la mesa ratona entre ellos.

Media hora más tarde, Mason maldecía a los cielos mientras volteaba la mesa y golpeaba la pared con los puños o arrojaba cuanto objeto encontraba a su paso. El grito desgarrador, equiparable al aullido de un lobo, salió de su interior como vivo reflejo de la ira y el dolor que lo carcomían por dentro mientras las palabras leídas no dejaban de repetirse en su mente, una y otra vez, torturándolo a un más.

«La prueba de ADN es incompatible».

«La evidencia indica que el embarazo era de seis meses en el

momento del parto».

«El feto nació con una malformación congénita hereditaria en los descendientes masculinos».

«Drogas presentes en el análisis de sangre».

Mientras seguía su ciega destrucción, otros pensamientos se filtraron por su mente: «Mi hijo…, mi pequeño». Su pequeña carita inocente alimentó una nueva oleada de ira. «Mi hermano…, mi familia». ¡Amber le había quitado todo! ¿Y con qué objetivo?

***

Mientras bebía una taza de té, Nat escuchó la conmoción, los gritos y golpes, todo ello luego de luchar con las ganas de regresar a la habitación y asegurarse de que Mason no había asesinado a Ethan antes de que pudiesen hablar. Porque aunque en un primer momento verlos a ambos juntos se le había hecho impresionante, no tardó en percibir las obvias diferencias entre ambos.

Tan solo un segundo le bastó para abandonar la estancia y lanzarse al salón. Vio a Ethan intentando contener a su hermano, y lo fulminó con la mirada al creerlo, responsable de lo que fuera que hubiese hecho que Mason perdiera el control de esa manera. Sin embargo, la desesperación y el arrepentimiento en el rostro masculino congelaron las palabras en sus labios, por lo que avanzó hasta el capitán sin dudas; ni siquiera el encontrarse con la familia de ambos a pleno detuvo su andar.

—¡Mason! ¡Mason! —Ciego a todo, no fue consciente de lo que ocurría a su alrededor hasta que un pequeño cuerpo se estrelló contra el suyo y se colgó de él forzándolo a detenerse y sujetarlo para no lastimarlo.

—Nat… —susurró, reconociendo su perfume floral y la manera

perfecta en que su cuerpo se amoldaba al suyo. Enterró el rostro contra su cuello e inhaló hondo—. Mi Nati…

—Mason… —Ella intentó separarse, pero él gruño y se lo impidió pegándola más a sí—. No puedo respirar…

Eso logró hacerle aflojar el agarre, pero no la liberó. Nat era lo único que lo mantenía calmado y centrado en aquel momento. Y la necesitaba. Nat era su mundo y no iba a hacer nada que arruinase eso.

Cuando Nat observó los papeles esparcidos por el piso, aun sin los anteojos, pudo leer uno que la desgarró por completo: «La pastilla abortiva fue la causa última del nacimiento fuera de término».

—Estoy aquí… —le susurró, sin dejar de abrazarlo.

—Nat. —Su desolación era tan cruda que deseó poder hacer algo para borrar parte de su dolor—. Prométeme que no te vas a ir, Nati.

Eso era algo que ella definitivamente estaba más que dispuesta a prometerle. Era más, podía darle algo aún mejor que eso. Se separó ligeramente, necesitaba que estuviesen frente a frente.

—Si sentir mariposas en el estómago y enfadarme por algo tan estúpido como el que hayas besado a mi prima cuando apenas si cruzamos unas palabras, o sentir celos de unas fotografías trucadas significan lo mismo que tú me has dicho anoche, entonces yo también te amo, Mason *Wolf* Reaux. Creo que lo hago desde el mismo instante en que descubrí el estuche de los lentes con tu nota dentro. Eres el lobo feroz más tierno que conocí en la vida. —Tras esa declaración, se inclinó y se apoderó de sus labios en un beso cargado de todos los sentimientos que no se había animado a expresar nunca antes.

Pese a todo su dolor, la respuesta de Mason fue igual de apasionada. Hasta que el carraspeo de una garganta les recordó que no estaban solos. Robándole un último beso, e ignorando a su

hermano, focalizó toda su atención en Nat.

—¿Qué hice para merecerte en mi vida?

—Romper mis lentes, lobo feroz —le respondió con picardía.

Pero antes de poder responderle, otra voz lo interrumpió.

—¿Hermano?

Desvió el rostro y miró a Ethan. Esa vez, sin la sombra de lo ocurrido entre ellos, le fue más fácil ver el cambio sufrido en él. Entonces recordó esa tarde en el estudio de danza.

—¿Emma…? —inquirió sin estar seguro del todo cómo tocar el tema.

—Ella no es hija de Amber. ¡Gracias a Dios por ello!

—Pero… —Además de todas las emociones que lo invadían, se sumaba la confusión.

—Cuando los Chicago Wolves me convocaron, acepté porque me pareció lo correcto, Mason. Simplemente no podía continuar aquí sabiéndome responsable de todos tus sufrimientos.

—Ethan…

—No. Es la verdad. Jamás me voy a perdonar todas las cosas que te permití creer sobre mí sin jamás explicarte nada. —En un obvio gesto de frustración, lo vio pasarse la mano por el cabello—. Amber se marchó conmigo aprovechándose de mi culpa. Apenas llegamos a Chicago, se notaba que las cosas habían cambiado. Ella estaba tranquila y pareció que la pérdida del bebé la había afectado. Imagínate, el médico del equipo sugirió terapia, pero ella se rehusó, y yo intenté ser comprensivo.

—¿La amabas?

—Eso creía…, pero más te amaba a ti, Mason, y aun así, mira lo que permití que ocurriese.

Mason asintió, dejando que Ethan continuara y se liberase de la carga que parecía pesarle hasta en el alma.

—Cuando me lesioné…, creí lo mismo que tú, que no iba a volver a jugar —fue apenas un susurro, pero Mason sabía por propia experiencia lo que se sentía. Cuando vio que su hermano iba a continuar hablando, negó con suavidad. No hacía falta que le contase el resto de la historia. Lo ocurrido era más que obvio—. Fue lo mejor que me pudo haber pasado. Así conocí a Evangeline. Fue mi enfermera mientras me recuperaba de la operación. Ella… ella… —La voz se le quebró y desvió la mirada hacia la nada, desbordaba de recuerdos.

—Ella fue tu Nat. —Sin decirle nada más, Mason se acercó a su hermano y lo abrazó.

El cuerpo de Ethan se tensó y casi al instante se relajó, y por primera vez desde la muerte de Evie, se permitió llorar.

—¿Papi? —la suave voz de la pequeña Emma irrumpió en la escena. Antes de que alguien pudiera detenerla, la niña se lanzó a la carrera hacia las piernas de su padre—. ¡Papá!

Ambos hombres se separaron ligeramente y la observaron sorprendidos. La obvia sorpresa en el rostro de Emma se reflejaba en que sus ojos se abrieron grandes mientras los observaba con detenimiento.

—Él es mi hermano Mason, Emma —logró explicar Ethan luego de un ligero carraspeo.

—¿Tengo dos papás? —La pregunta los hizo reír a ambos.

—No, amor. Él es tu tío Mason.

—El feo este es tu papá, princesa —acotó Mason, dándole un ligero empujón con el hombro a su hermano.

—Pero… son iguales. Entonces, ¿tú también eres feo, tío?

Nuevas risas terminaron por quebrar la tensión del ambiente, y Mason aprovechó el momento y le indicó a Nat que se acercase.

—Familia Reaux, quiero presentarles a Nat…

—¡Natasha Odette Randizzi! —prácticamente gritó Hanna—. Natasha por la bailarina más prestigiosa del *ballet* ruso y Odette, por la protagonista de *El lago de los cisnes* —informó toda emocionada la joven, ignorante de lo que instantes antes había ocurrido en la habitación—. Según los rumores, fuiste una niña prodigio. Tenías todo el potencial para llegar lejos, pero… ¿por qué dejaste de bailar?

En parte, agradeciendo que la pregunta la ayudase a desviar la atención de su segundo nombre y, en parte, mortificada ante semejante declaración a los cuatro vientos de cuestiones personales, sin olvidar todos los ojos fijos en ella, tardó unos segundos en responder, aunque lo hizo con voz clara y segura.

—Danzar era el sueño de mi madre, no el mío. Hannah, ¿no? —Al verla asentir, continuó—. Yo siempre quise algo más mundano.

—Pero corregir… —como buena adolescente Hanna frunció la nariz y torció la boca en obvio gesto de desagrado haciéndola reír.

—*Sip*. Probablemente una de las profesiones más aburridas del mundo, pero yo adoro hacerlo. Poder ayudar a que el escrito de otra persona alcance su máximo potencial, sin por eso robarle la identidad al escritor…, me llena de satisfacción —aseveró. La enorme sonrisa en su rostro solo reflejaba la felicidad que le había causado el *mail* del *investigador de árboles*, quien bajo amenaza de rescindir el contrato, le había exigido a la editorial que la quería a ella como correctora exclusiva de sus investigaciones, que, aunque le resultaban aburridas, reflejaban todo el amor que el amable escritor de ochenta años sentía por el tema.

—Pero… momento… ¿No eres periodista? —Algo en la mirada de Ethan le recordó a la de Mason aquel día del exabrupto.

—¡Dios, no! No tengo nada contra ellos, pero no creo que sea lo mío.

—¿Y las notas que te pidió tu editor? —Esa vez fue Mason quien

tomó la palabra, y Nat tuvo un momento de incertidumbre, hasta que solo vio curiosidad reflejada en sus ojos, junto con un buen grado de confusión.

—Percy me lo pidió porque consideró que sería más productivo si provenían de alguien *dentro del ambiente.* —Hizo comillas en el aire y se encogió de hombros, decidida a restarle importancia a las locuras del hombre—. De todas maneras, ni siquiera estoy segura de que vayan a publicarlas.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la cual apestaría como periodista de la farándula: no sirvo para inventar y tergiversar cuestiones de otros, y menos aun ventilando intimidades ajenas, como si no tuviesen ninguna importancia. —Esa vez fue ella la que frunció los labios, disgustada ante la idea de hacer algo como eso—. Todo lo que escribí se focaliza en lo positivo.

Los gemelos asintieron satisfechos, pero Nat tenía algo más para decirle a Mason.

—Además…, me rehusé a hacer una nota sobre ti.

—Hazla.

—¿Qué? —Nat estaba segura que había escuchado mal—. Pero… antes… tú… ¿Qué?

—Antes cometí un terrible error que casi me cuesta lo mejor que me pudo haber pasado en la vida, Nati: a ti. Lo mínimo que puedo hacer por nosotros es permitirte ventilar mis intimidades. —Acabó la declaración con un sugestivo movimiento de cejas que la hizo sonrojarse.

—¡Mason! ¡*Ewwwwwwwww*! —Hannah puso cara de asco ante el obvio doble sentido en las palabras de su hermano.

—Yo voy a decir eso cuando tengas novio, enana.

—Después, por supuesto, de que le rompamos la cabeza al

susodicho por haberse atrevido a acercarse a ti. ¿No es cierto, hermano? —declaró Ethan, sonándose los nudillos y, luego, cruzando los brazos sobre su amplio pecho.

—¡Mamá! —chilló la adolescente mientras su madre sacudía la cabeza divertida, amonestaba a su hijo y calmaba a su hija.

—Ven —le susurró Mason a Nat, sujetándole la mano y guiándola a través de la habitación hasta el porche delantero. Acomodándose sobre uno de los sillones, la acercó a su regazo y la abrazó, feliz de tener esos momentos a solas.

—Con que Odette, ¿no?

Nat gimió y se cubrió el rostro con las manos. Debió imaginar que él no habría ignorado esa pequeña perla informativa. Especialmente cuando le descubrió el rostro y la obligó a mirarlo, para sonreírle con dulzura.

—Me gusta. Mucho. —Y no le estaba mintiendo—. Ahora, ¿me contarás la razón o me equivoco al intuir que hay algo más detrás de ese nombre en particular?

—Recuerdas que mis padres son argentinos, ¿no?

—Lo recuerdo todo sobre ti, Caperucita.

Cuando la risilla aguda escapó de ella, Nat se cubrió la boca con la mano y lo miró horrorizada. En su vida había emitido un sonido semejante. Desvió la mirada con rapidez y la focalizó en cualquier lugar que no fuese el rostro de Mason.

—¿Nat?

—¿*Mmmmm*?—Estaba decidida a no mirarlo, ya le bastaba con imaginar la expresión de horror en su rostro como para encima tener que verla en vivo y en directo.

—¿Nati?

—*Mmmmmmm*… —Seguía muy concentrada en mirar a la distancia, hasta que Mason la sujetó por el mentón y, con suavidad,

le giró el rostro hasta que se encontró atrapada en su mirada.

—Me gusta ser el dueño de tus risas.

—Mason… —fue su única respuesta, y escondió el rostro contra su cuello. Ella jamás había sido de esas tontas descerebradas que se reían de manera chillona y burbujeante, pero por lo visto ese lado existía en alguna parte en su interior porque, por mucho que quisiera negarlo, era probable que volviera a ocurrir, y que él encima lo disfrutase…, no sabía ni que pensar respecto a eso.

—Nat, si no quieres contarme, está bien… Todos tenemos nuestros secretos.

—¿Tú aún los tienes? —Eso sorprendió a Nat, creía que no quedaba mucho por descubrir en cuestiones personales de seriedad, pero quizá estaba equivocada.

—Cuando estábamos en el departamento, te revelé mi alma, Nat, y tú me respondiste con la tuya. Puedes contarme sobre Odette en cualquier otro momento. —Vio la sinceridad en su mirada y se sintió ridícula por cómo estaba actuando—. Además, es un nombre hermoso.

—Es raro, y de niña mis compañeros se burlaban diciéndome Odie, como al perro de Garfield. —La explicación obtuvo una inmediata reacción de Mason, que se tensó y cerró los puños con fuerza, parecía listo a lanzarse sobre quien fuera que la hubiese ofendido—. Fue hace mucho tiempo y aprendí a ignorar las burlas… Eso y que Aly hizo llorar a tres de nuestros compañeros después de que ellos me hicieran llorar a mí con sus burlas.

—Aly se merece pases gratis de por vida a los partidos de los Blackhawks —decretó complacido mientras inesperadamente acortaba la distancia entre ellos y le robaba un beso—. Si no para ella, estoy segura que a su novio le gustaría.

—Ella trabaja demasiado como para tener una vida amorosa,

amor.

—Dilo de nuevo.

—Ella trabaja demasia…

—No, lo otro.

—¿Amor? —Eso dio pie a toda una serie de apasionados besos, hasta que finalmente fueron interrumpidos por Hannah, que les anunciaba que la cena ya estaba servida. Sorprendida con lo rápido que el día parecía haber transcurrido, se levantó del regazo de Mason y aceptó su mano cuando él se la ofreció para ir juntos al interior de la casa.

—Espera…

Él la observo intrigado.

—Mi mamá interpretaba *El lago de los cisnes* cuando se conoció con mi papá —susurró.

—Por eso Odette, como la protagonista.

Asintió y, esa vez, saltó a sus brazos para besarlo. No era usual encontrar a un hombre que supiera esas cosas. Definitivamente, sin importar lo que ocurriese a partir de ese momento, estaba decidida a que nada se interpusiera entre ellos.

Capítulo 19

La mañana amaneció lluviosa y, aunque Nat estaba aún algo adormecida, no dudó en aceptar la oportunidad de acompañar a Mason a entrenar. Primero, pasaron por Salem´s Lot a recoger dos de sus famosas bebidas, esa vez con sabor a canela y dulce de leche, y veinte minutos después, ambos entraban al estadio aferrados de la mano, lo que atrajo la atención de varios de los presentes, especialmente luego de lo ocurrido.

—Ya era hora —fue el saludo que recibió Mason de Wyatt tan pronto este se le acercó.

—Sí. —Y no pudo más que sonreír al girar el rostro y ver a Nat enfrascada en su cuaderno de notas, completamente ajena a que todas las miradas estaban focalizadas en ella. Especialmente, las del grupo de Puck Bunnies.

—No te preocupes, amigo. Ya les… hablamos. No van a causar problemas entre ustedes.

—Eso espero. Ya bastante hemos atravesado sin agregar entrometidos de por medio —masculló Mason.

—Ven, vamos a prepararnos que mañana tenemos un partido importante.

—*Da* —la voz de Sasha lo sorprendió, porque no era la clase de persona que pasaba desapercibida.

«Estoy tan centrado en Nat que no veo nada más», pensó. Cuando la usual sensación de pánico no lo invadió, se sorprendió. Hacerla entrar en su vida, definitivamente, había sido la mejor decisión que pudo haber tomado.

—¡Reaux! Después puedes mirar como idiotizado a tu mujer, ahora, te quiero focalizado en el juego o estarás en la banca por los próximos tres partidos. —Remi, uno de los asistentes de entrenador y hasta hacía un año atrás uno de los jugadores más valiosos de la NHL, lo sancionó con dureza—. ¿Entendido?

—Sí, entrenador —masculló Mason.

—Sin mencionar que a ella no se le permitirá volver a ingresar al estadio, por supuesto. ¿De qué nos sirve una distracción innecesaria que solo perjudica al equipo?

Mason sintió cómo Wyatt y Sasha se tensaban a su lado, pero se rehusaba a desviar la mirada del maldito bastardo de pie frente a él. No iba a permitir que lo tratase como a un muchacho disloco, porque no lo era.

—Entrenador o no, aun puedo romperte la cara por meterte con mi mujer, Remi, y las únicas veces que mi desempeño ha fallado en el último tiempo ha sido cuando ella no ha estado en mi vida. Si no te gusta, te jodes, porque sabes que jamás haría nada para perjudicar a mi equipo.

Todos sabían que había cosas con las cuales uno jamás se metía, y eso era la familia de otro jugador. Natasha y Mason podían no haber oficializado su unión todavía, pero cualquiera con ojos podía ver el amor existente entre ellos.

Ambos hombres se observaron por interminables segundos y, por unos instantes, los jugadores temieron que realmente se fueran a

liar a golpes, lo que realmente llevaría a que Mason fuese suspendido y a Natasha, a la que consideraban todos como su amuleto de buena suerte, vetada del estadio, y no podían permitirlo.

—¡¿Qué diablos ocurre aquí?! —La voz de Maximilian tuvo un efecto inmediato y ambos retrocedieron, aunque se negaban a bajar la mirada uno antes que el otro—. Mason, ve a colocarte el equipo. Remi, conmigo.

Así de rápido, todos se apresuraron a seguir las indicaciones. Si había un hombre bajo cuya ira uno no quería sucumbir, era la del temible entrenador en jefe con sus dos metros de estatura, musculoso físico y mirada glacial. Incluso con sus cuarenta años era una potencia a temer. Lo que igual no impidió que Mason se fuese mascullando por lo bajo seguido de cerca por Wyatt y Sasha, que lanzaban miradas asesinas en respaldo a su amigo.

—¿Me retiré y la gerencia no me lo notificó? —Fueron las primeras palabras que brotaron de la boca de Maximilian tan pronto tuvo seguridad de que ninguno de sus muchachos podía escucharlo.

—No, entrenador.

—Entonces ¡¿quién mierda te autorizó a amenazar a mis muchachos, en especial con algo como eso?!

—Pero él… estaba…

—Esta vez lo dejaré pasar, Remi. Pero si vuelvo a descubrir que pasas por arriba de mi autoridad de nuevo, te encontrarás sentado en el primer vuelo de regreso a Portland. ¿Entendido?

—Sí, entrenador.

—Ahora, ve y asegúrate de que no están complotando cómo asesinarte y hacerlo parecer un accidente.

—Sí, entrena… ¿Qué?

Una ceja enarcada de Maximilian y Remi desapareció de su vista. No era un mal asistente, pero aún le faltaba mucho por aprender, lo

que incluía el controlar su temperamento.

Sacudió la cabeza y su mirada se focalizó en Natasha que, ajena a todo, seguía con la nariz metida en sus anotaciones. Pese a todo lo que él mismo le había dicho a Mason aquella noche del partido, jamás se interpondría entre ellos. Era más, sabía del rumor que corría en los vestuarios de que la joven era su amuleto de buena suerte, y no pensaba arriesgarse a quebrar esa racha, ya fuera cierto o no.

Con eso en mente, giró sobre sus talones cuando vio una figura vestida en una ajustada pollera negra, altos *stilletos* y un saco rojo acercase a Nat con rapidez. Olvidado su objetivo, se concentró en la delicada imagen: no era su tipo de mujer, demasiado sofisticada, pero había algo en ella que le impedía apartar la mirada.

Gritos provenientes de los vestuarios le alertaron que Remi debía haber abierto de nuevo su gran bocaza, porque más que estar preparándose para salir a entrenar, parecía que una guerra se hubiese desatado.

Dándole una última mirada a la muchacha, se apresuró a perderse en el interior del estadio antes de que no le quedasen jugadores para el partido de la noche siguiente

***

—¿Nat?

—¿Chrissy? —Si la sorprendió ver a la elegante secretaria de la editorial tan fuera de su ambiente, no lo mencionó, en especial al notar sus ojos inflamados y el cabello inusualmente despeinado.

—Yo… lo siento tanto, pero… no debí venir. —Ya se estaba alejando cuando Nat la detuvo apoyándole una mano en el antebrazo con suavidad.

—¿Qué ocurrió, Chrissy?

—Sabes cómo es Percy…

—¿Sí? —Sabía que el hombre era exigente al extremo y enloquecía a sus secretarias, quienes terminaban renunciando al poco tiempo, pero era la primera vez que veía a una deshecha en lágrimas por su causa.

—Yo… tenía todo organizado, pero ella me avisó a último momento y ahora estoy desesperada. No puedo perder el día de pago.

—Chrissy, Chrissy… ¿Quién faltó? ¿De qué hablas?

Fue entonces que la joven se liberó de su agarre y se giró para tomar algo a la altura de sus piernas. Nat no tardó en encontrarse con un par de hermosos ojos, tan azules que parecían violetas, en el rostro de un risueño pequeño, quien tan pronto la vio, le tiró de un mechón de cabello mientras le mostraba su enorme sonrisa de cuatro dientes.

—Necesito… ¿Podrías cuidarlo aunque sea por medio día? Su padre ya estará libre a la tarde y puede pasar a buscarlo por donde le digas. —La desesperación de Chrissy era tan palpable que Nat no pudo más que asentir en mudo silencio—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Te amo, mi chiquitín!

Minutos después, estaban solo ella y él bebe rodeados de su bolso, otro con juguetes y varias cosas más que Nat ignoraba para qué servían, pero que, suponía, debían de tener alguna función útil.

—Eres muy pequeño para jugar con mis biromes y temo que te tragues alguna parte pequeña —susurró, y entonces calló en la cuenta de algo—: ¡Ni siquiera sé tu nombre!

Entonces recordó el hábito de su madre por ponerle nombre a todas sus pertenencias. Lo primero que hizo fue mirar el bolso del pequeño y, efectivamente, todas las prendas estaban etiquetadas.

—Hawk —pronunció en un susurro, lo que le hizo preguntarse si el padre sería nativo americano o algo por el estilo, o quizá tan solo fuese fanático de algún videojuego—. Bueno, pequeño Hawk, ahora somos nosotros dos, y yo no tengo ni idea de cómo cuidarte… —Sonrió cuando el pequeño volvió a mostrarle sus cuatro dientes en medio de una sonora carcajada.

Una conmoción en la pista atrajo su atención y se sorprendió de ver a Mason derrumbado sobre el hielo, con la mirada clavada en ella y el pequeño. Aunque no parecía enojado, si se lo veía *shockeado*.

Divertida, cargó al niño sobre la cadera y se apresuró a acercarse al plexiglás. Antes de que él pudiera hablar, lo hizo ella.

—Mason, te presento a Hawk, el hijo de mi amiga Chrissy. Tuvo problemas con la niñera y me pidió si podía cuidarlo por unas horas. Hasta que el papá pueda pasar por él —le explico con sencillez.

—¡Hola, peque! —la voz de Wyatt atrajo la atención de todos, en especial cuando se acercó al pequeño y con suavidad chocó sus frentes.

—¡No le enseñen esas cosas! ¡Va a terminar con un tabique fracturado! —El grupo en su totalidad se giró en dirección al entrenador, que se acercaba con rapidez hacia ellos para tomar al pequeño en brazos y, luego de repetir la acción de Wyatt, dar un rotundo «no» seguido de un golpe en la nuca del jugador. En vez de asustarlo, Hawk estalló en carcajadas mientras aplaudía y estiraba su manito para imitar el golpe.

Al ver que no se lo iban a permitir, pareció decidir que también era buena idea escalar a Maximilian, porque se retorció en sus brazos hasta que logró terminar trepado sobre su ancho hombro, para luego pasar al otro y terminar colgando de uno de sus fuertes brazos.

Nat sabía lo que se decía del serio hombre, pero en lo que a ella concernía, la opinión más confiable de todas era la de Hawk, y el pequeño le había dado un diez con estrellitas al entrenador, por ende, ella también.

—Sujétalo, pequeña. Aun debemos entrenar. Pero será un placer tenerlo de visita siempre que quieras.

Sorprendida por sus palabras, tardó en responder, pero finalmente le ofreció una sonrisa radiante que pareció descolocar al hombre hasta el punto que le pareció ver un ligero sonrojo en sus afilados pómulos dorados.

—¡Muchas gracias, entrenador! Estoy segura de que Chrissy estará feliz de saberlo.

Volviendo a acomodar al pequeño en sus brazos, Nat se giró y besó a Mason con dulzura, a lo cual él se apresuró a responderle y, por unos instantes, también envolvió al pequeño en el abrazo, quien rio y a su vez se acurrucó entre ambos, sobresaltándolos.

Cuando se apartaron, Nat sabía lo que cruzaba por la mente del jugador, la expresión anhelante en su mirada, que de inmediato pasó del pequeño apoyado contra su pecho y se dirigió hacia su vientre, fue más que evidente. Pero enseguida carraspeó y retrocedió, obviamente sorprendido por sus propios pensamientos.

—¡A entrenar! —La voz de Maximilian los puso a todos en movimiento.

Aunque Nat se dedicó de lleno a cuidar a Hawk, una pequeña parte de ella, esa que se conectaba directo con su corazón, no podía más que saltar de felicidad ante la posibilidad de tener una familia con Mason.

Capítulo 20

Nat se había concentrado tanto en todo lo que estaba viviendo que casi se había olvidado de todos aquellos que la rodeaban. Y así se percató de ello cuando, luego de salir del gimnasio, se dejó arrastrar por su novio creyendo que la llevaría de vuelta a su apartamento. Pero no había sido así.

Bajó del todoterreno de Mason entre risas, pues aún no podía dejar de desternillarse con las ocurrencias de Wyatt y Sasha, quienes habían hecho de sus payasadas mientras aguardaban a que el padre de Hawk lo fuera a buscar. Y como el pequeño se había puesto un poco molesto, los dos habían decidido entretenerlo. No obstante, borró toda sonrisa de su rostro y se detuvo en seco en la entrada de Salem´s Lot cuando descubrió que Lali estaba en la puerta. No hablaba con ella desde la tarde en que le había dicho unas fuertes palabras a su prima. Era cierto que ninguna de las dos había intentado un acercamiento, por lo que supuso que el hombre a su lado, quien estaba al tanto de ese distanciamiento, había actuado en su favor. De inmediato, apenas se giró para verlo y lo fulminó con la mirada, incluso se le pasó por la mente hacerle un desaire, salir corriendo y refugiarse en la casa de sus padres. Pero tuvo que

descartar la idea, pues caerles «de sorpresa» no era una opción, pues ellos no eran tontos y sabrían que algo pasaría.

—Solo habla con ella —le dijo él.

Nat negó con la cabeza y se opuso a hacerlo, y no era por seguir dolida con su actuar, sino porque se sentía avergonzada de ella misma principalmente.

—Nati… —la llamó Mason, pero Nat solo bajó la cabeza y se cruzó de brazos, por lo que él se colocó enfrente y le levantó la barbilla—. Mírame, Caperucita —le rogó al comprobar que mantenía los ojos cerrados—. Vamos, Nat, no seas terca —la picó.

Ella abrió los ojos y apretó la mandíbula. Volvió a negar e intentó pasar por su lado; no importaba adónde podía irse, en ese momento solo quería alejarse de ambos. Sin embargo, Mason no se lo permitió, su cuerpo frente al suyo y con el vehículo detrás no tenía escapatoria posible. Bufó.

—Nati —repitió él.

—Mason —soltó ella entre dientes, enfadada—. Creí que estabas de mi lado.

—Y lo estoy, Caperucita.

—No quiero hablar con ella, y ahora tampoco quiero hacerlo contigo, Wolf. Llévame a mi casa.

—No.

—¿No? —Lo miró echando chispas—. ¡Bien! —Levantó las manos en un gesto frustrado y las dejó caer a cada lado del cuerpo a la vez que se giraba y le daba la espalda.

—Odette… —le susurró Mason muy cerca de su oído y de una forma muy sensual, y Nat sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero. En la intimidad que compartían, él la había nombrado así en un par de ocasiones, y ella adoraba que lo hiciera; la hacía sentir especial—. Tú lograste abrirme los ojos con mi gemelo.

—No es lo mismo —respondió ella.

—No es nada en comparación. Pero Lali también es parte de tu familia, y sé cuán especial es para ti.

Lentamente, Natasha se giró y no pudo evitar morderse el labio al descubrir la mirada cálida que él le prodigaba. Dejó escapar un suspiro y asintió.

—Esa es mi chica. —Le rozó los labios en una suave caricia y se hizo a un lado.

Nat avanzó un paso y se detuvo, dudaba respecto a cómo lidiar con Lali. Realmente no quería hacerlo. Especialmente porque no estaba segura de poder controlar el temperamento que no sabía que tenía y que había descubierto al lado de Mason. Luego de su conversación con Gustav y con un poco de investigación de su parte, había descubierto el gran secreto entre Aly y su prima, lo que solo logró cimentar su decisión de no querer saber nada con ella. Pensar que su prima le había robado el prometido a su mejor amiga le revolvía el estómago.

Si era sincera consigo misma, eso no debió sorprenderla considerando que ya de niñas los adultos de la familia acostumbraban justificar su conducta siempre bajo la excusa de no tener una figura paterna en su vida. Sin embargo, Lali no estaba sola, pasaba la mayor parte del tiempo con ella, y sus padres la habían criado como si fuese su hija.

Pero para cuando se hicieron adolescentes, las cosas solo empeoraron. Vio una y otra vez cómo, cada vez que le gustaba un muchacho, su prima inevitablemente se involucraba con este. Incluso lo había intentado con Christopher, pero como él jamás se había dado por aludido, sus intentos fracasaron estrepitosamente. La insistencia de Lali por conquistarlos era una manera más en la cual su prima demostraba querer toda la atención focalizada en su

persona. Y ella siempre la había justificado. Quizá, viéndolo en retrospectiva, la razón de ello tal vez se debía a que nunca se había interesado realmente por ninguno de ellos.

Pero Mason tenía razón en una cosa: Lali era parte de su familia. Cerró los ojos por un instante, intentando hallar la mejor manera de lidiar con la situación. Necesitaba hacerle comprender que ya no eran adolescentes, que tenía que encausar su futuro para lograr ser alguien en la vida.

—Ve —la animó él.

Nat suspiró y, finalmente, avanzó hasta donde se encontraba su prima.

—Hola —le dijo ella con su habitual entusiasmo.

—Lali. —Esperaba que con pronunciar su nombre de forma casi seria le demostrara que el asunto a tratar no era ninguna tontería, y comprobó, por primera vez, que su ánimo había cumplido su objetivo, pues la sonrisa de Lali se tornó en rictus.

Mason las observaba en silencio, pero en vista de que ambas parecían estar estáticas, se decidió a intervenir.

—Entremos. —Cogió a Nat del brazo y le hizo un gesto a Lali para que los siguiera. Apenas saludó a Sal, y este le indicó la mesa del fondo, la que ya le había reservado, pues estaba al tanto de lo que Mason pretendía hacer. Esperó a que las chicas se sentaran y les habló—: Estaré en la barra.

Nat no pudo evitar fulminarlo nuevamente con la mirada, pero luego su atención se focalizó en su prima, y ahí fue cuando se dio cuenta de que no la veía tan arreglada como siempre. De hecho, estaba segura de que nunca antes la había visto con ropa deportiva tan holgada como la que estaba usando en ese momento.

—Nat… Sé que estuve mal, pero no quise…

—Basta, Lali, no es solo eso, es todo, y eso incluye a Alyssa. —

Supo que sus palabras dieron en la diana cuando el rostro de su prima palideció—. Ya no es un secreto para mí. Y quizá no me molestaría tanto que lo hubieras hecho si se tratara de cualquier otra persona, pero Aly es mi mejor amiga.

—Nat, te juro que…

—No me jures. En estos momentos tu palabra no vale nada —la interrumpió de plano. Estaba harta de las promesas vacías que Lali hacia constantemente, como si eso fuese a borrar todo lo que había hecho antes—. Te soy sincera: yo no quería estar aquí pero *alguien* me obligó.

—Mason, él me contacto por medio de Alex… —Al ver el ceño fruncido de Nat, la joven dejó escapar un susurro tembloroso—. Tenias razón sobre todo, Nat. Alex es un imbécil y yo, como una tarada, me enamore de él y le creí todo lo que me dijo.

No supo que fue. Si el dolor en la voz de su prima, sus inesperadas lágrimas o el hecho de verla, por primera vez en mucho tiempo, comportándose como un ser humano falible. Pero Nat la envolvió en sus brazos, como cuando eran niñas y su tía le explicaba por qué ella no tenía un padre como el resto de sus compañeras del colegio.

—Lo siento tanto… Sé que no me crees, pero realmente lo siento —susurró entre hipos, intentando recuperar cierto grado de control.

—No puedes seguir así, Lali. —Más allá del enojo, Nat estaba en verdad preocupada por su prima. Estaba fuera de control y, si no hacía algo pronto, era consciente de lo mal que podían terminar las cosas.

—Yo… yo… Hay un grupo de ayuda los sábados por la noche. No es religioso ni nada por el estilo. Una especie de AA, pero para personas en mi situación —susurró Lali, quien se encontraba un poco más calmada, pues tenía toda su atención focalizada en su

regazo—. También tengo cita con una terapeuta. La tía me la recomendó. Me dijo que la ayudó cuando perdieron a… Sé que no es lo mismo, pero…

Ignorando el nudo en su vientre ante el recuerdo de Misha, Nat le sonrió a su prima.

—Estoy muy orgullosa de ti, Lali.

—¿En serio? —Elevó la mirada para encontrarse con una radiante sonrisa de Nat.

—Todos lo estamos, Dalila —la voz gruesa de Mason anunció su cercanía a la mesa y, aunque también le ofreció una avasallante sonrisa propia, toda su atención estaba focalizada en Nat.

—Sabes que ella no se va a evaporar simplemente porque no la mires, ¿no? —bromeó Lali, aunque en el fondo estaba feliz de ver que las cosas se habían solucionado entre ellos. Feliz y un poco celosa, no porque Nat lo hubiese conquistado a Mason, sino por el obvio amor que se profesaban.

—Con mi Caperucita nunca se sabe, Lali —se burló mientras se sentaba pegado a Nat y, como si eso no fuese suficiente, la acercó hasta que quedó atrapada en el círculo de sus brazos, con su menuda espalda apoyada contra su sólido tórax.

—¿Caperucita? ¿Quiero saber? —El instantáneo sonrojo de Nat finalmente le robó una carcajada a Lali—. Supongo que le habrás avisado a los tíos que no vas a casa a festejar Halloween, ¿no?

Nat miró confundida a Lali. Entonces recordó la invitación de Mason al baile organizado por uno de los auspiciantes más importantes de los Blackhawks. El mismo sábado en el cual su madre haría su famosa cena de «Espanto». Preocupada, se giró a mirar al hombre a sus espaldas.

—Haremos lo que tú quieras, Nat.

—Pero los *sponsors*…

—Tienen a todos mis compañeros a su disposición. Siempre he estado disponible, por una vez que me ausente de un evento, no es el fin del mundo.

—Pero…

—Pero nada, Caperucita, tú eres más importante que un montón de ricachones ansiosos por codearse con reputados deportistas.

Nat no pudo evitar que sus mejillas se colorearan, más aún cuando él osó rozarle los labios en un rápido beso y apretarle el muslo con la mano.

Lali, por su parte, sonrió y desvió la vista, pero la suerte no estuvo de su lado, pues sus ojos se clavaron en los de Alex, que la miraban con cierto desprecio. Suspiró melancólica, y sus dos acompañantes la miraron interrogantes.

—¿Lali? —la llamó Nat, preocupada al ver la tristeza en sus iris.

No fue necesario que ella respondiera; el escándalo en un rincón del salón habló por sí solo.

Mason y Nat pudieron ver a Alex algo tambaleante, con una botella de cerveza en la mano e inclinándose hacia una chica que parecía estar ignorándolo.

A Mason no le gustó para nada ver a su amigo en tal estado. Sabía que algo le ocurría, pero eso ya era pasarse de la raya, por lo que, decidido, se disculpó con las chicas y se acercó a Alex.

—¿Acaso no tienes suficiente con dos mujeres que pretendes hacerte con la que quiero un rato para mí? —soltó Alex al sentirlo cerca. Se giró hacia Mason para enfrentarlo, momento en que la joven aprovechó para largarse.

Mason frunció el ceño, ignorando las palabras de su mejor amigo, para contemplarlo con atención. Jamás lo había visto tan mal...

—Si lo que buscas es pelea, no la vas a hallar conmigo, Alex.

—Claro, porque Dios no quiera que el gran y maravilloso Mason

Wolf Reaux se vea involucrado en algún escándalo que mancille su reputación. —Dirigió una breve mirada en dirección a Lali y a Nat—. Aunque puertas para adentro es otra cosa, ¿no, hermano?

Mason sintió cómo el enojo comenzaba a invadirlo, pero se forzó a mantener un férreo control sobre su temperamento, al igual que en los partidos, o terminaría partiéndole la cara de Alex, y eso era algo a lo que no quería llegar.

—Si sabes lo que te conviene, no volverás a hablar de Nat...

—¿En qué momento una zorra se volvió más importante que yo?

Y así de simple, Mason conectó un puñetazo en la mandíbula de Alex, atontándolo lo suficiente como para sacarlo a la rastra del local.

Por los suaves pasos detrás de sí, supo que Nat y Lali lo seguían. En apenas unos pasos alcanzó su camioneta, abrió la puerta del acompañante y dejó caer a su amigo sobre el asiento de manera muy poco delicada.

—Suban, chicas... —les indicó mientras forcejeaba con Alex, que no quería dejarse colocar el cinturón de seguridad.

—Él te necesita, amor —le susurró Nat, apoyándole una mano sobre el hombro—. Lali y yo estaremos bien. Además, tenemos una visita que hacer por nuestra parte.

—Pero...

—Está bien, mi lobo feroz. —Nat se puso en puntas de pie y lo besó con dulzura, pero antes de que él pudiera atraparla entre sus brazos para prolongar tan dulce tortura, se separó, dirigió una mirada cargada de preocupación en dirección a Alex y luego se giró en dirección a Lali, que se aferró a su mano como si fuese su tabla de salvación.

—Nat...

Ella se giró y supo que vio las emociones reflejadas en su rostro

por la manera en que sus mejillas se sonrojaron.

—Yo también te amo.

Consciente de que estaba sonriendo como bobo mientras la veía alejarse, Mason fue incapaz de desviar la mirada de la menuda figura hasta que la vio desaparecer a la vuelta de la esquina.

Entonces el sonido de ronquidos atrajo su atención. Alex, sentado en la posición más incómoda del mundo, con el cuello doblado hacia atrás en un ángulo extraño, semirecostado sobre el asiento y la palanca de cambios, y con una pierna adentro y otra afuera de la camioneta, roncaba como si fuese un tren de carga.

Sacudió la cabeza, resignado a que iba a tener que esperar a que se le pasase la borrachera para hablar con él. Pero, incluso si tenía que llenarlo de café para lograrlo, ambos se sentarían y tendrían la conversación que hacía rato se debían.

Durante todo el trayecto hasta su casa, Mason no pudo evitar mirar de soslayo a su amigo a cada rato. Desde hacía tiempo que lo notaba distante, ajeno a los entrenamientos, inlcuso a los partidos, y más enojado y borracho de lo que lo había visto desde que eran amigos. Estaba realmente preocupado, así que no bien estacionó la todoterreno, cargó a Alex cual bolsa de papas, accedió desde el garaje y dejó caer su carga en uno de los sillones.

Alex entreabrió los ojos y soltó un bufido, mas cuando quiso ponerse de pie, se tambaleó y volvió a caer.

Mason suspiró y le dio la espalda. Se dirigió a la cocina y preparó café. De fondo, escuchaba cómo Alex no dejaba de quejarse, soltando algunos improperios muy típicos de jugadores que eran.

Ya con dos tazas listas, las depositó en la mesa baja frente a Alex y se sentó en otro sillón.

—Bebe —le ordenó, pero Alex hizo caso omiso a sus palabras y se cruzó de brazos—. No me obligues a hacértelo tragar.

Mason se pasó la mano por la cabeza, se le estaba agotando la paciencia.

—¿Y ahora te preocupas por mí..., hermano?

—Siempre lo hice, Alex, lo sabes.

—No... Solías hacerlo... Hasta que apareció esa...

—Cuidado con lo que vayas a decir. —Lo señaló con el índice—. Te lo advierto, Alex, vuelve a hablar de forma soez de Nat y el golpe que te di para traerte hasta aquí no será nada en comparación.

—¡Maldita sea, Mason! ¿Qué tiene que la hace tan especial? Tan solo mira a su prima. Tú ya no eres el amigo que conocía.

—¡Maldito seas tú, Alex! Mírate. ¿En qué te convertiste? Tampoco yo te reconozco como mi amigo.

—Tú no tienes idea de lo que está pasando..., así que, ¿por qué mejor no te vas con tu preciosa Nat y me dejas tranquilo?

—Justamente por eso, porque no tengo idea de lo que te está pasando es que me preocupo por mi amigo. Y Nat no tiene nada que ver en esta ecuación, así que suéltalo ya y dime qué carajo está pasando contigo.

—Nada que tú, el niño dorado, pueda solucionar. Vete a la mierda, Mason... —dicho lo cual, se las arregló para levantarse del sillón y comenzó a alejarse en dirección a su habitación.

A Mason no le fue difícil estar a su lado en segundos, lo agarró del brazo y volvió a hacerlo sentar.

—Se me está acabando la paciencia, amigo. —Apenas giró para tomar una de las tazas y acercarla hacia Alex—. Bébetelo, o te juro que vas a conocer el lado más salvaje de este lobo. Tu estado de ebriedad está haciendo que digas más incoherencias de las que jamás escuché decirte.

—¡Púdrete! ¡No estoy siendo incoherente! ¿Por qué mierda no me dejas ahogarme en mi miseria? Tú ya estás por retirarte por decisión

propia, en cambio, yo...

—¿Qué? Tú tienes un par de años más por delante, ¿acaso vas a desperdiciarlos porque yo me retiro? Alex, eres un gran jugador.

—Quizá ya no...

—No te entiendo. —Mason se sentó en la mesa baja frente a él y lo observó. Alex ya no era el mismo chico que lo había acompañado en cientos de aventuras, con el que jugaba codo a codo. No. En ese momento parecía haber perdido toda la chispa con que se caracterizaba—. Sigo siendo tu amigo, Alex, lo sabes. Dime qué te sucede, por qué cambiaste tanto.

Alex pareció cerrarse en balde, y, por unos instantes, creyó que no le diría nada. Repentinamente, se inclinó con ligereza y, con cuidado, se remangó la pierna izquierda del *jean*.

Mason no se sorprendió cuando su amigo dejó ver la rodillera que le envolvía parte de la pierna. Era común que los jugadores se lesionaran. Sin embargo, intuía que había algo más detrás de su mutis y la mirada perdida de su amigo. Mantuvo el silencio que se generó entre ambos, como respetando que él quisiera callar. Pero su preocupación no le permitió que durara más de unos segundos, por lo que abrió la boca.

—¿Los meniscos otra vez?

—No creo... El dolor no es como antes... Es... peor.

—¿Crees? Dime que has ido al médico, Alex.

—¿Para qué? ¿Para que me dé reposo de nuevo y me prohíba jugar?

Mason se pasó ambas manos por el pelo, incapaz de creer que Alex fuera tan idiota de haber jugado con la pierna como la tenía y sin hacer una consulta con el médico.

—Mañana a primera hora vamos a ver al doctor Clark. Una lesión en la rodilla no es broma, Alex. Hacer reposo es la primera medida a

tomar si no quieres lesionarte de por vida.

—Mason, no le sirvo al equipo si no juego... Si no rindo lo que se espera, ambos sabemos que van a terminar desechándome... ¡Y no puedo permitirlo! ¡No ahora que finalmente tenemos una chance para ganar la Copa!

—O sea que prefieres hacerte mierda en medio de un partido a saber qué posibilidad tienes de recuperarte de la lesión que te aqueja —soltó fuera de sí. Se levantó y comenzó a caminar por la sala—. Alex, recapacita, amigo. La copa no es tan importante como tu salud.

—La Copa lo es todo para nosotros, Mason... O al menos así solía serlo.

—No, Alex. Nunca lo fue todo para mí, ¿o por qué crees que me dediqué a estudiar también? ¿Para tener un título colgado en la pared?

Alex se cruzó de brazos en terco silencio y focalizó toda su atención en la rodillera.

—Escúchame. —Mason volvió a ocupar el lugar en la mesa baja—. Verás al médico te guste o no, y esperaremos los resultados. Sea lo que sea que tengas, lo enfrentaremos juntos. Te repito que no estás solo, Alex. Sasha, Wyatt y Mihail estaremos contigo como el equipo que somos. Incluso el entrenador sabrá entender.

—Mason... —Alex se sintió inesperadamente abrumado. Un tanto más sobrio y con Mason haciéndole encarar la situación, por primera vez supo la razón de su reticencia a ir al médico—. ¿Y si no puedo jugar más?

Mason apoyó las palmas en los hombros de su amigo y lo obligó a que lo mirase.

—En ese caso, solo dejarás el juego, no la pasión que sientes por el *hockey*. Alex, hay muchas formas de seguir adelante. El juego no

lo es todo, amigo.

—No es lo mismo... Además, ¿qué se supone que haga? ¿Entrenar mocosos? ¡Ni siquiera me gustan los niños! Nada se compara a estar en el hielo. La adrenalina. La camaradería. Quiero eso, Mason. Lo necesito.

—Sí, por tres años más, cuatro a lo sumo si lo de tu rodilla no es más que una lesión como tantas otras. ¿Y después qué? ¿Qué harás cuando tu tiempo como jugador expire? ¿Lo pensaste acaso?

—Usaré mi dinero para darme la gran vida.

—Y cuando se te acabe, ¿qué? El dinero no es eterno, lo sabes, ¿no?

—Ambos sabemos que tengo varias inversiones rentables que me aseguran que eso jamás ocurrirá.

—¡Bien! —Mason se puso de pie, incapaz de seguir hablando cuando Alex demostraba ser más díscolo que niño malcriado—. No le des importancia a tu rodilla, juega como si nada, allá tú. Ya luego lamentarás el no haberme escuchado. —Sin más, le dio la espalda y se encaminó a su habitación.

Alex bufó fastidiado. Mason era su única familia y sabía que se preocupaba por él. Pero no podía no estar en el partido del sábado. Era contra Montreal y necesitaban ganar sí o sí para seguir su camino hacia la victoria... Y, finalmente, poder alzarse con la Copa Stanley.

De su rodilla... Decidió que vería al médico después del partido. Con algo de suerte, no le molestaría durante el juego.

Mason cerró la puerta de su habitación un poco más fuerte que de costumbre. No entendía a Alex y la testarudez que demostraba al no querer ver al médico cuanto antes. Mucho menos que no quisiera hacer nada cuando terminaran sus días como jugador.

Estaba seguro de que la holgazanería a la que se quería adaptar

su amigo, en algún momento, lo convertiría en un ermitaño, o bien terminaría por aburrirse de ella, por ende, no tardaría tampoco en convertirse en un gruñón.

Frustrado, llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el teléfono, necesitaba hablar con su Caperucita, solo ella podría calmarlo.

—No sabes cómo me encanta oírte, Nat —fue lo que dijo en cuanto ella le respondió.

—A mí también... ¿Pasó algo?

Mason dejó escapar un largo suspiro.

—¿Mason?

—Alex... El... —Volvió a inhalar y exhalar—. Mejor te lo cuento en persona, me haces falta para poder pasar este mal trago que acabo de tener con él.

—¿Quieres...? ¿Te gustaría… pasar la noche aquí..., conmigo? —susurró Nat con timidez.

—Sabes que no tienes que preguntarlo, Caperucita. Viviría todo el día a tu lado si fuera posible. —Sonrió lobuno, aunque sabía que ella no podía verlo.

—Mason..., no deberías decir esas cosas.

—¿Y callar lo que me haces sentir? Nunca, Nat.

—¡Mason! —exclamó entre risas.

—¿Eso significa que estás sola, Caperucita?

—*Sip*... Aly tuvo que irse unos días a solucionar un caso a otra ciudad. Y como Dante ya no vive con nosotras...

—Dante... —pronunció en lo que fue más un gruñido que el nombre en sí.

—El hermano de Aly, ya sabes... Dante...

—Dante *Razor* Guillard. Sí, sé quién es, el mismo que...

—¿El mismo que qué, Mason?

—Que dijo ser tu novio el día en que fui a dejarte los anteojos. El mismo que osó decirme que me alejara de ti, Nat, por el que casi termino fuera de un juego por su culpa.

—Pero te aseguro que no le intereso de esa manera.

Mason se mordió la lengua para que no fueran los celos los que respondieran por él, contó hasta diez y suspiró.

—No quiero hablar de él, Caperucita, solo necesito tenerte a mi lado en este momento.

—Entonces... ¿porque no estás aún aquí?

—Porque soy un completo idiota —soltó, y la risa de ella logró contagiarlo y que se olvidara de lo dicho hacía instantes—. En diez minutos estoy ahí.

Tras despedirse, Mason agarró un bolso, metió un par de prendas en el interior, los productos de aseo, y dejó la habitación. Al llegar al salón y no ver a Alex, negó y rogó por que algo de todo lo que le había dicho hiciera efecto en su amigo, y abandonó la casa.

El trayecto hasta casa de Nat se le hizo interminable, aunque no distaba de la de él más que unos kilómetros. Estacionó en el primer lugar libre que encontró y bajó tan rápido por querer verla que, con el apuro, se dejó el bolso, por lo que tuvo que desandar sus pasos para agarrarlo. Aguardó a que ella le abriera desde el portero y se lanzó a subir las escaleras, no tenía ya la paciencia para aguardar al dichoso ascensor. Llegó agitado, mas no le importó cuando encontró a Nat esperándolo en la puerta.

Le dedicó su mejor sonrisa, se acercó a ella y, tirando el bolso al suelo, la encerró entre sus brazos para robarle un beso. Apenas fue un roce, pues sabía que si lo profundizaba, terminaría desnudándola en plena puerta, y no deseaba dar un espectáculo allí mismo cuando su compañera de piso era una de las abogadas más respetadas en la ciudad. No iba a poner a ninguna de los dos en un escándalo

público. Además, necesitaba contarle lo de Alex y que ella, con sus palabras y sus caricias, lo calmara después.

Nat río entre besos. Amaba a Mason y su lado romántico y apasionado, que por alguna inexplicable razón, lograba relajarla y que dejase de ser su usualmente seria persona.

Apenas él cerró la puerta a sus espaldas, se lanzó de nuevo a sus brazos y le cubrió el rostro de besos. Satisfecha, notó cómo la tristeza y preocupación en su mirada se fue disipando. Sabía que tenía que ver con Alex, y aunque ella no quisiera verlo ni en figurita, comprendía que era el mejor amigo de Mason. Solo por eso estaba decidida a darle una oportunidad... O al menos no darle una patada en las partes bajas la próxima vez que lo viera.

No objetó tampoco cuando él la cargó hasta el sofá y, sin soltarla, los acomodó a ambos sobre este.

—Alex está mal...

Nat se mordió el labio inferior y esperó a que Mason continuara con su explicación. Sospechaba que era algo más grave que una intoxicación por alcohol.

—¿Cómo haces entrar en razón a alguien que no ve más allá de sus ojos?

—Tú viste lo que ocurrió con Lali... Si la persona no quiere que la ayuden...

—Su caso es distinto. Lali te tiene a ti, a tu familia; una madre. Alex está solo en este mundo —dijo con nostalgia, pues recordar al chico desgarbado que era su amigo le dolía en el alma.

—Él no está solo, Mason. Te tiene a ti, y también podría tener más si así lo quisiera.

—Ya no estoy tan seguro de eso, Caperucita.

—¿Qué pasó exactamente? —Nat frunció el ceño.

—Desde que Alex comenzó a jugar en el equipo, cada temporada

sufría de una lesión en la rodilla. El médico fue estricto cuando Alex tuvo rotura de ligamentos hace dos años, que debía hacer reposo por un buen tiempo y no hacer esfuerzos. Pero no hay quien le gane en cabezonería, y en cuanto se sintió mejor, volvió al ruedo.

—Pero eso es peligroso. Caroline empezó con problemas así y, por no cuidarse, término arruinando su carrera como bailarina.

—Yo lo sé, todos en el equipo lo sabemos, salvo él. Y creo que su lesión se agravó, aunque lo niegue. Es testarudo, no quiere ver al médico otra vez. Y tengo miedo por él, Nat. El próximo partido es crucial para pasar a la siguiente etapa.

—Tienes que hablar con el entrenador y el preparador físico. ¿Qué es más importante? ¿Que Alex no pierda lo que le importa o uno de sus berrinches?

Mason meditó las palabras de Nat. Aunque él sabía que el juego era importante no solo para Alex, más lo era que su amigo no terminara lesionado de por vida.

—Hablaré con ellos, pero dudo de que Alex les diga la verdad.

Nat se mordió el labio inferior y pasaron varios segundos hasta que volvió a hablar

—Si Alex se comporta así por su rodilla..., ¿qué ocurriría si se lesiona de gravedad y no puede volver a jugar? Me parece que él necesita más ayuda de la que nosotros podemos darle.

—Es demasiado terco y necio para reconocer que en verdad la necesita.

Mason dejó caer la cabeza en el respaldo del sillón y soltó aire con fuerza.

—Mason... —susurró Nat, y luego se acomodó a horcajadas de él y lo abrazó, apoyando su mejilla sobre su tórax

Mason encerró a su caperucita con los brazos y le acarició la espalda. Necesitaba la calma que ella le brindaba.

Capítulo 21

El chillido femenino sobresaltó a Mason, que cayó al suelo en medio de un revuelo de sábanas. Ajeno a todo lo que no fuese la ausencia de Nat a su lado, corrió por el corto pasillo en dirección al *living*, de donde provenían los gritos. Estaba preparado para romperle la cara a quien fuese que estuviese intentando atacar a su Caperucita.

Pero la escena ante sus ojos lo paralizó. Nat, cubierta únicamente por su vieja camiseta de los Blackhawks, estaba abrazando efusivamente a Dante mientras no dejaba de chillar y hablar en dos idiomas.

Apretó la mandíbula con fuerza hasta que le chirriaron los dientes, mientras que cerraba las manos en puños y se contenía por no saltarle encima al hombre que abraza a su novia como si fuera de él.

Ver la efusividad de Nat hacia Guillard lo hizo arder de celos, y más cuando ella parecía no ser consciente de la poca ropa que usaba ni de las manos de su acompañante demasiado cerca de sus tentadores muslos.

Carraspeó para hacerse notar, aunque más fue un gruñido lo que salió de su boca. Sin embargo, su Caperucita seguía dando saltitos y

pegándose cada vez más a Dante. Y su contrincante, que sí lo había visto, le sonrió socarrón y se abrazó más a Nat.

La sangre en Mason llegó a su punto máximo de ebullición y, sin ser realmente consciente de lo que hacía, apartó a su chica de los brazos de Dante y a él le dio un derechazo. No obstante, no fue tan brusco como hubiera deseado, ya que el sentir las suaves manos de Nat sobre su brazo hicieron que su temperamento bajara unos grados.

—¡Mason! —gritó Nat—. ¿Estás loco?

Él la miró por un instante, ella se había aparatado de él para atender a Dante, que se mesaba la mandíbula dolorida por el golpe, pero que no quitaba la sonrisa de su rostro.

—¿Estás bien, Dante? —le preguntó.

—Solo fue un rasguño, preciosa.

—Iré por un poco de hielo, no me parece a mí que solo sea un rasguño. —Nat le echó una mirada fulminante a Mason y desapareció camino a la cocina.

—No te preocupes, Nati. Los defensas de los Black han hecho un mejor trabajo conmigo que Mason ahora.

Aunque ella no lo oyó, Dante lo había dicho adrede, aun sabiendo que podría recibir otro golpe por parte de Mason. Pero esa era su forma de saber que el capitán de los Blackhawks realmente amaba a Nat. Como le había dicho a ella hacía tiempo, más le convenía a Mason no hacerla sufrir, pues él estaba dispuesto a defenderla en tal caso.

Mason contuvo la rabia que volvía a bullir en su interior.

—Te lo advertí, Guillard, no te acerques a Nat —soltó.

—Oh, pero, Mason, ¿acaso olvidas el pequeño detalle de que mi hermana y Caperucita son mejores amigas?

—No me provoques, Razor —exclamó a la vez que daba un paso

hacia él, dándose cuenta de cómo la había llamado, lo que hizo que algo estallara en su interior. «Solo yo tengo derecho a llamarla así». Alzó el puño, dispuesto a golpearlo otra vez, pero la voz de Nat lo detuvo.

—¡Mason!

Nat le tendió un trapo con hielo a Dante y se giró hacia Mason después y lo agarró por el brazo para llevarlo de vuelta a la habitación.

—¿Qué es lo que te pasa? Te guste o no, Dante es mi amigo. Y me importa un pepino si es tu contrario. Tiene tanto derecho de estar en este apartamento como lo tienes tú. Te recuerdo, además, que es el hermano de mi mejor amiga, así que será mejor que bajes los humos de capitán, que no estás sobre el hielo, ¿entendiste?

—Esto no se trata de rivalidades, Nat. Esto se trata de Guillard entrometiéndose en nuestra relación. ¿O acaso hay algo entre ustedes?

Nat reacciónó ante sus palabras. Era cierto, estaba haciendo el desayuno para ambos, consciente de que estaban solos, que no le importó quedarse con el remerón que él le había regalado. Y cuando sintió la puerta, pensando que Aly había vuelto antes, tampoco le había dado importancia, pues ella era su mejor amiga.

Si se sorprendió de ver a Dante cuando fue hasta el salón, no lo hizo tanto como al observar lo que él había sostenido en una mano: en primera plana, la foto de las Puck Bunnies a las que había entrevistado y, debajo, el título *Un mundo detrás del hielo*.

La emoción la había embargado y se había abrazado a Dante sin ser consciente de nada. Por lo tanto, era lógico, en ese instante, que Mason le estuviera reclamando su actuar.

—Yo... —balbuceó de pronto.

—Fue una pregunta simple, Nat...

—Me emocioné... El artículo... Las Puck Bunnies... —siguió diciendo, intentando visualizar en su mente la imagen de ella abrazando a Dante mientras Mason los observaba a corta distancia.

—No quiero verlo cerca de ti de esa manera, Nat. Entiendo que es tu amigo, pero....

—Pero nada, Mason. A Dante le dejé en claro que yo no quiero nada con él, pero es mi amigo y vas a tener que respetar eso como yo lo hago con Alex. Y de estar casi desnuda, bueno, este es mi hogar y puedo andar como me plazca. Además, ¿yo qué sabía que Dante iba a abrir y entrar como pancho por su casa? Debió devolverle la llave a Aly, aunque es obvio que no lo hizo.

—¿Y si mi Alex fuese Alexandra? ¿Tampoco tendrías problema en que me viera andar únicamente en calzoncillos y se me tirara encima aprovechando para refregarse contra mi cuerpo?

Nat lo miró confundida.

—¿Qué? Espera un momento, estás interpretando mal lo que dije. —Observó la habitación y buscó su ropa. Halló el *short* tirado al pie de la cama y la camiseta en otro costado. Agarró ambas prendas y, ante la mirada de sorpresa de Mason, comenzó a vestirse.

—Nat... Te amo. Eres el centro de mi mundo, pero eso no implica que tenga que aguantarme ciertas actitudes de Dante. Ni de él ni de cualquier otro imbécil.

Nat solo detuvo su andar un segundo, cuando él le dijo esas dos palabras que le hicieron cosquillas en el estómago, sin embargo, tuvo que arruinarlas con lo que siguió. Meneó la cabeza y continuó.

—¿Y qué hay de mí? ¿Crees, acaso, que me encanta ver cómo las Puck Bunnies o cualquier otra fan histérica te gritan e intentan tirarse encima de ti? —Terminó de calzarse y se llevó las manos hacia la cabeza para atarse el pelo, el que sostuvo con una hasta que dio con la hebilla para poder sujetarlo.

—Nat... Tú y yo sabemos que, desde aquel maldito incidente con Lali, ninguna otra mujer me ha tocado. Puedes preguntarle a cualquiera cúal fue mi actitud esos días que estuvimos separados.

—Mason... —Nat cerró los ojos por un instante y soltó un suspiro —. Mira, no soy periodista ni pretendo serlo, por tanto, no creas que voy a andar preguntando intimidades como esas entre los jugadores. Que me molesta que tengas fans, sí, es cierto, no lo voy a negar. Que a veces pienso que puedes irte con alguna, también. Pero ¿sabes qué? Me da igual porque confío en ti, porque sé que jamás osarías hacerme daño, porque estoy segura de que tu amor es sincero. Yo no soy Amber… Dante es mi amigo, Mason, y para que sepas, yo tampoco me atrevería a hacerte daño con él porque también te amo, pero parece ser que eso no es suficiente para ti. — Se dio la vuelta y abandonó la habitación antes de que él pudiera decir algo más que pudiera lastimarla.

Mason, frustrado, se pasó una mano por el rostro. No era que desconfiase de Nat, pero de Dante... Eso era otra cosa. ¡Maldita sea! Él no tenía nada que hacer tocándola de esa manera, y lo que era peor, sabía perfectamente lo que su comportamiento generaría.

Cada vez más frustrado y enojado, se vistió con movimientos rápidos y tensos. Podía escuchar las voces de ambos colándose por el pasillo. Armó el bolso de manera descuidada y se lo cargó al hombro mientras cerraba la puerta de la habitación.

El momento en que apareció en el *living,* la conversación se interrumpió y ambos se giraron a observarlo.

—Wolf...

Mason cortó lo que fuera que Dante estuviese por decirle. No quería escucharlo, estaba demasiado alterado y ya la había cagado bastante con Nat por un día. Ignorándolo, se acercó a ella y, al no poder descifrar la expresión de su mirada, se inclinó ligeramente y la

besó en los labios con suavidad.

—Debo ir a entrenar. Gracias por permitirme pasar la noche contigo, Caperucita.

Se giró y se apresuró a alejarse en dirección a la entrada, en todo momento, obligando a su mente a no pensar en lo que Dante podría llegar a intentar sin que él estuviera ahí. Abrió la puerta y se detuvo unos instantes bajo el umbral.

—Felicitaciones por la portada, Nat. Te la merecías... —Eso fue todo lo que dijo. Ni siquiera se detuvo a escuchar su respuesta. Solo cerró detrás de sí y se apresuró escaleras abajo hacia su camioneta.

Recién cuando estuvo en el interior se permitió perder algo de su férreo control y estrelló con fuerza las manos contra el volante. Amaba a Nat. Con locura. Pero... no eran tan solo celos hacia Dante. Le lastimaba que ella no pudiera comprender el miedo que sentía a perderla. Si tuviese que pasar por algo como eso de nuevo. No... Si perdiese a Nat, a su Caperucita, quedaría destruido.

Por eso prefirió marcharse. Las discusiones en caliente nunca terminaban bien. Siempre, una de las partes, o ambas, terminaba diciendo cosas que en realidad no sentían.

Ignorando el dolor en su corazón, encendió la camioneta y se alejó en dirección al estadio. Aún tenía, también, que solucionar el problema con Alex.

Capítulo 22

Nat borró por enésima vez las palabras que había tecleado en el ordenador. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de títulos que se le habían ocurrido para el nuevo artículo. Tan solo unos días después de haber entregado el primero que había hecho, Percy, entusiasmado por su escritura, le había encargado otro, también dentro del ámbito del *hockey* sobre hielo. Negarse a hacerlo no tenía sentido, pues, aunque no lo iba a reconocer abiertamente, le había gustado la experiencia. Sin embargo, concentrarse sí que era todo un dilema, pues no hacía más que rememorar una y otra vez lo ocurrido con Mason el día anterior. Para colmo de males, sabía que, en unas horas, el equipo de los Blackhawks juagaría contra los Eagles. Mason contra Dante. No quería pensar en esa contienda, no cuando ya había presenciado una tiempo atrás. Sentía que debía cumplir e ir; al fin y al cabo, la habían medio nombrado como el «amuleto de la suerte», pero dudaba. Sin embargo, sabía lo importante que era ese juego: si ganaban, tendrían pase directo a la copa Stanley. Suspiró, se recostó en el sillón y dejó caer la cabeza hacia atrás a la vez que cerraba los ojos.

—Creí que no te encontraría aquí. —La voz de Aly la sacó de la

seminconsciencia a la que se había ido, y la miró extrañada.

—Y yo, que volvías en un par de días.

—Claro, y dejarte sola con cual sea el problema que mi adorado hermanito haya creado esta vez... Olvidalo. Además, Nati..., ¿por qué estás aquí?

—Espera un minuto. —Nat se puso en alerta. No había hablado con ella más que dos o tres veces, y eso antes del altercado con Mason, entonces, ¿de qué estaba hablando? ¿Acaso Dante le había dicho algo?—. No te estoy entendiendo, Aly.

—No hay mucho por decir. Sé que estoy desaparecida últimamente y lo cierto es que me entero más de tu vida por lo que me cuenta Gustav que por las «no» charlas que estamos teniendo. ¡Te extraño, amiga! —dijo abalanzándose sobre Nat—. Espero que ahora que estás de novia no se haga más grande la brecha en nuestras conversaciones.

—¡Claro que no, Aly! —Nat la abrazó a su vez—. Sé por qué tú también estás tan metida en el trabajo.

—Gustav ya te fue con el cuento —se molestó Alyssa, y chasqueó la lengua.

—Sin duda te quiere, Aly, no te enojes con él. Además, me ayudó saber la razón. No estuvo bien lo que hizo Lali ni tampoco quiero justificarla, pero ya hablé con ella. Reconoció que tiene un problema y ya está en tratamiento.

Alyssa arrugó la nariz, indiferente, y enseguida cambió de tema.

—Entonces, ¿vas a ir al partido de tu capitán contra el de mi hermano? Ya quiero ver la cara de Dante cuando te enfoque la Kiss Cam y le envíes un beso de amor a Mason.

—¡Aly! —La codeó Nat.

—¿Qué? Dante tiene que entender de una vez por todas que ya no puede meterse contigo como le plazca. Si hay que hacerle una

orden de alejamiento, no me opongo a redactarla —se burló.

—Y se supone que es tu hermano… —Nat rio, aunque no pudo evitar recordar que hacía un día que no se veía con Mason y que tan solo se habían enviado unos escuetos mensajes.

—¿Y bien? ¿Qué tal si esta vez sí te acompaño al partido?

—¿No tienes trabajo por hacer? —La miró con picardía.

—Unas horas de recreo no me vienen nada mal —repuso Aly a la vez que se ponía de pie y la abandonaba para ir a su habitación.

Quince minutos más tarde, Nat no dejaba de ver el reloj cada dos por tres mientras el taxi las llevaba a ella y a Aly hasta el estadio.

—Ya deja de ver la hora, me estás volviendo loca —le recriminó.

—Si no te hubieras retrasado, no lo haría.

—¿Y qué más da? ¿Acaso no estabas en duda de si venir o no? —Le sonrió con picardía.

—¿Y tú?, ¿acaso vas a encontrarte con alguien que te arreglaste tanto? —contraatacó.

—¡Ay, Nat! Me extraña que, habiendo estado tantas semanas con las Pack Bunnies, no sepas nada aún.

—¿De qué estás hablando? —Nat la miró confundida.

—De hombres, Nat, de jugadores macizos, buenorros, de cuerpos enormes…

—Ya —la cortó levantando las manos—. No quiero oírte, ¿sí?

Aly soltó una carcajada, le encantaba molestar a Nat de esa manera, era tan vergonzosa a veces.

—Vamos, sal, que ya llegamos —le dijo.

Las amigas pagaron el taxi y bajaron. El bullicio retumbó en sus oídos no bien se adentraron en el estadio. Nat sacó la credencial de exclusividad que le había otorgado Mason, y el gorila de la puerta les dio acceso sin chistar. Subieron un tramo de escaleras y sintieron los gritos y la algarabía del público junto con el pitido del silbato del

réferi para indicar el final del primer tiempo. Nat se abrió paso entre la muchedumbre y sonrió al ver a sus amigas, pero al instante, y casi sin poder evitarlo, miró hacia la pista y más allá para encontrarse con los hermosos ojos de Mason. Su corazón se saltó varios latidos y se mordió el labio inferior. «¿Tan tonta pude haber sido?», se preguntó. La respuesta le llegó con un rotundo «sí» de su conciencia y un «ya no puedes vivir sin él» que no negó.

Cuando el referí anunció que ya estaba por comenzar el juego, Mason se acercó al centro de la pista con Wyatt a su izquierda y Alex a su derecha, consciente de que Sasha y Mikhail lo ayudarían a evitar que su amigo se lastimase durante el partido. Había hablado con el entrenador y con sus compañeros, y aunque el primero fue contundente en querer dejar a Alex en el banquillo, Mason logró persuadirlo y prometer que entre todos cuidarían de él para que no se lesionara y no se sintiera mal al rspecto.

Echó un vistazo hacia las gradas y, al no ver a Nat en ellas, se obligó a sí mismo a ignorar la opresión que tenía instalada en el pecho desde la mañana anterior. Se sentía culpable y molesto a la vez por lo acontecido. Pero en ese momento no podía hacer nada: tenían un juego que ganar. Observó al contrincante que tenía enfrente y se sorprendió de que no fuera Dante, aunque no lo dejó entrever. Tenía que canalizar todas su energía en obtener el puck primero y mantenerlo entre el equipo para anotar la mayor cantidad de tantos posibles.

Y así lo hizo, el instante en que sonó el silbato, arremetió contra su oponente y se apoderó del disco, se lo pasó a Wyatt y se aseguró de hallarse cerca para asistirlo mientras de reojo veía a Mikhail bloquearle el paso a Alex, fingiendo detener a otro de los Eagles que pretendía acercarse a Wyatt.

Minutos después, pese a no haber logrado obtener ningún punto en el marcador, se sentía satisfecho con el desempeño que habían tenido. En especial cuando el entrenador le ordenó a Alex sentarse y que otro de ellos lo reemplazara.

Se acercó a la banca, se quitó el casco y bebió un poco de agua. Sentía la mirada fulminante de Alex en la nuca, lo había evitado en todo momento y sabía que no iba a faltar mucho para que estallase, pero se alegraba de saber que, después de todo, el entrenador estaba de su lado.

Tiró la botella vacía al acabar y se dispuso a seguir a sus compañeros al vestuario. Le pareció extraño que Sasha se quedara, de pronto, quieto, con la mirada fija en algo a su espalda, por lo que apenas giró la cabeza para ver a Carly, una de las Pack Bunnies amiga de Nat, en plena pantalla de la Kiss Cam y besando al chico que estaba a su lado. Y solo fue por un instante que la vio, pues sus ojos, como atraídos por un imán, se fijaron de inmediato en la mujer que lo traía de cabeza, la única por la que su corazón latía embravecido y por la que haría cualquier cosa con tal de volver a tenerla en sus brazos: Nat. Giró sobre sí mismo, dio un paso hacia la pista y pestañeó, necesitaba asegurarse de que era ella, y no producto de las ganas que tenía de hallarla en la tribuna. Y supo que era real cuando sus miradas se conectaron, aunque más no fuera por tan solo un minuto, tiempo que le dio el entrenador antes de gritar el «Wolf» que tanto conocía.

***

Nat decidió que diecisiete minutos jamás habían sido tan largos como en aquel momento. Sabía que los equipos cambiarían de lado mientras la Zamboni alisaba el hielo, aun así, no podía estarse quieta

en el asiento. Que Ali y el resto de las chicas la mirasen con expresiones divertidas tampoco ayudaba a la causa.

Revisó de nuevo la hora en el celular, pero movimientos en el hielo a su izquierda atrajeron su atención. Ese era... ¿Dante? Extrañada, supuso que los ojos la engañaban hasta que finalmente tuvo a las figuras lo suficientemente cerca como para saber que no era así.

Un muy enojado Dante se acomodó en la banca junto al resto de los jugadores, con los brazos cruzados; el profundo ceño en su rostro dejaba en claro el nivel de su malestar.

—Aly —codeó a su amiga—, ¿qué hace Dante ahí? —Según le habían mencionado las Puck Bunnies, él era uno de los mejores *wings* de los Eagles, y Nat sabía que no estaba lesionado, por lo que no había ninguna razón para que no ser parte activo del juego.

Aly enfoncó la vista en su hermano y, un instante después, miró en dirección a las gradas de los fanáticos de los Eagles. Sus ojos parecían rayos X escaneando a cada persona. Sin embargo, no halló ni a su padre ni a su otro hermano, quienes jamás faltaban a partidos tan importantes como el que se estaba disputando.

Extrañada, frunció el ceño y volvió la vista a Nat.

—No tengo la más puta idea —soltó.

La inesperada aparición de Carly entre las dos las sobresaltó.

—¡¿No se enteraron?! ¡¿En serio??

Todas la miraron.

—Lo escuché de algunas fans, en el baño —dijo mientras se hacía hueco—. Parece ser que, en el último partido que jugó, tuvo un altercado con un jugador. Se fueron a las manos y los sancionaron. Por eso está ahora en la banca.

—Por lo que tengo entendido, con Mason también pelearon y no los sancionaron. ¿Por qué...? —Las palabras de Ali se vieron interrumpidas cuando Carly colocó frente a ambas el celular, en el

cual se veía un video de YouTube.

Un muy popular video, con miles de visitas, protagonizado nada más y nada menos que por Dante, dos de sus compañeros de equipo y una mujer que reconoció como la exesposa de uno de los dueños de la franquicia.

Ante eso, palideció por completo.

—Por favor, dime que es una broma...

—Ya quisieras, pero no. Solo agradezcan que el hombre no exigió que lo vendieran.

—¡Oh, Dios! Si mamá vio esto... —Ali se cubrió el rostro con las manos. Su hermano y su padre lo tomarían como lo que era, una locura juvenil, pero su madre...

Nat podía sentir el pánico de su amiga escalando.

—Ali, eres abogada, si a Dante no lo vendieron, es porque no hay pruebas suficientes. ¿O no? —le dijo en un intento por calmarla.

—Eso y que la mujer es dueña de un porcentaje del equipo —comentó como al pasar Carly, dejando a las dos con la boca abierta —. Los rumores dicen que ella se quiere quedar con el equipo completo, pero... una mujer como dueña... Ya saben cómo son esas cosas…

Nat cerró los ojos por un instante, tenía que hacer algo, no podía permitir que Dante le causara daño a Aly o a su familia, alguien tenía que ponerlo en vereda.

—Ya vengo —fue lo único que les dijo mientras se levantaba del asiento.

Las personas en su camino de inmediato imitaron su gesto al verla acercarse para dejarla pasar, y no tardó en encontrarse detrás de Dante. Apenas el plexiglás los separaba. Inhaló hondo varias veces porque no estaba segura de no ponerse a gritar diciéndole de todo a su amigo.

Él supo al instante lo que ocurría porque sus pómulos se tiñeron de un ligero tono rosado.

—Nat... —la nombró pasándose la mano por la nuca.

—Eres un imbécil —le soltó ella sin poder contenerse.

Dante se encogió al oírla y, luego de darle una mirada al entrenador, se acercó a la partición dónde podía hablarle a la joven con más comodidad.

—Nat, yo...

—Nat nada. No me vengas con eso, Dante. Tengo a Aly, nuestra siempre fría y controlada Aly, al borde de un ataque de nervios —le reprochó— y todo porque tú no eres capaz de no meterte en problemas.

—No es lo que parece, Nat —intentó defenderse Dante.

—Ah, ¿no? Dante, por favor... ¿Acaso pensaste en las repercusiones de tu accionar?

—Si te explico las razones, no me entenderías. —Se encogió de hombros.

—¡Que no…! —resopló y contó hasta diez—. Nos conocemos de toda la vida. Y quizá tú lo olvidas, pero yo no. Sabes que yo no soy como esas otras...

—Lo sé, pero ya no estás sola, Nat. Y Mason no es como Christopher.

—Agradece que te amo porque si no, ya te habría pateado en donde no te brilla el sol...

Una tenue sonrisa apareció en el rostro de Dante, y Nat copió su gesto.

—Supongo que si estás así y viniste hasta acá es porque pretendes ayudarme, ¿me equivoco? —quiso saber él, si había alguien que podía darle una mano con el trabajo comunitario que debía hacer debido a la sanción recibida, esa era Nat.

—*Mmmm*... No sé. Depende de lo que sea. Porque si involucra insectos del tipo cucarachescos... ¡Olvídalo! —Nat se estremeció al pensar en sus archienemigas.

—Bueno, no precisamente, aunque lo preferiría. —Dante se llevó una mano a la frente al recordar lo que le habían impuesto hacer.

—Oh, vamos, Dante. ¿Qué puede ser más espantoso que eso?

—¿Qué tal un grupo de pequeñajos sobre patines y con un palo de *hockey* en sus manos intentando pegarle al puck sin éxito? —le preguntó a la vez que revoleaba los ojos.

—¡Eso es muy tierno! —El rostro de Nat se volvió radiante cuando imaginó a su propio pequeño en esa situación, de seguro alentado por Mason, que no dejaría que su hijo se rompiera la cabeza en el hielo. El pensamiento le produjo un intenso sonrojo.

—¿Tierno? Yo no lo creo. Tú me conoces, Nat, soy un bruto, ¿crees que podré entrenarlos? ¡Son infantes! —Elevó las manos al aire y las volvió a bajar—. Pero si no lo hago... —Miró hacia el juego que estaba por iniciar otra vez y regresó la vista a ella.

—Dante, estuviste mal, incluso si todo se sacó de proporción. Sobre los peques... ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que alguno se ponga a llorar?

—No estoy hecho para eso, no creo poder hacerme cargo de un grupo y entrenarlos. Nunca traté con niños, Nat, no tengo paciencia. ¿Qué voy a hacer? —Se tapó la cara y negó.

—Infórmale a tus *cómplices* que te acompañarán en la dirección. Aunque, por otro lado…

—¿Qué? —quiso saber Dante, que volvió a mirarla.

—Bueno, no sé, pero... el padre de Mason es entrenador de *hockey* infantil... Si quieres…, podría pedirle que te ayude.

Dante levantó las cejas.

—¿El padre de Mason, Nat? ¿Te volviste loca?

—¡No te pongas en difícil! Necesitas ayuda, ¿o no? Entonces ¿quién mejor que alguien que vive y respira eso?

Dante bufó, no le agradaba mucho la idea, pero si quería salir de esa situación lo antes posible y seguir con lo que era su vida, no tenía más alternativa que claudicar y aceptar lo que ella le ofrecía.

—Está bien —dijo a regañadientes.

—¡Ese es el espíritu! —Nat, feliz y más tranquila, lo abrazó.

***

Para Mason, y como capitán del equipo, los entretiempos en el vestuario significaban minutos que aprovechaba para dar directivas junto al entrenador. Sin embargo, en ese momento estaba obnubilado por Caperucita. Saberla en el estadio, esperando por él, fuera cual fuere el resultado, lo llenaba de gozo. Y eso hacía que, asimismo, recibiera varias reprimendas por parte del entrenador, así como algunas bromas de sus compañeros. Estaba ansioso por salir de nuevo a la cancha tan solo para volver a verla. Y fue el primero en hacerlo. Dirigió la vista hacia las gradas y sintió una desazón al no hallarla junto a Aly y las chicas. Entonces sus ojos captaron la pantalla y, como si un abismo se abriera bajo sus pies, sintió que se hundía en la más negra profundidad. Apretó el palo de *hockey* en la mano hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y los celos y la rabia bulleron en su interior pese a que la razón le pedía que se calmara.

«No, por favor —suplicó—, no otra vez».

La algarabía de la multitud junto con el pasar por su lado de sus compañeros lo volvieron a la realidad del juego. Y solo pisó la pista cuando Alex le dio un empujón, seguramente adrede, y se sentó en la banca. Mason lo miró y no evitó demostrar lo que sentía: en su

mirada había un claro «te lo mereces». No obstante, Alex no se quedó atrás y le sonrió socarrón, pues no había sido ajeno al abrazo entre Nat y Guillard que la Kiss Cam tan gustosamente había enfocado.

Mason soltó una maldición por lo bajo y ocupó su lugar sobre el hielo para, un minuto después, dar inicio al segundo tiempo. La rabia se filtraba por cada uno de sus poros y no hacía más que hacerlo actuar por instinto. Empujaba a sus contrincantes, se defendía, le pegaba al puck con fuerza e intentaba hacer un tanto, pero todo parecía ser en vano. No podía concentrarse, en su mente solo estaba la imagen de su Nat y Razor abrazándose. El pitido del referí lo sacó de su embotado estado para darse cuenta de que los Eagles habían hecho un tanto a tan solo un minuto de acabar ese segundo tiempo, el que no fue suficiente para poder empatarlos.

Más enojado que nunca, se sacó el casco y, sin mirar más que hacia adelante, se dirigió hacia los vestuarios. Aguardó a que todos sus compañeros estuvieran dentro y lanzó directivas a diestra y siniestra. Nadie osó contradecirlo, incluso el entrenador acotó lo justo y necesario.

De regreso a la pista, Mason volvió a darlo todo y logró empatar. Pero el tiempo seguía pasando y el puck, como burlándose de él, se desviaba de su camino y apenas rozaba el arco.

Tras oír el «muerte súbita» ordenado por el referí, y sin ser consciente de lo que podía implicar en Alex, pidió por él; al fin y al cabo, su amigo era el complemento que necesitaba para ganar y poner fin al juego.

Alex sonrió satisfecho mientras el filo de sus patines se deslizaba por el hielo. Era el momento que había estado esperando toda la noche. Tomó su posición como *wing* derecho y se preparó para lo que, sabía, podía llegar a convertirse en uno de los partidos más

memorables de su carrera.

Apenas el referí soltó el puck, se encontró avanzando a toda velocidad. Esa habilidad, sumada a su fuerza, fueron las primeras muestras que lo habían hecho destacar como jugador elegible para la NHL.

Inhaló hondo mientras se dejaba llevar. Su cuerpo sabía lo que tenía que hacer, así como su mente. El equipo, el suyo, tenía que ganar. Fueron apenas unos instantes. Unos segundos, pero él los vivía como si fuesen en cámara lenta: Mason arrebatándole el puck al delantero de los Eagles; Mason pasándoselo a Wyatt, que, al verse acorralado, lo lanzaba en su dirección.

Sin siquiera detenerse a posicionarse adecuadamente, elevó el palo, enganchó el puck y lo lanzó directo hacia la red.

El disco voló, chocó contra el poste...

Alex cerró los ojos…

No iba a entrar...

Le había fallado al equipo…

Sin embargo, los fanáticos de los Blackhawks estallaron en un grito ensordecedor.

Y la bocina anunció el tanto que acababa de convertir.

Lo había logrado. Giró para festejar junto al equipo.

Y el dolor lo atravesó de tal manera que no fue consciente de que se golpeaba la cabeza, aún protegida por el casco, contra el plexiglás. No vio la cara de horror y culpa de Mason al acercársele; tampoco escuchó que Jared, el portero, le decía que no se moviera.

Solo sintió que su mundo se acaba.

Solo vio oscuridad.

Capítulo 23

Todo el equipo de los Blackhawks había ido al hospital. Habían ganado el pase hacia la copa Stanley, no obstante, la felicidad apenas se reflejaba en sus rostros. Tras largas horas de espera, le habían practicado a Alex una operación de emergencia debido al daño producido en su rodilla, aunque lo cierto era tenía una extensa recuperación por delante y, si no hacía caso a las indicaciones de los médicos, bien podía dar por terminada para siempre su carrera en la NHL.

Los jugadores decidieron hacer rondas para no dejarlo solo, y aunque Mason quiso ser el primero en cumplir, Wyatt, Sasha y Mikahil lo persuadieron diciéndole que debía calmarse, que no había sido su culpa que Alex se haya lastimado.

—Mason —lo llamó Nat una vez que ambos estuvieron dentro de la camioneta de él.

—Lo siento —murmuró Mason apoyando las manos sobre el volante y dejando caer la cabeza sobre ellas.

—No eres responsable, Alex sabía a lo que se atenía si jugaba.

—No, Nat, yo lo llevé a eso. —Dolido, la miró—. Solo pensé en la furia que sentí cuando te vi en la Kiss Cam abrazándote con Dante.

—Natasha frunció el ceño y quiso objetar, pero él no se lo permitió —. Estás en todo tu derecho si quieres abandonar a este estúpido jugador que puso en riesgo la vida de su mejor amigo tan solo por celos. Me lo merezco.

—Mason… —Nat suspiró. La paciencia era una de sus características, aunque sabía que iba a necesitar más de la necesaria para lograr que Mason dejara atrás los celos que sentía por Dante. Le acarició la mejilla y lo obligó a mirarla—. Tú y yo sabemos que eres como un hermano para Alex. Podrá estar enfadado los primeros meses, pero sé que jamás sería capaz de culparte por lo que le pasó. Y tus celos… —Se mordió el labio y sonrió con malicia, Mason le había dado el pie justo para que pudiera lidiar con ellos.

—Mi Nat… —murmuró Mason, queriendo besarla y apresarla entre los brazos, pero temiendo, a su vez, lo que pudiera decirle.

—Haz que tu papá colabore con Dante y lo ayude con la tarea comunitaria que le encomendaron hacer.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Supongo que debía descargar su frustración de alguna forma, aunque no eligió la mejor manera. Por meterse con quien no debía, fue sancionado —le aclaró.

—Por eso no fue mi contrincante en el partido final —aseveró Mason, que no sabía si alegrarse por sí mismo o lamentarse por el jugador.

—O quizá tuviste suerte, capitán —bromeó Nat.

—Tú eres mi trébol de cuatro hojas, Caperucita —la aduló—. Pero dime, ¿por qué necesitaría él a mi padre?

—Por un par de sus consejos: Dante debe entrenar a unos pequeños para regresar al juego.

La carcajada de Mason inundó el vehículo y la contagió a ella, que largó unas lágrimas por la risa.

—¡Mason! —lo amonestó al cabo de unos minutos.

—Sabes que tengo muy buena relación con mi padre, ¿no?

—Pues podrías *vigilarlo* para que la tenga con Dante —enfatizó Nat, rogando que entendiera lo que quería decir con eso.

—Chica lista —afirmó al fin, y no esperó un segundo más, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo para besarla como tanto había deseado.

Epílogo

Nat se observó a sí misma frente al espejo de cuerpo entero en su habitación. El disfraz de Caperucita le calzaba a la perfección, y estaba agradecida con Mason por no haber elegido uno de esos que dejaban muy poco librado a la imaginación. Le cubría las partes importantes y destacaba, por otro lado, sus mejores curvas. Sin duda, él no lo había elegido al azar. Sonrió satisfecha al darse una última pasada del labial rojo —un color atípico para ella en sus labios — y se colocó la capucha sobre la trenza cocida que le había hecho Alyssa hacía unas horas.

Odiaba ser el centro de atención, aunque bien sabía que no tendría opción de serlo cuando llegaran al evento del equipo. Jamás se acostumbraría, pero por Mason lo intentaría, era consciente del papel que él representaba, más aún cuando había hecho público que, una vez finalizados todos los juegos para la Copa Stanley, dejaría el *hockey* y se dedicaría a su nuevo centro de entrenamiento. Decir que todos habían quedado sorprendidos era poco, sin embargo, tan solo había durado un instante, ya que las felicitaciones no se hicieron esperar.

Se sentía feliz, pletórica. Si alguna vez había soñado con tener un

amor como el que estaba viviendo con Mason, seguramente había sido en sus fantasías románticas. Eso le pasaba por leer tanto. Pero tenía que reconocer que, a veces, esas historias sí podían hacerse realidad.

Suspiró. Esa noche era especial. Por primera vez desde que festejaba Halloween, estaba realmente contenta con el disfraz que llevaba.

La cena en casa de sus padres había estado deliciosa y les había dado la oportunidad a ellos de conocer mejor a Mason. Afortunadamente, esa vez no hubo interrupciones de terceros ni colados, lo que les permitió relajarse y simplemente disfrutar de la noche.

Pese al disgusto del RR.PP. del equipo, Mason le informó que no iba a estar presente en la cena que hacían cada año y que llegarían más tarde, pues la que daba la familia de su novia —había remarcado el pronombre de pertenencia— era más importante para él.

Cuando llegaron al salón donde era la reunión, Nat se sentía al borde de un ataque de pánico. Sabía que se veía bien, y Mason como el lobo feroz estaba más que impactante, pero no podía evitar sentirse más nerviosa que cuando había rendido el último examen para lograr su título. Porque la verdad era que sería la primera vez que viera al equipo y al resto del «universo» de Mason en calidad de novia oficial.

—¿Lista, Caperucita? Ya llegamos —le susurró Mason trayéndola a la realidad.

—¿Y si mejor no vamos? —Nat sabía que estaba siendo una cobarde, aunque se mordió el labio y asintió.

Antes de poder agregar nada o de que Mason siquiera pudiera acercársele, Nat se vio encerrada por Wyatt y los alocados rusos:

Sahsa y Mikhail, que no dudaron en silbar y hacerle ver lo hermosa que se veía.

—Los aprecio, hermanos, pero amo a mi novia, así que será mejor que le quiten las manos de encima… —bromeó Mason mientras los apartaba de ella para luego envolverle un brazo en torno a la cintura y guiarla hacia el interior del lugar.

—Chicos, un momento —los detuvo Wyatt, codeado por los otros dos como portavoz de lo que debía decir. Nat y Mason giraron y lo miraron con extrañeza—. Siento darles la noticia, pero Lali llegó hace un rato y…

—¿Y qué? —lo apremió Nat a hablar. No tenía que ser muy inteligente para saber que Lali, pese a la terapia que venía haciendo, no le era tan fácil salir de la espiral en la que había estado por tantos años. Y lo más probable fuera que Alex tuviera su parte de culpa en eso. El jugador habitaba un estado de jolgorio por momentos, como si nada le importara, mientras que en otros se sumía en una melancolía asuataba a sus compañeros a partes iguales. Él también hacía terapia, aunque a regañadientes.

—Krista la encontró en el baño, borracha, y avisó a Sasha, pues supuso que podríamos comunicártelo —continuó Wyatt.

—Intentamos retenerla —habló Sasha esa vez—, pero tu prima es escurridiza y nos espantó con un par de gestos de mano.

—Logramos al menos que se bebiera un café —agregó Mikhail. Como disculpándose.

Nat cerró los ojos unos instantes e inhaló hondo.

—Está bien, chicos, ustedes no tienen la culpa —dijo a modo de agradecimiento cuando el celular le vibró en la cadera. Como siempre, sin verificar quién la llamaba, pero esperanzada de que fuera ella, atendió.

—¿Lali?

—Buenas noches, soy Tristan Rohl, el padre de Nicholas..., uno de los jugadores adquiridos recientemente por los Blackhawks. La señorita Dalila no se sentía bien y me aseguré de acompañarla hasta que se repuso un poco y pudo decirme dónde llevarla. Supuse que la señora Clara Randizzi era su madre cuando la dejé con ella, pero me aclaró que era la tía y que ella se encargaría de «ponerla en vereda». Me pidió también que se lo informara a usted, por eso la he llamado.

Aunque la voz masculina la había sorprendido en un principio, el escuchar una de las tantas frases favoritas de su madre la tranquilizó al instante.

—Muchas gracias, señor Rohl, por todo… En serio —retribuyó, y se despidió del hombre con la promesa de que lo mantendría al tanto sobre la evolución de Lali.

—¿Quieres que nos marchemos? —le preguntó Mason al cabo de unos segundos.

Nat sabía que la oferta de Mason era sincera, pero se rehusaba a permitir que su prima, o su propia cobardía si iba al caso, le arruinase la noche, por lo que elevó ligeramente el mentón y negó con la cabeza.

—Vamos —le dijo, y la sonrisa que Mason le obsequió acalló los nervios que aún amenazaban con hacerla retroceder.

—¡A celebrar! —gritaron los otros tres, que se apresuraron hacia el salón para dar continuar con la algarabía de la fiesta.

Mason no dudó en guiarla hacia la pista de baile, hacerle una reverencia y ofrecerle el brazo.

—¿Me permite esta pieza? —la invitó en el momento en que DJ hacía sonar una vieja canción de los años cincuenta.

—¿Contigo? Siempre —susurró ella tomándolo de la mano y pegándose a su cuerpo.

—Te amo, mi Caperucita.
—Y yo a ti, mi temible Lobo Feroz.

Agradecimientos

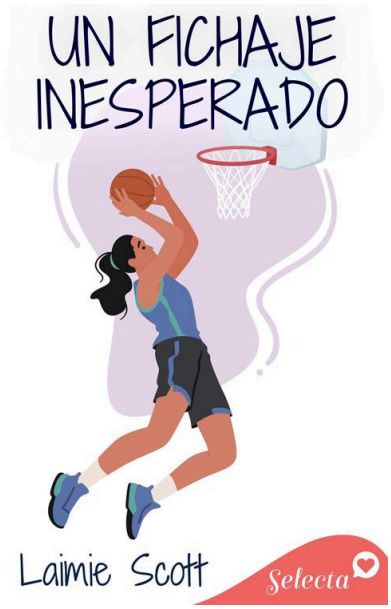
Gracias a Lola, en primer lugar, por darnos la posibilidad de que esta historia salga a la luz.

Y gracias a ustedes, lectores, por leernos. Esperamos que la hayan disfrutado como nosotras lo hicimos al escribirla.

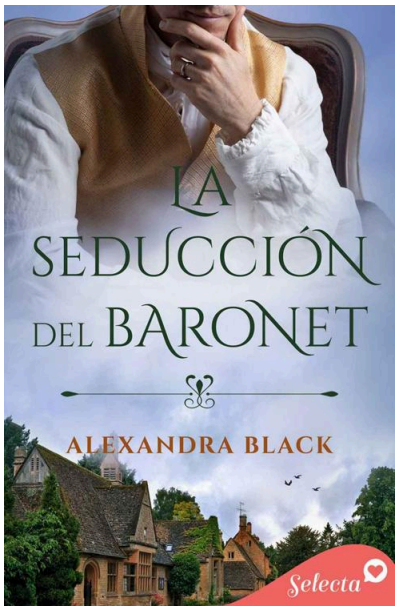
Si te ha gustado

La pasión del capitán

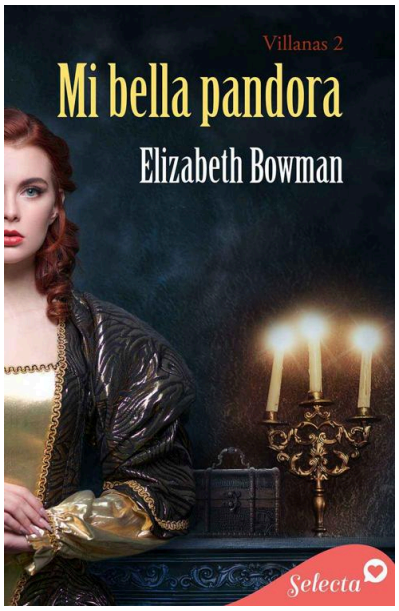
puedes disfrutar de estas

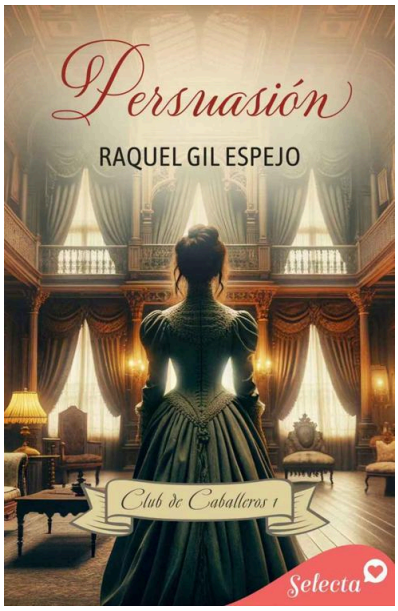


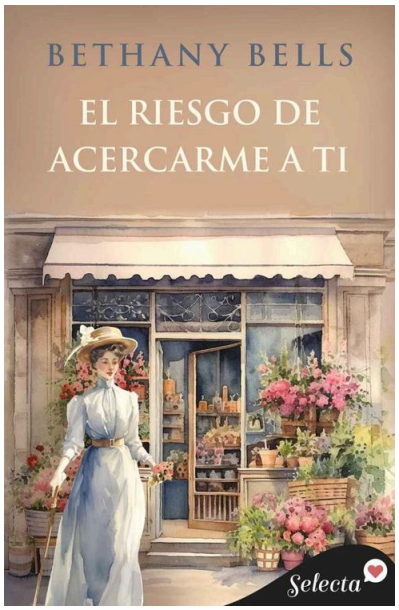


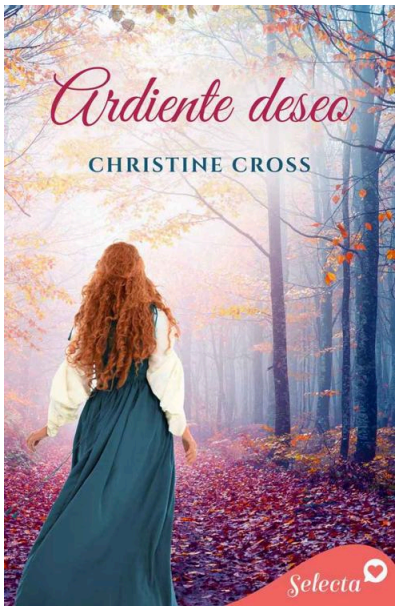

LA SEDUCCIÓN DEL BARONET
ALEXANDRA BLACK
Selecta


MAYEDA LAURENS · SANDRA BREE
EVANGELINE CRUZ · JULIANNE MAY
ARLENE SABARIS · CLAUDIA CARDOZO
ISABEL JENNER · RAQUEL GIL ESPEJO
NIEVES HIDALGO
Un beso a la luz de la luna
Selecta


Villanas 2
Mi bella pandora
Elizabeth Bowman
Selecta


Persuasión
RAQUEL GIL ESPEJO
Club de Caballeros 1
Selecta


BETHANY BELLS
EL RIESGO DE ACERCARME A TI
Selecta


Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta

¿Puede el aburrimiento desencadenar el amor?



Mason "Wolf" Reaux, como jugador estrella y capitán de los Blackhawks, ha obtenido fama y gloria. Sin embargo, hay un vacío en su corazón que no le permite ser quien es por completo.

Natasha Randizzi es una joven correctora literaria que tiene una vida pacífica y tranquila. Cuando su prima Lali solicita su compañía para ir a ver un partido de hockey sobre hielo, no puede negarse, pero será tal su aburrimiento que terminará leyendo en las gradas mientras todos a su alrededor vitorean al equipo favorito.

La casualidad hace que ambos se encuentren. Sin embargo, las dudas y los rivales acechan.

¿Será vencedor quien posea la mejor táctica? ¿O deberán confiar en el corazón para saber quién será el ganador?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Mimi Romanz es el seudónimo que esta autora utiliza para sus novelas. Nació un 2 de enero, en Buenos Aires, Argentina. Es una escritora que disfruta con el hermoso proceso de crear una obra. Si bien estudió una carrera muy alejada del mundo de las letras, la pasión por la escritura siempre estuvo en ella. La timidez ha sido algo que siempre la ha acompañado y caracterizado, es por ello que encontró en la escritura una forma de sacar lo que no podía decir de frente. Miles de nuevas historias siguen creándose en su mente, aunque las relegue a unos pequeños bocetos y las archive en el ordenador a la espera de ser retomadas. También es correctora literaria.



Edición en formato digital: junio de 2025

© 2025, Kathia Iblis y Mimi Romanz
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Dotshock, Belight

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-76-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La pasión del capitán
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis y Mimi Romanz
Créditos